

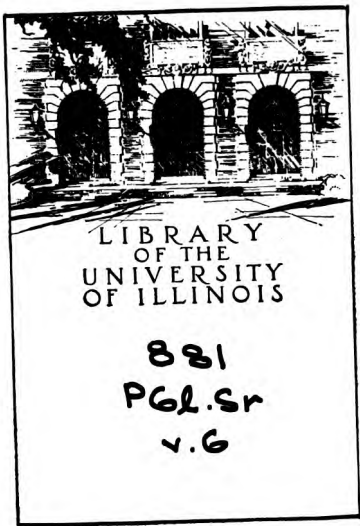
CO

S

AS

SP

SP



LIBRARY  
OF THE  
UNIVERSITY  
OF ILLINOIS

881  
PG2.Sr  
v.6







681  
E.L. S  
v6

Vi

Ni

COLECCIÓN UNIVERSAL *a*

881

6l. Sr  
v.6

N.º 370 y 371

PLUTARCO

# Vidas paralelas

TOMO VI

Nicias. - Marco Craso. - Sertorio.  
Eumenes



Precio: Una peseta

MADRID, 1921

COLECCION UNIVERSAL

N.º 370 y 371

PLUTARCO

TOMO VI

Nicias - Marco Craso - Sertorio -  
Bunibes



PLUTARCO: Nicias - Marco Craso - Sertorio - Bunibes

MADRID: 1881



**COLECCIÓN UNIVERSAL**

---

**Plutarco**

—

**VIDAS PARALELAS**

**TOMO VI**

**MCMXX**

CC  
V  
N

---

**ES PROPIEDAD**  
Copyright by Calpe, 1900.

---

---

**Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA.**

COLECCIÓN UNIVERSAL

PLUTARCO

# Vidas paralelas

TOMO VI

Nicias. - Marco Craso. - Sertorio.  
Eumenes.

La traducción, de A. Ranz Romanillos,  
ha sido revisada y corregida por C.



MADRID, 1920

I.—  
zón e  
tas ca  
la Sic  
a los  
narrac  
que T  
vehem  
hizo v  
en el  
dese c  
hacer  
con su  
rra y  
ción a

como  
lesto,  
obeso,  
más,  
Como

881  
P6e. Sr  
v. 6

## NICIAS

---

I.—Pues nos parece que no vamos fuera de razón en comparar con Nicias a Craso y las derrotas causadas por los Partos con las sucedidas en la Sicilia, juzgamos oportuno rogar y amonestar a los que lean estas vidas no sospechen que en la narración de los hechos relativos a ellas, en la que Tucídides, extendiéndose a sí mismo en la vehemencia, en la energía y en la elegancia, se hizo verdaderamente inimitable, hemos de incurrir en el mismo defecto que Timeo, el cual, lisonjeándose de superar a Tucídides en la facundia y de hacer ver que Filisto era rudo y vulgar, se mete con su historia por medio de los combates de tierra y de mar y por las arengas, en cuya descripción aquéllos sobresalieron, no siquiera

A pie corriendo cabe el lidio carro,

como dice Píndaro, sino mostrándose del todo molesto, pueril y, según expresión de Difilo, torpe y obeso, *engordado en la grasa siciliana*, y por lo más, arrimándose al modo de decir de Jenarco. Como cuando dice que debieron tener los Atenien-

ses a mal agüero el que el general que tomaba su nombre de la victoria (1), repugnara aquella expedición; igualmente que en la mutilación de las estatuas de Mercurio, les significaron los Dioses que les vendrían muchos males en aquella guerra de parte de Hermócrates, hijo de Hermón, y también que era natural, por una parte, que Hércules diera auxilio a los Siracusanos, por respeto a Proserpina, que le entregó el Cerbero, y que, por otra, mirara con odio a los Atenenses, por haber salvado a los Egesteos, descendientes de los Troyanos, cuando él, ofendido por Laomedonte, asoló su ciudad. Mas, quizá era propio de la elocuencia de este escritor, como el decir tales sandeces, querer mejorar la dicción de Filisto e insultar a Platón y a Aristóteles. En cuanto a mí, la contienda y emulación con otros acerca del estilo en general me parece insulsa y repugnante; pero si es en cosas que no pueden imitarse, téngola por la última necesidad. Por tanto, los hechos de Nicias, referidos por Tucídides y Filisto, ya que no es posible pasarlos del todo en silencio, especialmente los que dan a conocer la conducta y disposición de este hombre ilustre, escondidas entre sus muchas y grandes adversidades, los tocaré ligeramente y en sólo lo preciso; pero los que, por lo común, no son conocidos, a causa de haber sido separadamente notados por diferentes autores, o bien por ha-

---

(1) Νίκη en griego significa la victoria; y de este nombre se deriva el de Nicias.

berse de tomar de presentallas y decretos antiguos, éstos los recogeré con esmero, no para tejer una historia inútil, sino tal que presente bien la índole y las costumbres.

II.—De Nicias, lo primero que se ofrece decir es lo que escribió Aristóteles; a saber: que eran tres los que sobresalían entre los ciudadanos y tenían benevolencia y amor patrio para con el pueblo: Nicias, hijo de Nicerato; Tucídides, hijo de Milecio, y Terámenes, hijo de Agnón, en menor grado éste que los otros, pues que en cuanto a linaje le motejaron de extranjero oriundo de Ceo, y en cuanto a gobierno, por no haberse mantenido firme en un partido, sino andar continuamente variando, fué llamado *Coturno*. De éstos, era Tucídides el de más edad, y puesto al frente de los mejores y más principales ciudadanos, contradijo en muchas cosas a Pericles, que afectaba popularidad. El más joven era Nicias; pero aun en vida de Pericles fué ya tenido en aprecio, hasta llegar a ser general con él y tener por sí solo mando muchas veces. Muerto Pericles, al punto fué llamado a ocupar el primer lugar, principalmente por los ricos y los nobles, que lo contraponían a la insolencia y osadía de Cleón; y aun tuvo el favor del pueblo, que también contribuyó a su adelantamiento; porque si bien Cleón alcanzó grande autoridad con darse aire de anciano y repartir algún dinero, aun de los mismos a quienes favorecía, el ver su codicia, su orgullo y su temeridad, los más se ponían de parte de Nicias; por cuanto, aunque

tenía gravedad, no era ésta severa y enfadosa, sino mezclada con cierta modestia, que atraía a los más, por lo mismo que mostraba timidez; y es que, siendo por naturaleza irresoluto y desconfiado, en la guerra su buena suerte ocultó su miedo, habiendo salido siempre vencedor en sus expediciones; mas, para el gobierno, su pusilanimidad y su temor a los calumniadores llegaban a parecer populares, y le ganaban el afecto de la plebe, que recela de los que hacen poca cuenta de ella y adelanta a los que la temen, pues en general, para la muchedumbre, el mayor honor de parte de los más poderosos es el que no la desprecien.

III.—Mientras Pericles manejó la ciudad, estando dotado de una virtud verdadera y de una poderosa elocuencia, no tuvo necesidad de otros amañones ni de ningún otro prestigio; pero Nicias, que no tenía aquellas prendas, abundando en bienes de fortuna, con ellos ganaba popularidad; faltándole disposición para rivallizar con la flexibilidad y las lisonjas de Cleón, logró atraerse con los coros, con los espectáculos y con otros medios de esta especie, el favor del pueblo, aventajándose en magnificencia y gusto a todos los de su tiempo, y aun a cuantos le habían precedido. Subsisten todavía, de las ofrendas que hizo, el Paladión del alcázar, habiendo perdido el dorado, y el templete que se conserva en el templo de Baco entre los trípodas ofrecidos en iguales ocasiones: porque conduciendo coros venció muchas veces, y en ninguna fué vencido. Dícese que en uno de estos coros compareció



representando en el adorno a Baco un esclavo suyo, de hermosa disposición y figura, todavía imberbe, y que, habiéndose agrado los Atenenses de su presencia, y aplaudido y palmoteado por largo rato, levantándose Nicias, había expresado que tenía a sacrilegio estuviese en la esclavitud un cuerpo celebrado por su semejanza con el Dios, y había dado la libertad a aquel mozo. También se conservan en la memoria, como brillantes y dignos de tan alto objeto, los festejos que hizo en Delos; era lo regular que los coros enviados por las ciudades a cantar las alabanzas de Apolo, durante la navegación, fuesen como a cada uno le cogía, y que, acudiendo mucha gente a la llegada de la nave, se les hiciera cantar sin ningún orden, saltando en tierra en confusión y tomando las coronas y los trajes de la misma manera; mas él, cuando condujo la teoría, aportó a Renea con el coro, con las víctimas y todas las prevenciones, y llevando desde Atenas un puente, construido con las dimensiones convenientes, y adornado magníficamente con dorados, con colores, con coronas y alfombras, por la noche le echó sobre el espacio que media entre Renea y Delos, que no es grande. Al día siguiente, al amanecer, condujo la procesión que se hacía al Dios, y el coro, adornado primorosamente y cantando, y los pasó por el puente. Después del sacrificio, del combate y del festín, presentó al Dios, en ofrenda, una palma de bronce, y habiendo comprado un terreno en diez mil dracmas, se lo consagró, con destino a que de sus rentas tomaran los de Delos lo necesari-

rio para sacrificar y dar un banquete, rogando a los Dioses por la prosperidad de Nicias. Porque así lo hizo escribir en la columna que dejó en Delos como monumento de esta dádiva, y la palma, quebrantada de los vientos, vino a caer sobre la estatua grande de los de Naxos, y la hizo pedazos.

IV.—En estas cosas suele haber mucho de ostentación y vanagloria, como es bien sabido; pero atendiendo el carácter y las costumbres de Nicias para todo lo demás, podía, no sin violencia, colegirse que aquel esmero y toda aquella pompa era consecuencia de su religiosidad, porque le hacían demasiada impresión las cosas superiores y era dado a la superstición, según nos lo dejó escrito Tucídides. Así, se dice, en un cierto diálogo de Pisifonte, que todos los días ofrecía sacrificios a los Dioses, y que, teniendo en casa un agorero, fingía consultarle sobre las cosas públicas, cuando regularmente no era sino sobre las suyas propias, especialmente sobre sus minas de plata, porque poseía minas de este metal en Laurio, que le daban grandes utilidades, aunque el trabajo de ellas no carecía de peligro. Mantenía allí gran número de esclavos, y en esto consistía la mayor parte de su hacienda, por lo cual tenía siempre alrededor de sí muchos que le pedían y a quienes socorría, pues no era menos dadivoso con los que podían hacer mal que con los que eran dignos de sus liberalidades; en una palabra: con él era una renta para los malos su miedo y para los buenos su beneficencia. Dan de esto testimonio los poetas

cómicos. Teleclides escribía así contra un calumniador:

Ni una mina partida por el medio  
le dió Caricles porque le tapase  
que entre los hijos que su madre tuvo  
él fué el primero que salió del saco.  
Nicias de Nicerato dióle cuatro;  
mas aunque de este don yo sé la causa,  
no la diré, que Nicias es mi amigo,  
y obra a mi juicio con notable acuerdo:

Y aquel a quien zahiere Eupolides en su comedia  
intitulada *Maricas*, sacando a la escena a uno de  
los holgazanes y mendigos, se explica así:

—¿Cuánto ha que viste a Nicias?  
—Nunca le había visto; mas ahora  
ha poco que le ví estar en la plaza.  
—Notad que éste confiesa claramente  
que en la plaza con Nicias se ha encontrado;  
y si de traición no, ¿qué tratarían?  
¿No oís, camaradas, cómo Nicias  
fué en el delito mismo sorprendido?  
—Andad, menguados; no es para vosotros  
en mal caso coger a hombre tan bueno:

y el Cleón de Aristófanes, en tono de amenaza,  
dice:

El cuello apretaré a los oradores,  
y a Nicias causaré miedo y espanto.

También Frinico da idea de lo tímido y espantadizo que era en los siguientes versos:

Era buen ciudadano, lo sé cierto,  
y no al modo de Nicias lo verían  
andar siempre con aire asustadizo.

V.—Viviendo siempre con este temor de los calumniadores, no cenaba con ninguno de los ciudadanos, ni trataba con ellos, ni asistía a sus ordinarias recreaciones; en una palabra: no gustaba de semejantes pasatiempos, sino que, cuando era arconte, permanecía en el consistorio hasta la noche, y del Senado salía el último, habiendo entrado el primero; y cuando no tenía negocio público alguno, no se dejaba ver ni admitía a nadie, quieto siempre y encerrado en casa. Sus amigos recibían a los que concurrían a hablarle, y les pedían que le disculparan, porque estaba ocupado en negocios públicos de grande urgencia e importancia. El que principalmente representaba esta farsa, y se desvivía para conciliarle autoridad y opinión, era Hierón, que se había criado en su casa, y a quien el mismo Nicias había ejercitado en las letras y en la música. Dábase por hijo de Dionisio, a quien apellidaron Calco, y de quien se conservan todavía algunas poesías, y que, enviado de comandante de una colonia mandada a Italia, fundó la ciudad de Turios. Este, pues, trataba con los agoreros, de parte de Nicias, en la interpretación de los prodigios y los arcanos, y hacía correr en el pueblo la voz de que Nicias llevaba, por sólo el bien de la república, una vida infeliz y trabajosa, pues ni en el baño ni en la mesa dejaban de ocurrirle asuntos graves, teniendo abandonados sus intereses por cuidar de los del pueblo; tanto, que nunca se acostaba sino cuando los demás habían dormido el primer sueño. De donde provenía estar

también su salud quebrantada, y no tener gusto ni humor para conversar con sus amigos, habiendo llegado a perderlos por los negocios públicos, juntamente con su hacienda; cuando los demás, ganando amigos y enriqueciéndose con las magistraturas, lo pasan muy bien y se divierten en el gobierno. Y en realidad de verdad, tal venía a ser la vida de Nicias, por lo que él mismo se aplicó aquel epifonema de Agamenón:

La majestad preside a nuestra vida;  
mas de la multitud somos esclavos.

VI.—Observando que el pueblo se valía a veces de la prudencia y experiencia de los insignes oradores y sobresalientes políticos, pero que siempre se recelaba y resguardaba de su habilidad, oponiéndose a su esplendor y su gloria, como se veía bien claro en la condenación de Pericles, en el destierro de Damón, en la desconfianza que manifestó la muchedumbre de Antifón Ramnusio, y sobre todo en lo ocurrido con Paquetes, el que tomó a Lesbos, que al dar las cuentas de su expedición, sacando en el mismo tribunal la espada, allí se quitó la vida, procuraba huir de las expediciones arduas y difíciles, y cuando iba de general consu'taba mucho a la seguridad, con lo que lograba vencer, como era natural; mas, con todo, no atribuía estos sucesos ni a su inteligencia, ni a su poder, ni a su valor, sino a la fortuna, y se acogía a los Dioses, substrayéndose a la envidia que sigue a la gloria. Convienen con estos los mis-

mos hechos: pues que habiendo sufrido la república en aquel tiempo muchos y grandes descabros, en ninguno absolutamente tuvo parte; cuando en la Tracia fué vencida por los de Calcis, iban de generales Calíades y Xenofonte; la derrota de Etolia se verificó siendo arconte Demóstenes; en Delio perdieron mil hombres mandando Hipócrates, y de la peste, la culpa se echó principalmente a Pericles, por haber encerrado en el recinto de la ciudad, a causa de la guerra, a todos los habitantes de la comarca, habiéndose aquélla originado de la mudanza de aires y de género de vida. Nicias, pues, se conservó inculpable en todas estas desgracias, y, yendo de general, tomó a Citera, isla muy bien situada para hacer la guerra a la Laconia, y que estaba habitada de Lacedemonios. Recobró también y atrajo a muchos pueblos de Tracia que se habían rebelado. Habiendo encerrado dentro de los muros a los de Megara, al punto se apoderó de la isla Minoa, y de allí a poco, partiendo de aquel punto, sujetó a Nisca. Bajó de allí a Corinto, y en batalla campal venció su numeroso ejército y a Licofrón, su general. Sucedióle en esta ocasión haberse dejado los cadáveres de dos de sus deudos, por no haberlos echado de menos al tiempo de recoger los muertos. Luego que lo advirtió, hizo alto con el ejército, y envió un heraldo a los enemigos, para tratar de recobrarlos. Según cierta ley y costumbre con ella conforme, los que recogían los muertos, en virtud de convenio, se entendía que renunciaban a la victoria, y no les

era permitido levantar trofeo, porque vencen los que quedan dueños, y no quedan dueños los que ruegan, como que no está en su poder tomar lo que piden. Pues, con todo, más quiso hacer el sacrificio del vencimiento y de su gloria que dejar insepultos a dos ciudadanos. Taló, pues, todo el país litoral de la Laconia, y venciendo a los Lacedemonios que se le opusieron, tomó a Tirea, guarnecida por los Eginetas, y a los que apresó los trajo cautivos a Atenas.

VII.—Como Demóstenes hubiese fortificado a Pilos, al punto acudieron por tierra y por mar los Lacedemonios, y, trabada batalla, hubieron de dejar de los suyos en la isla Esfactoria hasta cuatrocientos hombres. Parecía a los Atenienses cosa importante, como lo era, en realidad, apoderarse de ellos; pero el cerco se presentaba difícil y trabajoso en un país que carecía de agua, y para el que el acopio de provisiones, aun en verano, tenía que hacerse con un rodeo muy largo, hallándose por lo mismo en el invierno enteramente falto de todo; teníanlos esto disgustados, y estaban pesados de haber despedido la legación que los Lacedemonios les habían enviado para tratar de paz. Habíanla despedido a instigación de Cleón, principalmente con la mira de mortificar a Nicias, porque era su enemigo; y viendo que se había puesto de parte de los Lacedemonios, esto bastó para que inclinase al pueblo a votar contra el tratado. Yendo, pues, largo el sitio, y recibíendose noticias de que el ejército padecía una escasez

suma, se mostraban muy enconados contra Cleón, el cual se volvía contra Nicias, echándole la culpa y acusándole de que por sus temores y su flojedad dejaba allí aquellos hombres, cuya rendición no habría costado tanto tiempo a haber él tenido el mando. Ofrecióseles al punto a los Atenienses decirle: “¿Pues por qué no te embarcas y marchas contra ellos?” Levantóse también Nicias, y abdicó en él el mando sobre Pilos, proponiéndole que tomase la fuerza que quisiese y no anduviera echando baladronadas sobre seguro, en lugar de hacer cosa que fuera de importancia. El, al principio, calló, turbado con tan inesperada salida; pero como insistiesen todavía los Atenienses y Nicias esforzase la voz, se acaloró, y picado de pundonor, tomó a su cargo la expedición, y al dar la vela puso el término de veinte días, diciendo que, dentro de ellos, o había de acabar allí con los Lacedemonios, o los había de traer vivos a Atenas, de lo que los Atenienses se rieron mucho, bien lejos de creerlo, porque ya estaban acostumbrados a tomar a diversión y risa sus jactancias y sus sandeces. Pues se cuenta que, celebrándose un día junta pública, el pueblo, sentado, estuvo esperando largo rato, y, ya bien tarde, se presentó en la plaza con corona sobre las sienes, y pidió que la junta se dilatase hasta el día siguiente: “Porque hoy—dijo—estoy ocupado, teniendo a cenar a unos forasteros, después que he hecho a los Dioses sacrificio”, y que los Atenienses se levantaron y disolvieron la junta.



VIII.—Favorecióle entonces la fortuna, y habiéndose manejado bien en la expedición al lado de Demóstenes, dentro del término que prefijó, a cuantos Espartanos no murieron en el combate los trajo esclavos, habiéndosele rendido a discreción. Volvióse esto en gran descrédito de Nicias, pareciendo una cosa más torpe y fea todavía que arrojar el escudo el abandonar por miedo, espontáneamente, el mando, y, despojándose a sí mismo de la autoridad, proporcionar al enemigo la ocasión de tan brillante triunfo. Motejóle de nuevo con este motivo Aristófanes, en su comedia titulada *Las Aves*, diciendo:

Pues no, no es tiempo de dormirmos éste,  
ni de dar largas, imitando a Nicias.

Y en la de *Los Labradores* dice asimismo:

—Quiero labrar mis campos.—¿Quién te estorba?  
—Vosotros, y mil dracmas os prometo  
si exento me dejáis de todo mando.  
—Las aceptamos; pues dos mil tendremos  
con las que ya de Nicias recibimos.

Y en verdad que hizo notable daño a la ciudad dejando que adquiriera Cleón tanto crédito y poder, con el que, tomando nuevo arrojó y una osadía inaguantable, entre otros males que acarreó a la república, de los que no le cupo a Nicias poca parte, le hizo el de destruir el decoro de la tribuna, siendo el primero que en las arengas gritó descompasadamente, se dejó abierto el manto, se

golpeó los muslos e introdujo el dar carreras estando hablando; con lo que engendró en los que después de él manejaron los negocios un absoluto olvido y desprecio de toda dignidad; causa principalísima del trastorno y confusión que de allí a poco sobrevino a la república.

IX.—Empezaba ya entonces a mostrarse en Atenas Alcibíades, otro orador no tan descompuerto, pero de quien podía decirse lo que de la tierra de Egipto; pues como ésta, por su gran fertilidad, produce

Muchas útiles plantas, y, a su lado,  
otras muchas nocivas y funestas,

de la misma manera la índole de Alcibíades, propensa igualmente al bien que al mal, dió ocasión a grandes innovaciones. Por tanto, aunque Nicias llegó a verse desembarazado de Cleón, no tuvo tiempo de tranquilizar y afianzar del todo la república, sino que, habiendo conseguido llevarla por el buen camino, la apartó de él la violencia y fogosidad de Alcibíades, impeliéndole otra vez a la guerra, lo que sucedió de esta manera: Los que principalmente se oponían a la paz de la Grecia eran Cleón y Brasidas: aquél, porque en la guerra no se descubría tanto su maldad, y éste, porque en ella resplandecía más su virtud; como que al uno le daba ocasión para grandes injusticias y al otro para gloriosos triunfos. Mas, como ambos hubiesen muerto en la misma batalla, que fué la de Anfípolis, hallando Nicias a los Espartanos

deseosos muy de antemano de la paz, y a los Atenienses con poca confianza de sacar partido de la guerra, y a uno y a otros fatigados y en disposiciones de deponer con el mayor gusto las armas, trabajó por ver cómo conciliar amistad entre las ciudades, y aliviar y dar reposo a los demás Griegos de los males que sufrían, haciendo para en adelante seguro y estable el sabroso nombre de felicidad. Y lo que es a los ancianos, a los ricos y a las gentes del campo, desde luego los encontró con disposiciones pacíficas; en cuanto a los demás, hablando a cada uno en particular, y procurando convencerlos, logró también retraerlos de la guerra; y cuando así lo hubo ejecutado, dando ya esperanzas a los Espartanos, los excitó y movió a que se presentaran a pedir la paz. Fiáronse de él, ya por su conocida probidad, ya también porque a los cautivos y a los rendidos de Pilos, cuidándolos y visitándolos con humanidad, les hacía más llevadera su desgracia. Habían ya antes ajustado treguas por un año, durante las cuales, reuniéndose unos con otros, y gustando otra vez de sosiego y descanso, y del trato con los propios y con los extranjeros, se les había encendido un vivo deseo de aquella vida exenta de inquietudes y de riesgos; así, oían con gusto a los coros cuando cantaban:

Quédate, ¡oh lanza!, a ser despojo inútil  
donde enreden su tela las arañas.

Erales también sabroso traer a la memoria

aquel gracioso dicho de que *a los que en la paz toman el sueño no los despiertan las trompetas, sino los gallos*. Abominando, pues, y maldiciendo a los que suponían tener el hado dispuesto que aquella guerra se prolongara por tres veces nueve años, trataron y conferenciaron entre sí e hicieron la paz. Formóse entonces generalmente la idea de que aquella reconciliación era estable, y todos tenían siempre a Nicias en los labios, diciendo que era un hombre amado de los Dioses, a quien su buen Genio había concedido, por su piedad, que del mayor y más apreciable bien entre todos hubiera tomado el nombre; porque, realmente, así creían obra suya la paz, como de Pericles la guerra; pareciéndoles que éste, por muy pequeños motivos, había arrojado a los Griegos en grandes calamidades, y que aquél les había hecho olvidar los mutuos agravios, volviéndolos amigos. Por tanto, esta paz, hasta el día de hoy, se llama Nicea.

X.—Convínose por los tratados en que se restituirían recíprocamente las tierras, las ciudades y los cautivos que tuviesen, sorteándose sobre quiénes habían de ser los primeros a restituir; y Nicias sobornó con su dinero la suerte, para que fuesen los primeros los Lacedemonios: así lo refiere Teofrasto. Viendo que los Corintios y Beocios oponían dificultades, y que con diferentes achaques y quejas procuraban otra vez encender la guerra, persuadió Nicias a los Atenienses y Lacedemonios a que a la paz añadieran la alianza, como un re-

fuero y  
terrible  
tre sí. N  
nio de  
de los L  
el y mi  
tos a N  
y auno  
de allí  
mos ta  
paciencia  
haber  
entrec  
polis,  
lorar  
nova.  
ción e  
niera  
ron e  
pleno  
hubie  
y m  
prop  
cert  
bajo  
cua  
nie  
así  
cre  
con  
bia

fuerzo y nuevo vínculo, con el que se hicieran más temibles a los disidentes y se estrecharan más entre sí. Verificado esto, Alcibíades, que no tenía genio de estarse quieto, y que se hallaba resentido de los Lacedemonios, porque, no haciendo cuenta de él y mirándole con desdén, se manifestaban adictos a Nicias, se propuso desde luego minar la paz, y aunque por entonces nada pudo adelantar, como de allí a poco no se mostrasen ya los Lacedemonios tan complacientes con los Atenieses, y antes pareciese que empezaban a hacerles agravios en haber formado alianza con los Beocios y no haber entregado en pie las ciudades de Panacto y Anfípolis, aferrándose en estas causas, procuraba acalorar al pueblo, haciéndoselas presentes a toda hora. Finalmente, habiendo hecho venir una legación de Argos para entablar alianza con los Atenieses, trabajaba para que lo consiguiese. Vinieron en esto embajadores de los Lacedemonios con plenos poderes, y como, presentándose al Senado, hubiesen dado idea de admitir toda condición justa y moderada, temeroso Alcibíades de que con sus proposiciones ganaran también al pueblo, desconcertó sus planes con una perfidia, ofreciéndoles, bajo juramento, que hallarían en él auxilio para cuanto quisiesen, con tal que no dijeran ni conviniere en que venían con plenos poderes, porque así saldrían mejor con su intento. Habiéndole dado crédito y unídose a él, fueron a Nicias, que los hizo comparecer ante el pueblo, y les preguntó si habían venido con plenos poderes para todo; y como

dijesen que no, mudado repentinamente, contra todo lo que podían esperar, llamó (1) la atención del Senado sobre lo que acababan de decir, y excitó al pueblo a que no diera oídos ni crédito a unos hombres que tan abiertamente mentían y que ahora decían una cosa y luego la contraria. Quedaron tan pasmados como se deja conocer, y no teniendo el mismo Nicias nada que decir de sorprendido y disgustado, al punto se decidió el pueblo a llamar y hacer venir a los de Argos, para concluir la alianza; pero se puso de parte de Nicias un terremoto que en esto sobrevino, siendo causa de que se disolviese la junta. Congregada otra vez al día siguiente, ora con discursos y ora con ruegos, lo único que pudo alcanzar, y aun esto con dificultad, fué contener la negociación de los Argivos, y que a él se le enviase en legación a los Lacedemonios, con esperanza que dió de que todo se arreglaría a satisfacción. Pasando, pues, a Esparta, en todo lo demás le honraron como correspondía a un hombre de probidad y su apasionado; pero no habiendo podido concluir nada, suplantado por los del partido de los Beocios, hubo de volverse, no sólo desairado y con descrédito, sino también temeroso de lo que determinarían los Atenieses, disgustados y enfadados de que a su persuasión hubiesen tenido que restituir unos cautivos de tanta calidad: porque los traídos de Pilos eran de las

---

(1) Alcibíades.

primeras casas de Esparta, y tenían amigos y parientes entre los de mayor poder. No tomaron, sin embargo, en medio de su enojo, resolución ninguna violenta contra él, sino que nombraron general a Alcibíades, hicieron alianza al mismo tiempo que con los Argivos con los de Mantinea y los de Elea, que se habían rebelado a los Lacedemonios, y enviaron piratas a Pilos para molestar la Laconia: con lo que volvieron otra vez a ponerse en guerra.

XI.—Estaban Nicias y Alcibíades en lo más fuerte de su discordia, cuando hubo de tratarse de desterrar por el ostracismo, según costumbre recibida de que a cierto tiempo hiciera el pueblo mudar de país por diez años a uno de los que le fuesen sospechosos, o que le causaran envidia por su gran crédito o por su riqueza. Estaban ambos en grande agitación y peligro, como que no podía dejar de ser el que el uno o el otro sufriera el destierro. Porque en Alcibíades vituperaban su abandonada conducta y temían de su arrojo, y en Nicias, además de mirarle con envidia por su riqueza, culpaban aquel aire poco afable y popular, o más bien intratable y oligárquico, que le hacía parecer de otra especie; y como repugnaba muchas veces a los deseos del pueblo, contradiciendo su modo de pensar, y violentándole en cierta manera hacia lo que creía conveniente, había venido a hacérseles odioso. En una palabra: la contienda era de los jóvenes y amigos de la guerra con los ancianos y amantes

de la paz, queriendo los unos que la concha cayera sobre éste, y los otros sobre aquél.

Mas si por dos sobre un honor se alterca,  
no es nuevo que recaiga en un perverso:

como en esta ocasión, dividido el pueblo entre los dos, dió motivo a que se presentaran en la palestra los hombres más desvergonzados y corrompidos; de cuyo número era Hipérbolo Peritoide, hombre a quien no fué el poder el que le dió atrevimiento, sino que de ser atrevido pasó a tener poder, y de haber adquirido fama en la ciudad, a ser su afrenta y su infamia. Este, pues, considerándose entonces muy distante del castigo de las conchas, cuando lo que verdaderamente le correspondía era un potro, esperaba que, cayendo cualquiera de aquellos dos, él iba a ser el rival del que quedase; así se veía bien a las claras que se alegraba de su división, y abiertamente acaloraba al pueblo contra ambos. Enterados Nicias y Alcibiades de esta maldad, se pusieron secretamente de acuerdo, y juntando en uno los dos partidos, lograron que el ostracismo no recayese sobre ninguno de los dos, sino sobre Hipérbolo. Al principio fué este cambio materia de diversión y risa para el pueblo; pero después ya lo sintieron, pareciéndoles que aquel recurso se había deshonrado, empleándose en un hombre indigno, pues tenían al ostracismo por una pena que honraba, y creían que, si bien era castigo para Tucídides, Arístides y otros semejantes,



para Hipérbolo era una honra y motivo de jactancia el que fuese tratado, por su maldad, como lo habían sido los varones más excelentes; según que ya lo dijo Platón el cómico, hablando de él en estos versos:

Por sus maldades mereció esta pena;  
mas, por su calidad, de ella era indigno:  
porque no se inventó seguramente  
para tan ruin canalla el ostracismo.

Así es que, después de Hipérbolo, ya nadie sufrió esta forma de destierro, sino que él fué el último, habiendo sido el primero Hiparco Colargueo, pariente del tirano. Mas ¡cuán cierto es que la fortuna está muy fuera del alcance del juicio humano, y que respecto de ella nada sirven nuestros raciocinios! Pues si Nicias, habiendo hecho caer sobre Alcibiades el peligro de las conchas, hubiera salido vencedor, arrojando a éste de la ciudad, habría quedado en ella con toda tranquilidad, y en caso de haber sido vencido, él habría tenido que salir antes de los últimos infortunios que le oprimieron, conservando la opinión del mejor general. No se me oculta haber dicho Teofrasto que cuando salió desterrado Hipérbolo era Feaco, y no Nicias, el que entraba en disputa con Alcibiades, pero los más lo refieren de aquella manera.

XII.—Vinieron en esto legados de los Segestanos y Leontinos, con la pretensión de que los Atenienses enviaran una expedición contra la Sicilia; mas, sin embargo de que Nicias lo contradecía,

aun antes de que sobre este objeto se celebrase junta pública, fué ya arrollado por las sugerencias, y, sobre todo, por la ambición de Alcibíades, el cual, con esperanzas, había ganado a la muchedumbre y con sus discursos la había alucinado, hasta tal punto, que los jóvenes en las palestras y los ancianos sentados en sus talleres o en sus reuniones, diseñaban el plan de la Sicilia, describían el mar que la rodea y los puertos y sitios por donde más se acerca al Africa. Porque no se contentaban con ganar la Sicilia en aquella guerra, sino que la miraban como escala para entrar desde allí en lid con los Cartagineses, y dominar en el Africa y en todo aquel mar, hasta las columnas de Hércules. Viéndolos, pues, con semejantes proyectos, hizo esfuerzos Nicias por disuadirlos, pero halló muy pocos hombres de poder e influjo que se pusieran a su lado; porque la gente acomodada, por no dar idea de que huían de servir y de contribuir para el armamento de las galeras, nada hicieron o dijeron. Con todo, no desistió o se dió por vencido, sino que, aun después de acordada la guerra y de haber sido nombrado general juntamente con Alcibíades y Lamaco, todavía en otra junta habló y procuró hacer revocar el decreto, poniéndoles a la vista los inconvenientes; y aun excitó sospechas contra Alcibíades, indicando que con miras de ambición y de utilidad particular trataba de envolver a la república en una guerra difícil y ultramarina; pero estuvo tan lejos de adelantar nada, que antes, teniéndole

con esto por más a propósito, a causa de su inteligencia y de su nimia previsión, que contrastarían muy bien con la osadía de Alcibíades y la prontitud de Lamaco, dieron a su elección mayor firmeza; porque, levantándose Demostrato, que era el orador que más inflamaba a los Atenienses para aquella expedición, dijo que él haría callar a Nicias; y escribiendo un decreto, por el que se daban a los generales plenas facultades para resolver y ejecutar acá y allá cuanto les pareciera, hizo que el pueblo lo sancionase.

XIII.—Dícese que por parte de los augures se propusieron también muchas cosas que contradecían aquella jornada; pero teniendo Alcibíades otros agoreros, presentó, de ciertos oráculos antiguos, uno, en que se decía que les vendría a los Atenienses grande esplendor de parte de la Sicilia, y, además, le vinieron ciertos adivinos de Júpiter Amonio, trayéndole un oráculo, por el que se prometía que los Atenienses se apoderarían de todos los Siracusanos; pero los que les eran contrarios los ocultaban, por temor de que se tomase a mal agüero. Lo que no era mucho, cuando no los contenían las señales más visibles y manifiestas, como la mutilación de los Hermes, que a todos en una noche les fueron cortadas las partes prominentes, a excepción de uno solo, llamado de Andocides, ofrenda de la tribu Egeide, y que estaba junto a la casa en que Adocides habitaba entonces; y como la atrocidad ejecutada en el ara de los doce Dioses, la cual consistió en que un

hombre se subió repentinamente sobre ella, y, abriendo las piernas, con una piedra se cortó las partes genitales. En Delfos había una estatua de oro de la Diosa Palas, colocada sobre una palma de bronce, ofrenda de Atenas, de los despojos tomados a los Medos: a ésta, pues, la picotearon por varios días unos cuervos que vinieron volando, y el fruto de la palma, que era de oro, lo arrancaron a picotazos y lo echaron al suelo; pero los Atenienses decían que esto era invención de los de Delfos, ganados por los Siracusanos. Prescribióseles en aquella misma sazón, por un oráculo, que trajeran de Clazomene la Sacerdotisa de Minerva; y, enviándola a buscar, se halló que su nombre era *Hesuquía* (1), y en esto parece que el buen genio de Atenas aconsejaba a aquellos ciudadanos que por entonces se estuviesen quietos. Bien fuera por temor de estos prodigios, o bien porque lo alcanzara por su ciencia, el astrólogo Metón, a quien se había dado entonces cierto mando, fingió dar fuego a su casa, como que estaba loco: aunque otros dicen que no fingió tal locura, sino que, habiendo incendiado su casa por la noche, se presentó en la plaza muy afligido, y pidió a los ciudadanos que, en atención a tan grande desventura, eximieran de la expedición a su hijo, que estaba nombrado prefecto de una trirema, para pasar a Sicilia. A Sócrates el Sabio le anunció su Genio, por los medios que tenía por cos-

---

(1) Palabra que significa "quietud", "repose".

tumbre, que aquella expedición se equipaba en ruina de la ciudad, lo que refirió a sus amigos y conocidos, habiendo corrido entre muchos esta especie. Para no pocos era también motivo de inquietud los días en que salió la armada, porque celebraban las mujeres las fiestas de Adonis; y por todas partes se veían tendidos por las calles sus simulacros, y junto a ellos exequias y llantos de mujeres, por lo cual, los que dan importancia a estas cosas, se mostraban disgustados, y temían no fuera que aquel aparato y aquella fuerza que se ostentaban entonces, tan brillantes y florecientes, se marchitasen bien en breve.

XIV.—El que Nicias se opusiese a la expedición proyectada, sin dejarse seducir de lisonjeras esperanzas, y que no mudase de dictamen, deslumbrado con la brillantez de tan ilustre mando, no puede menos de merecerle la alabanza de hombre recto y prudente; pero después, cuando, habiéndolo intentado, no pudo apartar al pueblo de la guerra, ni lograr que lo exonerase de su encargo, sino que más bien éste, como que le cogió de la mano y por fuerza, le puso al frente de aquellas tropas, entonces ya no era tiempo de detenciones e irresoluciones, indisponiendo a sus colegas y malogrando el objeto con volver como un niño los ojos atrás desde la nave y quejarse continuamente de que sus discursos no hubiesen sido atendidos; sino que lo que convenía era apresurarse y cargar prontamente sobre los enemigos, a probar la suerte de los combates. Mas él lo que hizo fué contra-

decir al dictamen de Lamaco, que quería se marchara directamente a Siracusa, y que en sus inmediaciones se diera una batalla, y también al de Alcibíades, que tenía por lo mejor hacer que las ciudades abandonaran el partido de los Siracusanos, y, logrado esto, encaminarse contra ellos; con lo que, y con dar la orden de que, recorriendo con las naves la isla, se hiciera ostensión de las tropas y del número de galeras, y se volviessen después a Atenas, dejando una pequeña guarnición a los Egestanos, desconcertó desde un principio los proyectos de entrambos generales, y les infundió grande desaliento. Llamaron, de allí a poco, los Atenienses a Alcibíades, para ser juzgado, y entonces, aunque se le nombró segundo general, en el poder quedó de primero, y siempre continuó, o estándose quieto, o teniendo en movimiento las naves, o juntando consejos, dando lugar a que en su ejército se debilitase la esperanza, y los enemigos sacudiesen el asombro y terror que les causó la primera vista de tan poderosas fuerzas. Cuando se hallaba allí todavía Alcibíades, bien se dirigieron con sesenta naves contra Siracusa; pero contuvieron el mayor número de ellas, formándolas fuera, a la vista del puerto, y sólo con diez penetraron adentro, con el objeto de hacer un reconocimiento; y mientras, por medio de un heraldo, llamaban para que volviessen a su casa a los Leontinos, cogieron una nave enemiga que conducía unas tablas, en las que los Siracusanos se habían inscripto a sí mismo, cada uno en su tribu; y

puestas lejos de la ciudad, en el templo de Júpiter Olimpio, entonces las habían enviado a buscar, para hacer el recuento de los que se hallaban en edad de hacer el servicio militar. Cogidas que fueron, las presentaron a los generales, y al ver aquel inmenso número de nombres, se sobrecogieron los adivinos, temiendo no fuese aquello lo significado por el oráculo, cuando decía: "Los Atenienses se apoderarán de todos los Siracusanos." Aunque otros dicen que este oráculo había tenido ya pleno cumplimiento en otro tiempo, cuando Calipo el Ateniense, dando muerte a Dion se apoderó de Siracusa.

XV.—No mucho después del regreso de Alcibíades desde Sicilia, toda la autoridad era ya de Nicias, pues aunque Lamaco era hombre de valor y justificación, y en las batallas peleaba denodadamente, se hallaba tan pobre y miserable, que en cada expedición se veían precisados los Atenienses a admitirle en las cuentas una pequeña cantidad para su vestido y calzado; y así Nicias, ya por otras causas y ya también por su riqueza y por la gloria que había adquirido, era grande la preferencia que se daba. Cuéntase, por tanto, que, celebrando en una ocasión consejo de guerra, dió orden al poeta Sófocles para que, como el más anciano de los generales, diera el primero su dictamen, y éste le respondió: "Yo bien soy el más viejo, pero tú eres el más anciano." (1). De esta

---

(1) Es decir, el que mereces más veneración.

manera, teniendo bajo de sí a Lamacc', sin embargo de ser mejor general que él, y no usando de sus fuerzas sino con una nimia reserva y cuidado, primero con recorrer la Silicia, lejos siempre de los enemigos, dió a éstos mucho aliento, y después, con haber acometido a Hibia, aldea despreciable, y haberse retirado sin tomarla, incurrió en el mayor desprecio. Finalmente, se retiró a Catana, sin haber hecho otra cosa que asolar a Hicara, aldea habitada por bárbaros, donde se dice haber caído cautiva la célebre ramera Lais, todavía mo-cita, y que, vendida con los demás esclavos, fué llevada al Peloponeso.

XVI.—Al fin del verano, como entendiese que los Siracusanos, muy alentados ya, estaban resueltos a acometer los primeros, y la caballería se acercase con insolencia a su campamento, preguntando si habían venido a aumentar los habitantes de Catana o a restituir a sus casas a los Leontinods, determinóse Nicias, no sin repugnancia, a marchar a Siracusa. Queriendo sentar con seguridad y sosiego su campamento, envió cautelosamente, desde Catana, un hombre que avisara a los Siracusanos de que, si querían encontrar desierto el campo de los Atenenses y tomarle con cuanto contenía, acudieran con todas sus tropas a Catana el día que les prefijó, pues que, no saliendo por lo regular los Atenenses de la ciudad, tenían pensado los amigos de los Siracusanos, cuando vieran que ellos venían, apoderarse de las puertas, y al mismo tiempo poner fuego a la escuadra; siendo mu-



chos los que estaban en ello, no aguardando más que su llegada. Este fué el golpe de maestro que Nicias dió en Sicilia, porque, sacando con esta estratagema todas las tropas de la ciudad, y dejándola en cierta manera vacía, pudo marchar de Catana, apoderarse de los puestos y establecer el campo en sitio donde los enemigos no le incomodaran con aquello en que les era inferior, y desde donde esperaba hacerles libremente la guerra, con lo que le daba ventajas. Después, cuando al volver los Siracusanos de Catana se formaron delante de la ciudad, los acometió súbitamente Nicias con sus fuerzas, y los venció; mas no se hizo gran matanza en los enemigos, porque la caballería impidió que se les siguiera el alcance. Rompió entonces Nicias, y derribó los puentes, lo que hizo decir a Hermócrates, para dar ánimo a los Siracusanos: “¡Ridículo general es este Nicias, que busca medios para no pelear, como si no hubiera sido enviada a pelear su expedición!” Con todo, fué tan grande la sorpresa y el miedo que causó a los Siracusanos, que, en lugar de los quince generales que entonces tenían, eligieron otros tres, asegurándoles el pueblo con juramento que les dejaría obrar con las más plenas facultades. Hallábase cerca el templo de Júpiter Olímpico, y los Atenenses pensaban en tomarle, por haber en él muchas y muy ricas ofrendas de oro y plata; pero Nicias, de intento, lo fué dilatando y dejando para otro día, no impidiendo que los Siracusanos introdujesen guarnición, por pensar que, si

los soldados saqueaban aquellas preciosidades, ningún provecho había de resultar de ello a la república, y sobre él vendría a recaer la nota de impiedad. Ningún partido sacó de una victoria tan celebrada, y, pasados pocos días, se retiró a Naxos, donde pasó el invierno, haciendo exorbitantes gastos para mantener tan numeroso ejército y ejecutando cosas de muy poca entidad con algunos Sicilianos de los que habían abrazado su partido. Con esto, los Siracusanos cobraron otra vez ánimo, y dirigiéndose a Catana, talaron el país e incendiaron el campamento de los Atenien-ses; y de esto todos ponían la culpa a Nicias, porque en conferenciar, en meditar y en pre-caverse, se le iba el tiempo, malogrando las ocasio-nes. Sus hechos nadie los reprendía, pues era, una vez que se determinaba, activo y pronto; pero para decidirse, muy detenido y cobarde.

XVII.—Luego que resolvió mover de nuevo con su ejército para Siracusa, lo dispuso con tanto acierto y fué tal la prontitud y seguridad con que se condujo, que no se tuvo el menor indicio de haberse dirigido a Tapso con la escuadra y haber allí saltado en tierra la tripulación; ni tam-poco de que él mismo se había adelantado hasta el punto de Epipolas, y le había tomado; en se-guida de lo cual venció a lo más escogido de los auxiliares, cautivando unos trescientos, y rechazó la caballería de los enemigos, que era tenida por invencible. Pero lo que más que todo admiró a los Siracusanos y pareció increíble a los Grie-

gos, fué haber corrido en muy poco tiempo un muro alrededor de Siracusa, ciudad de no menor extensión que Atenas, y que, por la desigualdad de su terreno, por su inmediación al mar y por las lagunas que hay en su contorno, ofrece mayores dificultades para poder ser circunvalada con tan dilatada muralla. Pues, con todo, faltó muy poco para que se acabase enteramente bajo el cuidado de un caudillo que estaba muy distante de gozar de la salud correspondiente a tantas fatigas, padeciendo un violento dolor de riñones, al que debe con razón atribuirse que aquel trabajo no se hubiese concluído. No puedo, pues, admirarme bastante de la diligencia de tal caudillo y del valor de tales soldados, por las victorias que consiguieron, puesto que Eurípides, después de sus derrotas y de su trágico fin, les hizo este epicedio:

Ocho victorias, los que aquí descansan,  
de los Siracusanos alcanzaron,  
mientras plugo a los Dioses de ambos lados  
en igualdad perfecta mantenerse.

Y no ocho victorias solas, sino muchas más todavía se hallará haber sido las que consiguieron de los Siracusanos, antes que, como es cierto, se hubiese hecho por los Dioses y por la fortuna oposición a los Atenienses, cuando habían llegado a la cumbre del poder.

XVIII.—Haciéndose, pues, violencia, acudía Nicias a cuanto se ofrecía; pero, habiéndose agra-

vado el mal, tuvo que quedarse dentro del muro con algunos asistentes, y en tanto, mandando el ejército, Lamaco hacía frente a los Siracusanos, que construían desde la ciudad otra muralla por delante de la de los Atenienses, para impedir los efectos de su circunvalación. Por lo mismo que los Atenienses estaban victoriosos, solían desordenarse al seguirles el alcance, y habiéndose quedado en una ocasión casi solo Lamaco, aguardó a la caballería de los Siracusanos, que le cargaba. Era el primero de ella Calícrates, buen militar y de mucho aliento, y como provocase a Lamaco, fué éste para él y pelearon en singular batalla, en la que fué primero herido Lamaco, y al herir después éste a Calícrates, cayó en el suelo, y ambos murieron juntos. Apoderáronse de su cadáver y de sus armas los Siracusanos, y en seguida dieron a correr hacia el muro de los Atenienses, en el que había quedado Nicias, sin tener casi a nadie en su ayuda. Sin embargo, movido de la necesidad y de la presencia del peligro, mandó a los que tenía cerca de sí que a cuantos maderos se hallaban reunidos para las máquinas, y a las máquinas mismas, les pegaran fuego. Sirvió esto para contener a los Siracusanos, y salvó a Nicias con la muralla y los efectos que allí tenían guardados los Atenienses, porque, viendo los Siracusanos a la mitad de la distancia aquel grande incendio, se retiraron. De resulta de estos sucesos, quedó Nicias único general, y se formaron grandes esperanzas; pasábanse a su partido las ciudades, y eran muchos los barcos car-

gados de provisiones que de todas partes llegaban al campamento, acudiendo todos a aquel cuyos negocios iban tan prósperamente; de manera que aun le habían llegado de parte de los Siracusanos proposiciones de paz, desconfiando de poder sostener la ciudad. Así Gilipo, que de Lacedemonia venía en su auxilio, luego que en el curso de su navegación supo cómo se hallaban cercados y la escasez que padecían, continuó su viaje, en la inteligencia de que la Sicilia estaba tomada, y que no le quedaba más que hacer sino conservar en la alianza a los italianos y sus ciudades, si aun para esto llegaba a tiempo. Porque las voces que corrían eran de que todo estaba ya por los Atenieses, y que tenían un general invencible, por su dicha y su prudencia. El mismo Nicias pasó de repente, con esta prosperidad, a ser confiado contra lo que llevaba su natural, y teniendo por cierto, ya por su demasiado poder y ventura, y ya más principalmente por los avisos que secretamente le llegaban de Siracusa, que, para ser suya la ciudad, apenas le faltaba más que estar hechas las capitulaciones, ninguna cuenta hizo de la venida de Gilipo, ni puso las convenientes guardias para estar en observación; así, con desatenderle y despreciarle, dió lugar a que, sin tener él la menor sospecha, aportase en una lancha a la Sicilia, donde, estableciéndose lejos de Siracusa, reclutó mucha gente, sin que los Siracusanos lo supiesen y ni siquiera le esperasen. Por tanto, ya se había convocado para junta pública, con el objeto de tratar de la capitulación

con Nicias; y algunos se encaminaban a ella, pareciéndoles que debía hacerse el tratado antes que del todo fuese circunvalada la ciudad, porque era muy poco lo que quedaba por hacer, y aun para esto estaban ya arrimados todos los materiales.

XIX.—Cuando se hallaban en este conflicto, llegó Gongilo de Corinto, con una trirema, y corriendo todos a él, como era natural, les dijo que Gilipo estaba para llegar de un momento a otro, y aun venían más fuerzas en su socorro. Todavía dudaban de esta relación de Gongilo, cuando les llegó aviso de Gilipo, previniéndoles que marcharan a unirse con él. Cobraron, pues, ánimo, y, tomando las armas, apenas llegó Gilipo, sin detención marchó en orden de batalla contra los Atenieses. Formó también Nicias contra ellos, y entonces, bajando Gilipo las armas, envió un heraldo a los Atenieses, diciéndoles que les daría permiso para retirarse con seguridad de la Sicilia, a lo cual ni siquiera se dignó de contestar Nicias; pero algunos de los soldados, echándose a reír, le preguntaron si por haberse presentado una capa y un báculo lacónicas había de repente mejorado tanto el estado de los Siracusanos, que pudieran despreciar a los Atenieses, que a trescientos más valientes que Gilipo y con más cabellera, teniéndolos en prisiones, los habían vuelto a los Lacedemonios. Timeo refiere que los mismos Sicilianos miraron con el mayor desprecio a Gilipo; a la postre, por condenar en él su codicia y su avaricia sórdida, y cuan-

do al principio se presentó, porque hacían irrisión de su capa y de su cabellera. Dice, además, que apenas se apareció Gilipo volaron muchos a él, como cuando se aparece la lechuza, dispuestos a hacer la guerra; lo que es más cierto que lo que antes se deja dicho; porque acudieron en gran número, reconociendo en aquella capa y en aquel báculo la señal distintiva y la dignidad de Esparta; y esto fué obra de sólo Gilipo, como lo dice Tucídides, y también Filisto, natural de Siracusa, y testigo ocular de estos sucesos. En la primera batalla quedaron vencedores los Atenienses, habiendo dado muerte a algunos Siracusanos y al corintio Gongilo; pero al día siguiente hizo ver Gilipo cuánto puede la inteligencia y pericia militar, pues con las mismas armas, con los mismos caballos, en el mismo terreno, aunque no de la misma manera, sino variando la formación, venció a los Atenienses, que en fuga se retiraron a su campamento; y habiendo puesto a trabajar a los Siracusanos, con las piedras y materiales que aquéllos habían allegado, continuaron sus obras comenzadas, con las que cortaron el murallón de los Atenienses; de modo que aun con vencer nada adelantarían. Alentados con esto extraordinariamente los Siracusanos, tripularon sus galeras, y recorriendo el país con su caballería y la de los aliados, atrajeron a muchos. Dirigiéndose también Gilipo a las ciudades, movió alborotos y sediciones en todas ellas, consiguiendo que le obedeciesen y se le incorporasen. Nicias,

entonces, volviendo a su primer modo de pensar, y reconociendo la mudanza que los negocios habían tenido, cayó de ánimo y escribió a los Atenienses, pidiendo que le enviaran otro ejército, o retiraran aquél de la Sicilia, y en cuanto a sí, rogó que le exoneraran del mando, a causa de su enfermedad.

XX.—Aun antes de esto, habían intentado los Atenienses enviar nuevas fuerzas a Sicilia; pero, por envidia de la prosperidad con que la fortuna había hasta aquel punto lisonjeado a Nicias, lo habían ido dilatando; mas, entonces se apresuraron a mandar los socorros. Estaba dispuesto que, pasado el invierno, marchara Demóstenes, con un poderoso ejército; pero, entre tanto, en el rigor de aquella estación dió la vela Eurimedonte, llevando caudales y la designación de los colegas de Nicias en el mando, tomados de los que allí hacían la guerra: eran éstos Eutidemo y Menandro. A este tiempo tentó Nicias repentinamente, por mar y por tierra, la suerte de los combates, y aunque al principio tuvo en el mar algún descalabro, con todo rechazó y echó a pique muchas de las naves enemigas; pero no habiendo podido por sí mismo adelantar por tierra sus socorros, cargó precipitadamente Gilipo, y tomó a Plemirio, donde, hallándose los efectos del arsenal y otra infinidad de enseres, de todo se apoderó, dando muerte a no pocos y haciendo a otros cautivos; pero lo más fué haber quitado a Nicias la proporción del acopio de víveres, por que éste era su-



mamente seguro y pronto por Plemirio, ocupándole los Atenenses; pero, desposeídos de él, además de ser difícil, no podía hacerse sino a fuerza de continuos combates con los enemigos, que tenían surta allí su armada. Aun la victoria contra ésta no pareció haberse conseguido de poder a poder, sino por haberse desordenado cuando seguía el alcance; así, volvieron a presentarse en actitud de pelear, mejor preparados que antes; pero Nicias no quería aventurar otro combate naval, diciendo que sería gran necedad, estando aguardando tan brillantes tropas de refresco como eran las que a toda prisa conducía Demóstenes, querer arriesgarse a una batalla con fuerzas inferiores y mal organizadas. Pero de Menandro y Eutidemo, que acababan de ser elevados al mando, se había apoderado cierta envidia y emulación contra los otros dos generales, proponiéndose ejecutar algún hecho notable antes que llegase Demóstenes y obscurecer, si podían, a Nicias. El pretexto, sin embargo, era el celo por la gloria de la república, la que decían perecería y anublaría del todo si mostrasen temor a los Siracusanos, que los provocaban a batalla, con lo que le obligaron a combatir. Engañados con una estratagema por Aristón, piloto de Corinto, fué destrozada enteramente su ala izquierda, según escribe Tucídides, con pérdida de mucha gente. Afligióse sobremanera Nicias con este infortunio, pues si mandando sólo ya había empezado a caer, ahora los colegas lo habían precipitado.

XXI.—Dejóse ver en esto Demóstenes en el puerto, tan brillante, con la pompa de su magnífica escuadra, como formidable a los enemigos, trayendo en setenta y tres galeras cinco mil infantes, y entre tiradores de armas arrojadizas, flecheros y honderos arriba de tres mil. El ornato de las armas, las insignias de las naves y la muchedumbre de cantores y flautistas presentaba un aparato teatral, propio para infundir a aquéllos terror. Volvieron, por tanto, los Siracusanos a concebir los mayores recelos, viendo que sus trabajos no tenían término ni alivio, y que se estaban consumiendo y aniquilando en vano. No le duró, de otra parte, a Nicias largo tiempo el placer de la venida de aquellas fuerzas, pues apenas entró en conferencias con Demóstenes, le vió resuelto a que al punto se acometiera a los enemigos, y, sin perder momento, se pusiera todo al tablero, para tomar a Siracusa y volverse a casa, de lo que concibió gran temor; maravillado de aquella prontitud y temeridad, le rogaba que nada se hiciera por desesperación y sin maduro consejo. Decíale que la dilación era toda contra los enemigos, que se hallaban gastados en sus bienes, y no podían contar con que los auxiliares se mantuvieran a su lado largo tiempo, y que, si de nuevo sentían los apuros de la escasez y la hambre, acudirían a él, como antes, con proposiciones de paz. Porque había no pocos en Siracusa que secretamente daban avisos a Nicias y le inclinaban a permanecer, a causa de que aquellos habitantes padecían mucho con la guerra y no podían

aguantar a Gilipo, y a poco que la miseria se aumentase, enteramente habían de desmayar. Como muchas de estas cosas no hacía Nicias más que indicarle, no teniendo por conveniente decirle a las claras, dió motivo a los colegas para que le trataran de irresoluto; diciéndole que ya volvía a sus precauciones, a sus dilaciones y nimiedades, con las que dejó perder el primer calor del ejército, no marchando al punto contra los enemigos, sino con-temporizando y haciéndose despreciable; y como con esto los otros se adhiriesen al dictamen de Demóstenes, al cabo convino también Nicias, aunque no sin gran violencia. Hecho este acuerdo, tomó consigo Demóstenes, por la noche, las fuerzas terrestres, y marchando contra el punto de Epípolas, dió muerte a algunos de los enemigos, sorprendiéndoles sin ser sentido, y a otros, que se defendieron, los desbarató; mas, aunque le tomó por este medio, no se contuvo, sino que discurrió adelante, hasta que dió con los Beocios; éstos fueron los primeros que, animándose unos a otros y corriendo a los Atenienses con las lanzas en ristre, los rechazaron con grande gritería, dando muerte a muchos de ellos. Con esto se introdujo gran confusión y terror en todo el ejército, llenando de él el que huía al que todavía estaba vencedor; y dando la parte que avanzaba y acometía, en la que se retiraba despa-vorida, trabaron unos con otros, creyendo que los que huían eran perseguidores, y tratando a los amigos como enemigos. Porque en aquella desordenada confusión, acompañada de miedo y de la falta

de conocimiento, y en la inseguridad de la vista en una noche que ni era absolutamente oscura ni tenía una luz cierta, como era preciso, estando ya para ponerse la Luna, y moviéndose entre su luz muchos cuerpos y armas, sin que pudieran reconocerse los semblantes, con miedo del enemigo, hasta él propio se hacía sospechoso, cayendo los Atenienses en la situación y perplejidad más terrible. Avínoles también el que tenían la Luna por la espalda, con lo que, enviando sus sombras delante de sí, ocultaban el número y brillo de sus armas, mientras que en los contrarios el resplandor de la Luna, que daba en los escudos, hacía que parecieran en mayor número y con ventaja. Finalmente, cayendo sobre ellos por todas partes los enemigos, luego que cedieron, unos fueron muertos por éstos en la fuga, otros perecieron a manos de sus camaradas, y otros se precipitaron por los derrumbaderos. A los que se dispersaron y perdieron el camino, venido el día, los acabó la caballería, habiendo sido dos mil los que murieron, y de los que se presentaron en el campamento, muy pocos se salvaron con las armas.

XXII.—Habiendo recibido Nicias este golpe, no inesperado, se quejaba de la precipitación de Demóstenes; y éste, después de haber pretendido excusarse, fué de parecer que debían retirarse cuanto antes, pues que ya no habían de venirles nuevas fuerzas, ni con aquéllas podían vencer a los enemigos; y aun cuando los vencieran, siempre había de ser preciso abandonar aquel terreno, con-

trario y enfermizo en todo tiempo, según se les informaba, para un campamento, y entonces mortífero, como lo estaban viendo; hallábanse, en efecto, a la entrada del otoño, tenían muchos enfermos y todos estaban abatidos. Resistíase Nicias a la propuesta de la retirada y del embarque, no porque no temiese a los Siracusanos, sino porque temía más a los Atenienses, sus juicios y sus calumnias: “Porque aquí—añadió—no espero nada de muy adverso; y aun cuando sucediera, prefiero recibir la muerte de los enemigos que no de mis conciudadanos”; al contrario de cómo pensó más adelante León Bizantino, que dijo a los suyos: “Más quiero morir de vuestra mano que con vosotros.” En cuanto al punto y país adonde trasladarían el campamento, dijo que ya deliberarían con más sosiego. Dicho esto, Demóstenes, como le había salido tan mal su primer dictamen, no insistió más en el que proponía, y los otros colegas, pareciéndoles que Nicias, por esperar y confiar en los de adentro, resistía el embarque con tanto tesón, convinieron al fin en su parecer. Mas como hubiesen recibido los Siracusanos otros refuerzos, y se agravase la enfermedad en los Atenienses, el propio Nicias condescendió en la retirada, y dió orden a los soldados de que estuvieran prontos para embarcarse.

XXIII.—Cuando todo estaba a punto, sin que ninguno de los enemigos lo observase, como que tampoco lo esperaban, en aquella misma noche se eclipsó la Luna; cosa de gran terror para Nicias

y para todos aquellos que, por ignorancia y superstición, se asustan con tales acontecimientos, porque, en cuanto a obscurecerse el Sol hacia el día trigésimo, ya casi todos saben que aquel obscurecimiento lo causa la Luna; pero en cuanto a ésta, que es lo que se le opone, y como hallándose en su lleno de repente pierde su luz y cambia diferentes colores, esto no era fácil de comprender, sino que lo tenían por cosa muy extraordinaria y por anuncio que hacía la Diosa de grandes calamidades, pues el primero que con más seguridad y confianza había puesto por escrito sus ideas acerca del creciente y menguante de la Luna, había sido Anaxágoras, y éste no era antiguo, ni su escrito tenía celebridad, pues no se había divulgado, y sólo corría entre pocos, con reserva y cautela. Porque todavía no eran bien recibidos los físicos y los llamados especuladores de los meteoros, achacándoseles que las cosas divinas las atribuían a causas destituidas de razón, a potencias incomprendibles y a fuerzas que no pueden resistirse; así es que Protágoras fué desterrado, Anaxágoras puesto en prisión, de la que le costó mucho a Pericles sacarle salvo, y Sócrates, que no se metió en ninguna de estas cosas, sin embargo pereció por la filosofía. Ya más adelante, resplandeció la fama de Platón, y tanto con su conducta como con haber subordinado las fuerzas físicas a principios divinos y superiores, desvaneció las calumnias que corrían contra estos estudios, y les abrió a todos camino para la instrucción. Así, su

amigo Dion, aunque en el mismo punto en que estaba para dar la vela desde Zacinto contra Dionisio sobrevino un eclipse de Luna, no por eso se inquietó ni dejó de partir, y, apoderándose de Siracusa, expulsó al tirano. Hizo, además, la casualidad que Nicias no tuviese a su lado un adivino diestro, pues Estilbicles, su gran confidente, que procuraba desimpresionarle de la superstición, había muerto poco antes. Y en verdad que aquella señal, como observa Filocoro, para los que querían huir, no era adversa, sino muy favorable, porque las cosas que se hacen por miedo necesitan de reserva, y la luz les es contraria; y fuera de esto, así en los eclipses de Sol como en los de Luna, se estaba en observación por tres días, como en sus *Comentarios* lo expuso Autoclides; y Nicias les persuadió que esperaran otro período de Luna, como si no la hubiera visto al punto clara y limpia de manchas, luego que salió de la obscuridad con que la tierra impedía su luz.

XXIV.—Olvidado casi de todo lo demás, se ocupaba en hacer sacrificios, hasta que vinieron sobre ellos los enemigos, sitiando con sus tropas de tierra la muralla y el campamento y cercando en rededor el puerto con sus naves; y no sólo ellos, sino hasta los muchachos, conducidos en barquichuelos y en lanchas, provocaban e insultaban a los Atenenses. Uno de éstos, hijo de padres distinguidos, llamado Heraclides, que se había adelantado con su barquichuelo, fué cogido por una nave ática, que salió en su persecución; y como

temiese por él Polico, su tío, corrió, para librarle, con diez galeras que mandaba, y los demás, temiendo por Polico, movieron igualmente. Trábo-se una reñida batalla, en la que vencieron los Siracusanos, con muerte de Eurimedonte y otros muchos. No pudieron ya aguantar más los Atenien-ses, y empezaron a gritar contra los generales, clamando por que dispusieran la retirada por tierra, pues los Siracusanos, luego que hubieron alcanzado la victoria, custodiaron y cerraron la salida del puerto. Rehusaba Nicias venir en semejante resolución, porque le parecía cosa terrible abandonar un grandísimo número de transportes y muy pocas menos de doscientas galeras; embarcó, pues, lo más escogido de la infantería y los más robustos entre los tiradores, y ocupó con ellos ciento diez galeras, porque las restantes estaban desprovistas de remos. La demás tropa la situó a la orilla del mar, abandonando el gran campamento y la muralla que remataba en el templo de Hércules; de manera que, no habiendo ofrecido los Siracusanos al Dios tiempo, había los acostumbrados sacrificios, entonces, saltando en tierra, cumplieron con este acto religioso los sacerdotes y los generales.

XXV.—Cuando ya estaban listas las naves, anunciaron los agoreros a los Siracusanos que las víctimas les prometían prosperidad y victoria, si no eran los primeros a empezar el combate, y solamente se defendían, pues Hércules alcanzó todas sus victorias, poniéndose en defensa cuando se veía



amenazado, y con esto movieron del puerto. En este combate naval, uno de los más empeñados y terribles, y que no causó menores inquietudes y agitaciones en los espectadores que en los combatientes, por la vista de un encuentro que en breve tuvo muchas y muy inesperadas mudanzas, no vino menos daño a los Atenenses de su estado y disposición que de parte de los enemigos. Porque peleaban con naves estrechamente unidas y cargadas, contra otras que, estando vacías y ligeras, con facilidad discurrían por todas partes, siendo, además, ofendido con piedras, que, dondequiera que cayesen, hacían gran daño, cuando ellos no lanzaban sino dardos y saetas, que con el oleaje no tenían golpe seguro, ni siempre podían herir de punta. Esta fué lección que dió a los Siracusanos Aristón, el piloto de Corinto el cual, habiendo peleado alentadamente en aquel combate, murió en él cuando ya habían vencido los Siracusanos. Habiendo sido grande la ruina y destrozo de los Atenenses, se les cortó toda esperanza de poder huir por mar, y como viesen también muy difícil el poderse salvar por tierra, ni estorbaron a los enemigos que remolcasen sus naves, no obstante estarlo presenciando, ni pidieron que se les permitiera recoger los muertos: teniendo todavía por más triste y miserable el abandono que se veían precisados a hacer de los enfermos y heridos, y considerándose a sí mismos en un estado aun más lastimoso, porque habían de llegar al mismo fin por entre mayores males.

XXVI.—Intentaban evadirse aquella noche, y Gilipo, viendo a los Siracusanos entregados a sacrificios y banquetes, en celebridad de la victoria y de la fiesta, desconfió de poder moverlos, ni con persuasiones, ni con esfuerzo alguno, a que persiguieran a los enemigos, que no dudaba iban a retirarse; pero Hermócrates, por movimiento propio, excogió contra Nicias un engaño, enviando algunos de sus amigos que le dijese venír de parte de aquellos mismos que antes acostumbraban hablarle reservadamente, siendo su objeto avisarle que no marchara aquella noche, porque los Siracusanos les tenían armadas celadas y les habían tomado los pasos. Burlado Nicias con este engaño, padeció después, con verdad, de parte de los enemigos, lo que entonces falsamente se le hizo temer: porque, saliendo a la mañana siguiente, al amanecer, ocuparon las gargantas de los caminos, levantaron cercas delante de los vados de los ríos, cortaron los puentes y situaron la caballería en terreno llano y sin tropiezos, para que por ninguna parte pudieran pasar los Atenienses sin tener un combate. Aguardaron éstos en todo aquel día hasta la noche, en la que se pusieron en marcha, no sin grande aflicción y suspiros, como si salieran de su patria y no de tierra enemiga, sintiendo la estrechez y miseria en que se veían y el abandono de los amigos y deudos; y, sin embargo, estos males les parecían más ligeros que los que les aguardaban. Pues, con todo, de causar lástima el desconsuelo que reinaba en el campamento, ningún espectáculo era más

triste y miserable que el ver a Nicias, debilitado por sus males y reducido, en medio de su dignidad, a lo más preciso, sin poder usar de los alivios que por el mal estado de su salud le eran más necesarios, y que, a pesar de todo, hacía y toleraba en aquella situación lo que no sufrían muchos de los que se hallaban sanos: echándose bien de ver que, no por sí mismo, ni por apego a la vida, aguantaba aquellas penalidades, sino que era el amor a sus conciudadanos el que le hacía no dar por perdida toda esperanza. Así, cuando los demás prorrumpan en lágrimas y sollozos, por el miedo y el dolor, si alguna vez se veía forzado a dar iguales muestras de su aflicción, se advertía que era a causa de comparar la afrenta e ignominia de su ejército con la grandeza y gloria de los triunfos que habían esperado conseguir. Aun sin tenerle a la vista, con sólo recordar sus discursos y las exhortaciones que había hecho para impedir la expedición, se les ofrecía que muy sin causa sufría aquellas calamidades, tanto, que hasta su esperanza en los Dioses llegó a debilitarse en gran manera, al considerar que un hombre tan piadoso, y en las cosas de la religión tan puntual y generoso, no era mejor tratado de la fortuna que los más perversos y ruines del ejército.

XXVII.—Esforzábese Nicias a mostrarse en la voz, en el semblante y en el modo de saludar superior a tanta desgracia, y en los ocho días de marcha, acometido y herido por los enemigos, conservó invencibles las fuerzas que tenía consigo, hasta

que quedó cautivo Demóstenes, con su división, junto a la quinta llamada Polizele, peleando y siendo cercado de los enemigos. Desenvainó entonces Demóstenes su espada, y se hirió a sí mismo, aunque no acabó de quitarse la vida, porque se arrojaron sobre él los enemigos y le echaron mano. Adelantáronse unos cuantos Siracusanos a enterar a Nicias del suceso; y habiendo mandado algunos de los suyos de a caballo, cuando se cercioró de la pérdida de aquéllos, manifestó deseos de tratar con Gilipo, para que dejaran partir a los Atenienses de la Sicilia, recibiendo rehenes sobre que serían indemnizados los Siracusanos de todos los gastos que hubiesen hecho en aquella guerra; mas ellos no le dieron oídos, sino que, tratándole con vilipendio y haciéndole amenazas e insultos, le lanzaron flechas, no obstante que le veían reducido al último extremo de miseria. Con todo, aun aguantó aquella noche, y al día siguiente continuó su marcha, acosado por los enemigos hasta el río Asinaro. Allí éstos alcanzaron a algunos, y los arrojaron a la corriente; otros habían llegado antes, y, compelidos de la sed, se habían echado de bruces a beber; y fué grande el estrago y crueldad contra los que a un mismo tiempo bebían y recibían la muerte; hasta que Nicias, echándose a los pies de Gilipo, le hizo este ruego: "Hallen compasión, ¡oh Gilipo!, en vosotros los vencedores, no yo, que de nadie la deseo, debiendo bastarme el nombre y la gloria que me dan tamañas desgracias, sino los demás Atenienses,

haciéndoos cargo de que son comunes los infortunios de la guerra, y que en ellos se portaron benignamente con vosotros los Atenieses cuando les fué favorable la fortuna." Al proferir Nicias estas palabras, con ellas y con su vista no dejó de conmovirse Gilipo, pues sabía que los Lacedemonios habían sido de él favorecidos en el último tratado, y, además, echaba cuenta de que importaría mucho para su gloria el conducir prisioneros a los dos generales enemigos. Por tanto, tomando de la mano a Nicias, procuró alentarle, y dió orden para que a los demás los hiciesen prisioneros; pero habiéndose tardado algo en hacerla correr, fueron menos que los muertos los que se salvaron; de los cuales los soldados sustrajeron y robaron muchos. Reunido que hubieron todos los prisioneros que se manifestaron, suspendieron de los más altos y hermosos árboles de la orilla del río las armas ocupadas a los enemigos, pusieron coronas sobre sus sienes, y, enjaezando vistosamente sus caballos, y cortando las crines a los de los enemigos, se dirigieron a la ciudad, después de haber terminado la más celebrada contienda que Griegos contra Griegos tuvieron jamás, y de haber alcanzado la victoria más completa, con grande poder y tesón, y con las mayores muestras de resolución y de virtud.

XXVIII.—Celebróse junta general de los Siracusanos y los aliados, en la que el orador Euricles propuso, primero, que el día en que habían hecho prisionero a Nicias sería sagrado y dedi-

cado a hacer sacrificios, absteniéndose de todo trabajo; que esta festividad se llamaría Asinaria, del nombre del río; el día fué el 27 del mes Carneio, al que los Atenenses dicen Metagitnion; que los esclavos de los Atenenses serían vendidos y también sus aliados; pero los Atenenses mismos y los de la Sicilia hallados con ellos serían puestos en custodia, destinándolos a los trabajos de las minas, a excepción de los generales, y que a éstos se les daría muerte. Habiendo aplaudido los Siracusanos esta propuesta, quiso Hermócrates hacerles entender que más glorioso que el vencer es saber usar con moderación de la victoria, pero se vió sumamente expuesto; y como Gilipo hubiese pedido que se le entregasen los generales de los Atenenses, para conducirlos a Esparta, ensoberbecidos los Siracusanos con la prosperidad, le respondieron desabridamente, pues fuera de la guerra llevaban muy mal su aspereza y su modo de mandar, verdaderamente lacónico; y, según dice Timeo, repugnaban y condenaban su mezquindad y su avaricia: enfermedad heredada, por la que su padre, Cleandidas, en causa de soborno, fué desterrado; y él mismo, habiendo sustraído treinta talentos de los que Lisandro envió a Esparta, y escondíolos en el tejado de su casa, como hubiese sido denunciado, tuvo que huir con la mayor vergüenza; pero de esto hemos hablado con más detención en la vida de Lisandro. Timeo no dice que Demóstenes y Nicias hubiesen muerto apedreados, como lo escriben Filisto y Tucídi-

des, sino que, habiéndoles avisado Hermócrates, cuando todavía duraba la junta, por medio de uno de la guardia que allí se hallaba, ellos mismos se quitaron la vida, y que los cadáveres se expusieron públicamente a la puerta, para que pudieran verlos cuantos quisiesen. Se me ha informado que todavía se muestra en Siracusa un escudo, fijado en el templo, que se dice haber sido el de Nicias, y cuya cubierta es un tejido de oro y púrpura, primorosamente entremezclados.

XXIX.—De los Atenienses, los más fallecieron en las minas, de enfermedad y de mal alimentados, porque no se les daba por día más que dos cotilas (1) de cebada y una de agua. No pocos fueron vendidos, o porque habían sido de los robados, o porque, habiéndose ocultado entre los siervos, pasaron por esclavos, y como tales los vendían, imprimiéndoles en la frente un caballo; teniendo que sufrir esta miseria más sobre la esclavitud. Fueron para éstos de gran socorro su vergüenza y su educación, porque, o alcanzaron luego la libertad, o permanecieron siendo tratados con distinción en casa de sus amos. Debieron otros su salud a Eurípides, pues porque los Sicilianos, según parece, eran entre los Griegos de afuera los que más gustaban de su poesía, y aprendían de memoria las muestras, y, digámoslo así, los bocados que les traían los que arribaban

---

(1) La cotila griega hacía medio cuartillo y onza y media de la medida de líquidos de Castilla.

de todas partes, comunicándose los unos a otros. Dícese, pues, que, de los que por fin pudieron volver salvos a sus casas, muchos visitaron con el mayor reconocimiento a Eurípides, y le manifestaron, unos, que hallándose esclavos, habían conseguido libertad enseñando los fragmentos de sus poesías, que sabían de memoria, y otros, que, dispersos y errantes después de la batalla, habían ganado el alimento cantando sus versos; lo que no es de admirar cuando se refiere que, refugiado a uno de aquellos puertos un barco de la ciudad de Cauno, perseguido de piratas, al principio no lo recibieron, sino que le hacían salir, y que después, preguntando a los marineros si sabían los coros de Eurípides, y respondiendo ellos que sí, con ésto cedieron y les dieron puerto.

XXX.—La noticia de aquella desgracia se dice habérseles hecho increíble a los Atenienses, por la persona y el modo en que fué anunciada: llegó, según parece, un forastero al Pireo, y, entrando en la tienda de un barbero, comenzó a hablar de lo sucedido, como de cosa que ya debía saberse en Atenas. Oído que fué por el barbero, subió corriendo a la ciudad, antes que ningún otro pudiera tener conocimiento, y dirigiéndose a los Arcontes, al punto les dió en la misma plaza parte de lo que le habían contado. Siguióse la consternación e inquietud que era natural, y, convocando los Arcontes a junta, le hicieron presentarse en ella; y como, preguntado por quién lo sabía, no hubiese podido decir cosa que satisfaciese, tenién-



dole por un forjador de embustes, que trataba de afligir la ciudad, le ataron a una rueda, en la que fué atormentado por largo tiempo, hasta que llegaron personas que refirieron toda aquella tragedia como había pasado. ¡Tanto fué lo que les costó creer que a Nicias le habían sobrevenido los infortunios que tantas veces les había pronosticado!

---



## MARCO CRASO

---

I.—Marco Craso, cuyo padre había sido censor y merecido los honores del triunfo, se crió, sin embargo, en una casa reducida, con otros dos hermanos. Estaban éstos casados cuando vivían aún los padres, y todos comían a una misma mesa, lo que parece pudo contribuir no poco a que fuese frugal y moderado en el comer y beber. Muerto uno de los dos hermanos, tomó en matrimonio a su mujer, y de ella tuvo hijos, habiendo sido en esta materia tan arreglado como el que más de los Romanos; con todo, cuando ya se hallaba adelantado en edad, fué acusado de haber tratado dishonestamente con Licinia, una de las vírgenes Vestales. Licinia fué absuelta de aquel cargo, habiendo sido su acusador un tal Plotino. Tenía ésta una quinta deliciosa, y deseaba Craso adquirirla por un corto precio, para lo cual la visitaba y obsequiaba con grandísima frecuencia; de aquí tuvo origen la indicada sospecha, que en cierta manera desvaneció con su codicia, habiendo sido también absuelto por los jueces; pero de la intimidad con Licinia no se retiró hasta haberse hecho dueño de la posesión.

II.—Dicen los Romanos que a las muchas virtudes de Craso sólo un vicio hacía sombra, que era la codicia; pero, a lo que parece, no era solo, sino que, siendo muy dominante, hacía que no apareciesen los demás. Las pruebas más evidentes de su codicia son el modo con que se hizo rico y lo excesivo de su caudal; porque, no teniendo al principio sobre trescientos talentos, después, cuando ya fué admitido al gobierno, ofreció a Hércules el diezmo, dió banquetes al pueblo, y a cada uno de los Romanos le acudió de su dinero con trigo para tres meses; y, sin embargo, habiendo hecho para su conocimiento el recuento de su hacienda antes de partir a la expedición contra los Partos, halló que ascendía a la suma de siete mil y cien talentos; y si, aunque sea en oprobio suyo, hemos de decir la verdad, la mayor parte la adquirió del fuego y de la guerra, siendo para él las miserias públicas de grandísimo producto. Porque cuando Sila, después de haber tomado la ciudad, puso en venta las haciendas de los que había proscrito, reputándolas y llamándolas sus despojos, y quiso que la nota de esta rapacidad se extendiese a los más que fuese posible y a los más poderosos, no se vió que Craso rehusase ninguna donación ni ninguna subasta. Además de esto, teniéndose por continuas y connaturales pestes de Roma los incendios y hundimientos por el peso y el apiñamiento de los edificios, compró esclavos arquitectos y maestros de obras, y luego que los tuvo, habiendo llegado a ser hasta quinientos, pro-

curó hacerse con los edificios quemados y los contiguos a ellos, dándose los dueños, por el miedo y la incertidumbre de las cosas, en muy poco dinero, por cuyo medio la mayor parte de Roma vino a ser suya. A pesar de poseer tantos artistas, nada edificó para sí, sino la casa de su habitación, porque decía que los amigos de obras se arruinaban a sí mismos sin necesidad de otros enemigos. Eran muchas las minas de plata que tenía, posesiones de gran precio en sí y por las muchas manas que las cultivaban; a pesar de eso, todo era nada en comparación del valor de sus esclavos; ¡tantos y tales eran los que tenía! Lectores, amanuenses, plateros, administradores y mayordomos, y él era como el ayo de los que algo aprendían, cuidando de ellos y enseñándoles, porque llevaba la regla de que al amo era a quien le estaba mejor la vigilancia sobre los esclavos, como órganos animados del gobierno de la casa. Excelente pensamiento, si Craso juzgaba, como lo decía, que las demás cosas debían administrarse por los esclavos, y él gobernar a éstos; porque vemos que la economía en las cosas inanimadas no pasa de lucrosa, y en los hombres tiene que participar de la política. En lo que no tuvo razón fué en decir que no debía ser tenido por rico el que no pudiera mantener a sus expensas un ejército: porque *la guerra no se mantiene con lo tasado*, según Arquidamo, sino que la riqueza, respecto de la guerra y los guerreros, tiene que ser indefinida; muy distante de la sentencia de Mario, el

cual, como habiendo distribuído catorce yugadas de tierra a cada soldado le hubiesen informado que todavía codiciaban más, “No quiera Dios —dijo— que ningún Romano tenga por poca la tierra que basta a mantenerlo.”

III.—Picábase, sin embargo, Craso de acoger bien a los forasteros, estando abierta su casa a todos ellos; prestaba a los amigos sin interés; pero, vencido el plazo, exigía con tanto rigor el pago, que la primera gracia venía a hacerse más inaguantable que habrían sido las usuras. Para franquear su mesa era bastante generoso y popular, y aunque ésta no era espléndida, el aseo y la amabilidad la hacían más apetecible que hubiera podido hacerla el ser más exquisita y costosa. En cuanto a instrucción, se ejercitó en la elocuencia, especialmente en la parte oratoria, que es de mayor y más extensa utilidad; y habiendo llegado a sobresalir en esta arte entre los más aventajados de Roma, en el trabajo y en el celo excedió aun a los más fecundos; porque ninguna causa tuvo por tan pequeña y despreciable que no fuese preparado para hablar en ella, y muchas veces, rehusando Pompeyo y César, y aun el mismo Cicerón, levantarse y tomar la palabra, él concluía la defensa; con lo que se ganó el afecto, como patrono solícito y diligente. Ganósele también con su humanidad y popularidad para con las gentes, pues nunca Craso, saludado de un ciudadano romano, por miserable y obscuro que fuese, dejó de corresponderle por su nombre. Dícese que fué

muy instruído en la historia y aun algo dado a la filosofía, adoptando las opiniones de Aristóteles, en las que tuvo por maestro a Alejandro, varón dulce y apacible, como se ve en el modo en que permaneció al lado de Craso; pues que no es fácil demostrar si era más pobre antes de ir a su compañía o después de estar en ella; y siendo el único entre sus amigos que le acompañaba en los viajes, para el camino se le daba una capa, la que se le recogía a la vuelta. ¡Esta sí que es paciencia! Y se ve que este infeliz no sólo no tenía por mala, mas ni aun por indiferente la pobreza. Pero de esto hablaremos más adelante.

IV.—Desde que Cina y Mario quedaron vencedores se echó de ver que iban a entrar en la ciudad, no para bien de la patria, sino, al contrario, para destrucción y ruina de los buenos ciudadanos; y, por decontado, cuantos pudieron haber a las manos, todos perecieron, de cuyo número fueron el padre de Craso y su hermano. El mismo Craso, que todavía era muy joven, evitó el primer peligro; pero habiendo entendido que por todas partes lo perseguían y andaban solícitos para cazarle los tiranos, acompañado de dos amigos y de diez criados, huyó con extraordinaria celeridad a España, donde en otro tiempo había estado con su padre, en ocasión de ser éste pretor, y había granjeado amigos; pero habiendo observado que todos estaban llenos de recelo, temblando de la crueldad de Mario, como si lo tuvieran ya encima, no se atrevió a presentarse a ninguno, y

dirigiéndose a unos campos que en la inmediación del mar tenía Vibio Paciano, donde había una gran cueva, allí se ocultó. Envió a Vibio uno de sus esclavos para que le tanteara; y más que ya empezaban a faltarle las provisiones. Alegróse Vibio de saber por la relación de éste que se había salvado, e informado de cuántos eran los que tenía consigo y del sitio, aunque no pasó a verle, llamó al punto al administrador de aquella ciudad y le dió orden de que haciendo todos los días aderezar una comida, la llevara y pusiera delante de la piedra, retirándose calladamente, sin meterse a examinar ni inquirir lo que había, y anunciándole que el ser curioso le costaría la vida, y el desempeñar fielmente lo que se le mandaba le valdría la libertad. La cueva está no lejos del mar, y las rocas que la circundan envían un aura delgada y apacible a los que se hallan dentro; si se quiere pasar adelante, aparece una elevación maravillosa, y en el fondo tiene diferentes senos de gran capacidad, que se comunican unos con otros. No carece de agua ni de luz, sino que al lado de las rocas mana una fuente de abundante y delicioso caudal, y unas hendeduras naturales de las peñas, por donde entre sí se juntan, reciben de afuera la luz; de manera que el sitio está alumbrado por el día. El que se halla dentro se conserva limpio y enjuto, porque el grande espesor de la piedra no da paso a la humedad y a los vapores, haciéndoles dirigirse hacia la fuente.

V.—Mientras allí se mantenía Craso, el admi-



nistrador les llevaba todos los días el alimento, sin que los viese ni conociese; mas ellos le veían, sabedores de todo, y esperando que mudaran los tiempos; la comida con que se les asistía no se limitaba a lo preciso, sino que era abundante y regalada. Porque Vibio sabía agasajar a Craso con toda delicadeza; tanto, que hasta considerando sus pocos años, y viendo que era muy joven, quiso obsequiarle con los placeres que pide tal edad, pues ceñirse a lo puramente necesario, más es de quien sólo tira a cumplir que de quien sirve con voluntad. Encaminándose, pues, a la ribera con dos esclavas bien parecidas, luego que llegó cerca del sitio, mostrando a éstas la puerta de la cueva, les dió orden de que entrasen en ella sin recelo. Craso y los que con él estaban, al ver que allá se dirigían, empezaron a temer no fuese que se hubiera descubierto o que se hubiera denunciado su retiro; preguntáronles, pues, qué querían y quiénes eran; mas luego que respondieron, como se les había prevenido, que buscaban a su amo, que se hallaba allí refugiado, comprendiendo Craso la finura y esmero de Vibio para con él, dió entrada a las esclavas, las cuales permanecieron en su compañía por todo el tiempo restante, dando parte a Vibio de lo que les hacía falta. Dícese que Fenestela alcanzó a ver a una de ellas ya muy anciana, y que muchas veces la oyó referir y traer a la memoria estas cosas con sumo placer.

VI.—Pasó allí Craso escondido ocho meses, y dejándose ver desde el punto en que se supo la

muerte de Cina, como acudiesen a él muchos de los naturales, reclutando unos dos mil y quinientos, recorrió con ellos las ciudades, de las cuales sólo saqueó a Málaga, según opinión de muchos, aunque se dice que él lo negaba y que impugnó a aquellos escritores. Recogió después de esto algunas embarcaciones, y pasando al Africa, se dirigió a Metelo Pío, varón de grande autoridad y que había juntado un ejército respetable; pero, con todo, no permaneció largo tiempo a su lado, sino que, habiéndose indisputado con él, partió en busca de Sila, que le admitió y trató con la mayor distinción. Regresó Sila a Italia de allí a poco, y queriendo tener en actividad a todos los jóvenes que con él servían, les fué dando diferentes encargos, y como enviase a Craso al país de los Marsos a reclutar gente, éste le pidió escolta, porque tenía que pasar entre los enemigos; pero diciéndole Sila con cólera: "¡Y tanto! Pues te doy en escolta a tu padre, tu hermano, tus amigos y tus parientes, de cuyos injustos matadores voy a tomar venganza", corrido e inflamado con semejante expresión, partió sin detenerse, atravesó resueltamente por entre los enemigos, reunió considerables fuerzas, y en los combates dió pruebas a Sila de su valor. Desde este tiempo y estos sucesos se dice que comenzó su emulación y contienda de gloria con Pompeyo; porque con ser éste de menor edad, e hijo de un padre infamado en Roma, y aborrecido con el más implacable odio de sus conciudadanos, brilló extraordinariamente

y compareció grande en estos reencuentros; tanto, que Sila, cuando entraba Pompeyo, se levantaba, se descubría la cabeza y le saludaba con el dictado de emperador; distinciones de que no solía usar ni con varones más ancianos que él, ni con sus colegas. Quemábase e irritábase Craso con estas cosas, sin embargo de que era justamente postergado, porque le faltaba pericia, y quitaban el valor a sus hazañas las ingénitas pestes que le acompañaban siempre, a saber: su ansia de adquirir y su sórdida codicia; así es que, habiendo tomado en la Umbría la ciudad de Tuder, fué acusado ante Sila de que se había apropiado la mayor parte del botín. Luego, en la batalla de Roma, que fué la más encarnizada y decisiva, Sila fué vencido, habiendo sido rechazado y deshechos no pocos de los que estaban a su lado; mas Craso, que mandaba el ala derecha, venció a los enemigos, y habiéndolos perseguido hasta entrada la noche, envió a pedir a Sila cena para sus soldados y le anunció la victoria; pero en las proscripciones y subastas volvió a desacreditarse comprando grandes rentas a precio muy bajo y pidiendo dádivas. En la Calabria se dice que proscribió a uno, no de orden de Sila, sino por codicia, por lo que, reprobando éste su conducta, no volvió a valerse de él para ningún negocio público. Tenía la partida de ser tan diestro para ganarse las gentes con la adulación, como sujeto a que con la adulación se le llevaran de calles. Era otra de sus propiedades, según se dice, el que, siendo el más

codicioso de los hombres, aborrecía y censuraba a los que adolecían del mismo vicio.

VII.—Mortificábale la felicidad y buena suerte de Pompeyo en sus empresas, el que hubiese triunfado antes de ser senador y el que los ciudadanos le apellidaran *Magno*, que quiere decir grande; y como en una ocasión dijese uno: "Ahí viene Pompeyo el Grande", sonriéndose le preguntó: "¿Como cuánto es de grande?" Desconfiando, pues, de poder igualarle por la milicia, recurrió a las artes del gobierno; llegando a conseguir con su celo, sus defensas, sus empréstitos, y con dar pareceres y auxiliar en cuanto le pedían a los que tenían negocios públicos, un poder y una gloria que competían con los que habían granjeado a Pompeyo sus muchas y grandes victorias. Sucedíales una cosa singular: y era que el nombre y la autoridad de Pompeyo en la ciudad eran mayores cuando estaba ausente, a causa de sus prósperos sucesos en la guerra; y presente, quedaba muchas veces inferior a Craso por su entonamiento y por su método de vida, que le hacían huir de la muchedumbre, retirarse de la plaza pública y no tomar bajo su amparo, y aun esto no con gran empeño, sino a pocos de los que a él acudían, a fin de conservar más vigente su autoridad cuando para sí mismo la hubiera menester. Mas Craso, que conocía la importancia de ser útil a los demás, y que no se hacía desear ni escaseaba su trato, sino que siempre estaba pronto para toda suerte de negocios, con hacerse popu-

lar y humano triunfaba de aquel ceño y majestad. Por lo que hace a la nobleza de la persona, a la facundia en el decir y a la gracia en el semblante, es fama que uno y otro tenían bastante atractivo. Ni aquella emulación de que hemos hablado producía en Craso enemistad o malquerencia, sino que, sintiendo ver que Pompeyo y César le eran antepuestos en los honores, no por eso acompañaban a este ajamiento de su amor propio ni mal humor ni enemiga; y sin embargo de esto, César, cuando en el Asia fué cautivado y puesto en custodia por los piratas, “¡Con cuánto gozo—exclamó—recibirás, ¡oh, Craso, la noticia de mi cautividad!” Ello es que más adelante contrajeron entre sí cierta amistad, y teniendo en una ocasión César que pasar de pretor a España, como le faltasen fondos y los banqueros le incomodasen, habiendo llegado hasta embargarle las prevenciones de la expedición, Craso no se hizo el desentendido, sino que le sacó del apuro, constituyéndose su fiador por ochocientos y treinta talentos. Finalmente, dividida Roma en tres partidos, el de Pompeyo, el de César y el de Craso—porque en Catón era más la gloria que la autoridad, y más bien era admirado que tenido por poderoso—, la parte juiciosa y sensata de la república cultivaba la amistad de Pompeyo, y la gente inquieta y fácil de mover se iba tras las esperanzas de César. Craso, puesto entre ambos, ya sacaba ventajas de una parte y ya de otra; siguiendo las vicisitudes del gobierno, que se sucedían con fre-

cuencia, ni era amigo seguro ni enemigo irreconciliable, sino que con facilidad cedía en la gracia y en el odio, según la utilidad lo exigía, siendo muchas veces, en poco tiempo, defensor e impugnador de los mismos hombres y de las mismas leyes. Contribuían a darle poder el favor y el miedo, pero éste más todavía; así es que Sicinio, que tanto dió en qué entender a todos los magistrados y hombres públicos de su tiempo, preguntándole uno por qué causa con sólo Craso no se metía, sino que le dejaba en paz, "Este—le respondió—tiene heno en el cuerno", aludiendo a la costumbre que tenían los Romanos, cuando había un buey bravo, de ponerle un poco de heno en el cuerno, para que se guardasen los que le vieran.

VIII.—La sedición de los gladiadores y la devastación de la Italia, a la que muchos dan el nombre de guerra Espartacense o de Espartaco, tuvo entonces origen con el motivo siguiente: un cierto Lentulo Baciato mantenía en Capua gladiadores, de los cuales muchos eran Galos y Tracios; y como para el objeto de combatir, no por que hubiesen hecho nada malo, sino por pura injusticia de su dueño, se les tuviese en un encierro, se confabularon hasta unos doscientos para fugarse; hubo quien los denunciara, mas, con todo, los que llegaron a adivinarlo y pudieron anticiparse, que eran hasta setenta y ocho, tomando en una cocina cuchillos y asadores, lograron escaparse. Casualmente en el camino encontraron unos

carros que conducían a otra ciudad armas de las que son propias de los gladiadores; robáronlas, y ya mejor armados, tomaron un sitio naturalmente fuerte y eligieron tres caudillos, de los cuales era el primero Espartaco, natural de un pueblo nómada de Tracia, pero no sólo de gran talento y extraordinarias fuerzas, sino aun en el juicio y en la dulzura muy superior a su suerte, y más propiamente Griego que de semejante nación. Se cuenta que cuando fué la primera vez traído a Roma para ponerle en venta, estando en una ocasión dormido, se halló que un dragón se le había enroscado en el rostro, y su mujer, que era de su misma gente, dada a los agüeros e iniciada en los misterios órgicos de Baco, manifestó que aquello era señal para él de un poder grande y terrible, que había de venir a un término feliz. Hallábase también entonces en su compañía y huyó con él.

IX.—La primera ventaja que alcanzaron fué rechazar a los que contra ellos salieron de Capua; y tomándoles gran copia de armas de guerra, hicieron cambio con extraordinario placer, arrojando las otras armas bárbaras y afrentosas de los gladiadores. Vino después de Roma en su persecución el pretor Clodio con tres mil hombres, y cercándolos en un monte que no tenía sino una sola subida muy agria y difícil, estableció en ella las convenientes defensas. Por todas las demás partes, el sitio no tenía más que rocas cortadas y grandes despeñaderos; pero como en la cima hubiese parrales nacidos espontáneamente,

cortaron los que se hallaban cercados los sarmientos más fuertes y robustos, y formando con ellos escalas consistentes y de grande extensión, tanto que suspendidas por arriba de las puntas de las rocas tocaban por el otro extremo en el suelo, bajaron por ellas todos con seguridad, a excepción de uno solo, que fué preciso se quedara, a causa de las armas. Mas éste las descolgó luego que los otros bajaron, y después también él se puso en salvo. De nada de esto tuvieron ni el menor indicio los Romanos, y al hallarse tan repentinamente envueltos, sobresaltados con este incidente, dieron a huir, y aquéllos les tomaron el campamento. Reuniéronseles allí muchos vaqueros y otros pastores de aquella comarca, gente de expeditas manos y de ligeros pies; así, armaron a unos, y a otros los destinaron a comunicar avisos o a las tropas ligeras. El segundo pretor enviado contra ellos fué Publio Varino, y en primer lugar derrotaron a su legado Turio, que los acometió con dos mil hombres que mandaba. Después, habiendo Espartaco sorprendido, bañándose junto a Salenas, al consultor y colega de aquél, Cosinio, enviado con más fuerzas, estuvo en muy poco que no le echase mano. Huyó al fin, aunque no sin gran dificultad y peligro; pero Espartaco le tomó el bagaje, y persiguiéndole sin reposo, causándole gran pérdida, se hizo dueño también del campamento; cayó, por último, en aquella refriega el mismo Cosinio. Venció igualmente al pretor en persona en diferentes encuentros, y habiéndose



apoderado de sus lictores y de su propio caballo, adquirió gran fama, y se hizo temible. Con todo, echó, como hombre prudente, sus cuentas, y conociendo serle imposible superar todo el poder de Roma, condujo su ejército a los Alpes, pareciéndole que debían ponerse al otro lado y encaminarse todos a sus casas, unos a la Tracia y otros a la Galia; mas ellos, fuertes con el número y llenos de arrogancia, no le dieron oídos, sino que se entregaron a talar la Italia. En este estado, no fué sólo la humillación y la vergüenza de aquella rebelión la que irritó al Senado, sino que, por temor y por consideración al peligro, como a una de las guerras más arriesgadas y difíciles, hizo salir a aquélla a los dos cónsules. De éstos, Gelio cayó repentinamente sobre las gentes de Germania, que por orgullo y soberbia se habían separado de las de Espartaco, y las deshizo y desbarató del todo. Propúsose Lentulo envolver a Espartaco con grandes divisiones; pero él se decidió a hacerle frente, y, dándole batalla, venció a sus legados y se apoderó de todo el bagaje. Retirado a los Alpes, fué en su busca Casio, pretor de la Galia Cispadana, con diez mil hombres que tenía; pero trabada batalla, fué igualmente vencido, perdiendo mucha gente, y salvándose él mismo con gran dificultad.

X.—Cuando el Senado lo supo, mandó con enfado a los cónsules que nada emprendiesen, y se nombró a Craso general para aquella guerra, al cual, por amistad y por su grande opinión, acu-

dieron muchos de los jóvenes más principales para militar bajo sus órdenes. Entendió Craso que debía situarse en la región Picena y esperar a Espartaco, que por allí había de pasar; pero envió para observarlo a su legado Mumio con dos legiones, dándole orden de que, puesto a su espalda, siguiera a los enemigos, sin que de ningún modo viniera a las manos con ellos, ni aun hiciera la guerra de avanzadas; pero él apenas pudo concebir alguna esperanza, cuando trabó combate y fué vencido, pereciendo muchos y habiéndose otros salvado arrojando las armas en la fuga. Craso recibió a Mumio con la mayor aspereza, y armando de nuevo a los soldados les hizo dar fianzas de que conservarían mejor aquellas armas. A quinientos, los primeros en huir y los más cobardes, los repartió en cincuenta décadas, y de cada una de ellas hizo quitar la vida a uno, a quien cupo por suerte, restableciendo este castigo antiguo de los soldados, interrumpido tiempo había; el cual, además de ir acompañado de infamia, tiene no sé qué de terrible y de triste, por ejecutarse a la vista de todo el ejército. Después de dado este ejemplo de severidad, guió contra los enemigos; mas, en tanto, Espartaco se encaminaba por la Lucania hacia el mar, y encontrándose en el puerto con unos piratas Cilicianos, intentó pasar a Sicilia e introducir dos mil hombres en aquella isla, con lo que habría vuelto a encender en ella la guerra servil, poco antes apagada, y que con pequeño cebo hubiera tenido bastante. Convinieron con él los de

Cilicia y recibieron algunas dádivas; pero al cabo lo engañaron, haciéndose sin él a la vela. Movi6 otra vez del mar, y sent6 sus reales en la península de Regio; acudi6 al punto Craso, y hecho cargo de la naturaleza del sitio, que estaba indicando lo que había de hacerse, se propuso correr una muralla por el istmo, sacando con esto del ocio a los soldados y quitando la subsistencia al enemigo. La obra era grande y difícil, pero, contra toda esperanza, la acab6 y complet6 en muy poco tiempo, abriendo de mar a mar, por medio del estrecho, un foso que tenía de largo trescientos estadios, y de ancho y profundo, quince pies; sobre el foso construy6 un muro de maravillosa altura y espesor. Espartaco, al principio, no hacía caso, y aun se burlaba de estos trabajos; pero llegando a faltarle el botín y queriendo salir, ech6 de ver que estaba cercado, y como de aquella estrecha península nada pudiese recoger, aguardando a que viniera una noche de nieve y ventisca, ceg6 una pequeña parte del foso con tierra, con leños y con ramaje, y por allí pudo pasar el tercio de su ejército.

XI.—Temió Craso no fuera que Espartaco concibiera el designio de marchar sobre Roma; mas luego se tranquilizó habiendo sabido que muchos le habían abandonado por discordias que con él tuvieron, y formando ejército aparte se habían acampado junto al lago Lucano; cuéntase de éste que por tiempos se muda, teniendo unas veces el agua dulce y otras salada, en términos de no po-

derse beber. Marchando Craso contra éstos, los retiró de la laguna, pero le impidió que los destrozase y persiguiese el haberse aparecido de pronto Espartaco con disposiciones de retirarse precipitadamente. Tenía escrito el Senado que era preciso hacer venir a Lúculo de la Tracia, y a Pompeyo de la España; mas arrepentido entonces, se apresuró a dar concluída la guerra antes que aquéllos llegasen, comprendiendo que la victoria se atribuiría al recién venido, que había dado socorros. Resolvió, por tanto, acometer primero a los que se habían separado de Espartaco y que hacían campo aparte, siendo sus caudillos Cayo Canicio y Casto, y para ello envió a unos seis mil hombres con orden de que hicieran lo posible por tomar con el mayor recato cierta altura; pero, aunque ellos procuraron evitar que los sintiesen, enramando los morriones, al cabo fueron vistos de dos mujeres que estaban haciendo sacrificios por la prosperidad de los enemigos, y hubieran corrido gran peligro a no haber sobrevenido con la mayor celeridad Craso, y empeñado una de las más recias batallas, en la que, habiendo sido muertos doce mil y trescientos hombres, se halló que dos solos estaban heridos por la espalda, habiendo perecido los demás en sus mismos puestos, guardándolos y peleando con los Romanos. Retirábase Espartaco, después de la derrota de éstos, hacia los montes Petilinos; Quinto y Escrofas, legado el uno y cuestor el otro de Craso, le perseguían muy de cerca; mas volviendo contra

ellos, fué grande la fuga de los Romanos, que con dificultad pudieron salvar, malherido, al cuestas. Este pequeño triunfo fué justamente el que perdió a Espartaco, porque inspiró osadía a sus fugitivos, los cuales ya se desdaban de batirse en retirada y no querían obedecer a los jefes, sino que, poniéndoles las armas al pecho cuando ya estaban en camino, los obligaron a volver atrás y a conducirlos por la Lucania contra los Romanos, obrando en esto muy a medida de los deseos de Craso, porque ya había noticias de que se acercaba Pompeyo, y no pocos hacían correr en los comicios la voz de que aquella victoria de estaba reservada, pues lo mismo sería llegar que dar una batalla y poner fin a aquella guerra. Dándose, por tanto, prisa a combatir y a situarse para ello al lado de los enemigos, hizo abrir un foso, el que vinieron a asaltar los esclavos para pelear con los trabajadores; y como de una y otra parte acudiesen muchos a la defensa, viéndose Espartaco en tan preciso trance, puso en orden todo su ejército. Habiéndole traído el caballo, lo primero que hizo fué desenvainar la espada, y diciendo: "Si venciere, tendré muchos y hermosos caballos de los enemigos; mas si fuere vencido, no lo habré menester", lo pasó con ella. Dirigióse en seguida contra el mismo Craso por entre muchas armas y heridas; y aunque no penetró hasta él, quitó la vida a dos centuriones que se opusieron a su paso. Finalmente, dando a huir los que consigo tenía, el permaneció inmóvil, y, cercado de muchos, se defendió, hasta

que lo hicieron pedazos. Tuvo Craso de su parte a la fortuna: llenó todos los deberes de un buen general y no dejó de poner a riesgo su persona, y, sin embargo, aun sirvió esta victoria para aumentar las glorias de Pompeyo, porque los que de aquél huían dieron en las manos de éste y los deshizo. Así es que, escribiendo al Senado, le dijo que Craso, en batalla campal, había vencido a los fugitivos, pero él había arrancado la raíz de la guerra. A Pompeyo se le decretó un magnífico triunfo por la guerra de Sertorio y de la España; pero Craso, lo que es el triunfo solemne, ni siquiera se atrevió a pedirlo; mas ni aun el menos solemne, a que llaman ovación, parecía propio y digno por una guerra de esclavos. En qué se diferencie éste del otro, y de dónde le venga el nombre, lo tenemos ya declarado en la vida de Marcelo.

XII!--Naturalmente parecía, después de esto, ser llamado al consulado Pompeyo, y aunque Craso tenía alguna esperanza de ser elegido con él, se resolvió, no obstante, a pedirle su ayuda. Tomó éste con gusto el encargo, porque deseaba ocasión de dejar obligado con algún favor a Craso; así, trabajó con eficacia, y, por último, llegó a decir en la junta pública que no sería menor su gratitud por el colega que por la dignidad misma. Mas una vez alcanzada ésta, no se mantuvieron en los mismos sentimientos de unión y concordia, sino que antes oponiéndose, como quien dice, en todos los negocios el uno al otro, y estando en continua pugna, hicieron infructuoso y casi nulo su consulado, sin otra cosa

notable que haber hecho Craso un gran sacrificio a Hércules, dando con ocasión de él un banquete al pueblo en diez mil mesas, y repartiendo trigo para tres meses a los ciudadanos. Estando ya en el último término su magistratura, celebraban junta pública; y un hombre poco visible, aunque del orden ecuestre, obscuro y retirado en su método de vida, llamado Cayo Aurelio, subiendo a la tribuna y llamando la atención, se puso a explicar este sueño que había tenido: "Porque Júpiter—dijo—, se me ha aparecido, y me ha mandado os diga en público que no deis lugar a que los cónsules dejen el mando antes de haberse hecho amigos". Dicho esto, clamó el pueblo que debían reconciliarse, a lo que Pompeyo se estuvo quedo; pero Craso le alargó el primero la mano, diciendo: "No me parece, ¡oh ciudadanos!, que hago nada que me degrade o que pueda tenerse por indigno de mí si me adelanto a dar este paso de benevolencia y amistad con Pompeyo, a quien vosotros llamasteis *grande* cuando apenas tenía bozo, y a quien decretasteis el triunfo antes de ser admitido en el Senado."

XIII.—Hemos dicho lo que el consulado de Craso ofreció digno de alguna atención, pues la censura todavía fué más obscura e inactiva: porque ni hizo investigación del Senado, ni pasó revista a los caballeros, ni impuso nota a ninguno de los ciudadanos, sin embargo de que tuvo por colega a Lutacio Catulo, varón el más dulce y apacible entre los Romanos. Ha quedado memoria de que intentando Craso reducir el Egipto a la obediencia del pueblo

romano por un medio inicuo y violento, se le opuso Cátulo con el mayor esfuerzo, y que, habiéndose ocasionado entre ambos con este motivo una fuerte discordia, espontáneamente abdicaron aquella dignidad. En las grandes agitaciones causadas por Catilina, que estuvo en muy poco no trastornasen del todo la república, hubo contra Craso alguna sospecha, y aun uno de los conjurados pronunció en público su nombre, pero nadie le dió crédito. Con todo, Cicerón, en una oración, claramente echó la culpa de aquel atentado a Craso y a César; bien es que este escrito no salió a luz hasta después de la muerte de ambos. El mismo Cicerón, en la oración del consulado, dice que Craso fué a su casa por la noche y le presentó una carta en que se hablaba de Catilina y con la que se confirmaba la sospechada conjuración. Lo cierto es que Craso miró siempre con odio a Cicerón con este motivo; y si manifiestamente no se vengó, fué precisamente por su hijo Publio, que, siendo muy dado a las buenas letras y a la filosofía, estaba siempre al lado de Cicerón: de manera que, cuando se vió su causa, mudó con él de vestidura, e hizo que ejecutaran otro tanto los demás jóvenes, y al cabo recabó del padre que se le hiciera amigo.

XIV.—César, luego que regresó de la provincia, se disponía para pedir el consulado; pero viendo otra vez a Craso y a Pompeyo indispuestos entre sí, ni quería, valiéndose del favor del uno, ganarse por enemigo al otro, ni tampoco



esperaba salir con su intento sin el auxilio de uno de los dos. Trató, pues, de reconciliarlos, no dejándolos de la mano y haciéndoles ver que con sus discordias fomentaban a los Cicerones, Cátulos y Catones, de quienes nadie haría cuenta si teniendo ellos a unos mismos por amigos y por enemigos gobernaban la república con una sola fuerza y un solo espíritu. Convenciólos, y logró unirlos, con lo que formando y constituyendo de los tres un poder irresistible, que fué la ruina del Senado y la disolución del pueblo, no tanto hizo mayores a los otros, cuanto por medio de ellos mismos consiguió quedarles superior; pues que a virtud de los esfuerzos de ambos fué al punto elegido cónsul con el mayor aplauso. Durante su gobierno, en el que se conducía perfectamente, hicieron que se le decretase el mando de los ejércitos, y poniendo en sus manos la Galia, lo colocaron como en un alcázar, creídos de que todo lo demás se lo repartirían a su gusto entre sí con mantenerle a aquél firme y estable la provincia que le había cabido en suerte. Prestábase a todo esto Pompeyo por su ilimitada ambición; pero en Craso su enfermedad antigua, la avaricia, excitó un nuevo deseo y una nueva emulación con motivo de los trofeos y triunfos de César, en los que no llevaba a bien ser inferior, cuando sobresalía en todo lo demás; de manera que no paró ni sosegó hasta causar a la patria las mayores calamidades y precipitarse él mismo en una afrentosa perdición. Habiendo, pues, bajado César de la Galia hasta la ciudad de Luca,

acudieron allá muchos desde Roma, y pasando también reservadamente Pompeyo y Craso, acordaron apoderarse de lleno de todos los negocios y hacerse exclusivamente dueños de todo mando, manteniéndose con esta mira César sobre las armas, y repartiéndose Pompeyo y Craso otras provincias y ejércitos. Para esto no había más que un camino, que era otra petición del consulado; y presentándose éstos por candidatos, debía prestarles ayuda César, escribiendo a sus amigos y enviando a muchos de sus soldados para asistir a los comicios.

XV.—Vueltos a Roma Pompeyo y Craso después de este tratado, al punto se levantó contra ellos la sospecha, y corrió de boca en boca la voz de que su entrevista no había sido para cosa buena. En el mismo Senado preguntaron Marceño y Domicio a Pompeyo si pediría el consulado, a lo que respondió que quizá lo pediría, y quizá no; y preguntado de nuevo, contestó que lo pediría por causa de ciudadanos hombres de bien, mas no de ciudadanos injustos. Pareciendo nacidas de arrogancia y de soberbia estas respuestas, Craso contestó con más moderación, diciendo que si había de ser para bien de la república pediría el consulado, y si no, se abstendría, por lo cual algunos se resolvieron a presentarse también candidatos, y entre ellos Domicio. Mas como al tiempo de las súplicas se mostrasen ya descubiertamente, todos los demás desistieron de la pnetensión; no obstante, Catón sostuvo a Domicio, que era su deudo, y lo

alentó a que tuviera esperanza y entrara en contienda por las libertades públicas: porque no era al consulado a lo que aspiraban Pompeyo y Craso, sino a la tiranía; ni aquello era petición de una magistratura, sino rapiña de las provincias y de los ejércitos. Como de este modo se explicase y pensase Catón, casi no le faltó más que llevar a empujones a Domicio hasta la plaza, siendo, por otra parte, muchos los que se pusieron a su lado. Preguntábanse unos a otros, con no pequeña admiración, para qué querrían éstos un segundo consulado, por qué otra vez juntos y por qué no con otros; “pues tenemos—decían—muchos hombres que pueden muy bien ser colegas de Craso y de Pompeyo”. Cobraron miedo los del partido de éste con tales voces, y no hubo vileza ni violencia a que no se propasasen; armaron asechanzas, sobre todo a Domicio, que todavía de noche bajaba a la plaza con otros; dieron muerte al criado que le precedía con el hacha, e hirieron a varios, entre ellos a Catón. Ahuyentando, pues, a éstos y encerrándolos en casa, se hicieron declarar cónsules; y de allí a poco tiempo, rodeado de armas el Senado, echando a Catón de la plaza y dando muerte a algunos que les hicieron oposición, prorrogaron a César su mando por otros cinco años, y para sí mismos se decretaron la Siria y una y otra España; después, echadas suertes, tocó a Craso la Siria, y las Españas a Pompeyo.

XVI.—Había salido la suerte puede decirse que a gusto de todos, porque había muchos que no

querían que Pompeyo se alejase a gran distancia de la ciudad, y éste, que amaba con exceso a su mujer, se veía que se detendría cuanto pudiese. A Craso, desde el punto en que cayó la suerte, se le conoció la gran satisfacción que le produjo, y que lo tuvo por la mayor dicha que pudiera sobrevenirle: de manera que apenas podía contenerse aun ante los extraños y la muchedumbre; con sus amigos no hablaba de otra cosa, profiriendo expresiones pueriles y vacías de sentido, contra lo que pedían su edad y su carácter, que nunca había sido hueco y jactancioso; mas entonces, acalorado y fuera de tino, no ponía por término a su ventura la Siria o los Partos, sino que mirando como niñería los sucesos de Lúculo con Tigranes y los de Pompeyo con Mitrídates, pasaba con sus esperanzas hasta la Bactriana, la India y el mar Océano. Nada en verdad se decía de guerra Pártica en el decreto que se sancionó, pero todo el mundo sabía que esto era lo único que ansiaba Craso; César le escribió desde las Galias celebrando su designio y dándole priesa para partir a la guerra. Mas luego se vió que el tribuno de la plebe, Ateyo, iba a oponérsele al tiempo de la salida, teniendo de su parte a muchos que no encontraban bien en que se fuese a hacer la guerra a unos hombres que en nada habían faltado y con quienes intercedían tratados de paz, de miedo de lo cual rogó a Pompeyo que se pusiera a su lado y le acompañara. Era ciertamente grande la autoridad de Pompeyo para con el pueblo, y aunque había muchos que estaban

dispuestos a impedir la marcha y levantar alboroto, los contuvo verle al lado de aquél con semblante risueño; de manera que, sin el menor obstáculo, los dejaron pasar. Ateyo, con todo, se les puso delante, y primero le dió en voz, tomando testigos, la orden de que no partiese, y después mandó al ministro que le echara mano y lo detuviera. Impidieronlo los otros tribunos: así el ministro no llegó a asir a Craso; pero Ateyo corrió a la puerta y puso en ella una escalfeta con lumbre, y cuando llegó Craso, echando aromas y haciendo libaciones, prorrumpió en las imprecaciones más horrendas y espantosas, invocando y llamando por sus nombres a unos dioses terribles también y extraños. Dicen los Romanos que estas imprecaciones detestables y antiguas tienen tal poder, que no puede evitarlas ninguno de los comprendidos en ellas, y que alcanzan para mal aun al mismo que las emplea, por lo que ni son muchos los que las profieren, ni por ligeros motivos. Así, entonces, reconvenían a Ateyo de que hubiese atraído sobre la república, por cuya causa se había manifestado contrario a Craso, semejantes maldiciones y semejante ira de los dioses.

XVII.—Marchó, pues, Craso, y llegó a Brindis; y sin embargo de que el mar estaba todavía agitado de tormenta, no se detuvo, sino que se hizo a la vela, perdiendo muchos buques. Recogió las fuerzas que le habían quedado, y por tierra siguió su viaje, atravesando la Galacia. Allí vió al rey Deyotaro, que, siendo ya de edad avanzada, estaba

fundando una ciudad nueva; sobre lo que se chancó con él, diciéndole: “¿Cómo es esto, ¡oh rey!? ¿Después de las doce del día empiezas a edificar?” Y el Gálata, sonriéndose: “¡Hola!—le repuso—. Pues tú tampoco, ¡oh general!, has madrugado mucho para invadir a los Partos.” Porque Craso había ya pasado de los sesenta años, y a la vista aun parecía más viejo de lo que era. Al principio, los negocios se le presentaron muy según sus esperanzas, porque pasó con mucha facilidad el Eufrates, condujo sin tropiezo el ejército y entró en muchas ciudades de la Mesopotamia, que voluntariamente se le entregaron. En una de ellas, de que era tirano uno llamado Apolónio, le mataron cien soldados, y marchando contra ella con su ejército, la rindió, la entregó al saqueo y vendió los habitantes; los Griegos llamaban a esta ciudad Zenodocia. De resultas de haberla tomado, admitió el que el ejército le saludase emperador, incurriendo en gran vergüenza y apareciendo muy pequeño y de pecho muy angosto, pues que de tan insignificante triunfo se pagaba. Puso de guarnición en las ciudades rendidas hasta siete mil hombres de infantería y mil caballos, y se retiró a la Siria a tomar cuarteles de invierno. Estando allí, llegó el hijo que iba de la Galia de parte de César, mostrándose engalanado con premios y llevándole mil soldados de a caballo escogidos. De los grandes yerros cometidos por Craso en esta expedición, fuera de la expedición misma, parece que éste fué el primero, a saber: el que cuando era

menester obrar con celeridad y apoderarse de Babilonia y Seleucia, ciudades mal avenidas siempre con los Partos, hubiese dado tiempo a los enemigos para prepararse. Reprendíanle asimismo de que su detención en la Siria hubiese sido más bien pecuniaria que militar, pues ni investigó el número de las armas ni reunió las tropas para ejercitarlas, y sólo se entretuvo en hacer el cálculo de las rentas, habiendo gastado muchos días en poner en pesos y balanzas la riqueza de la Diosa que se veneraba en Hierápolis. Escribía a los pueblos y a las autoridades señalándoles el número de soldados que habían de presentar; y como luego los relevase por dinero, incurrió en descrédito y en desprecio. La primera mala señal que tuvo fué de parte de aquella Diosa, la cual piensan unos que fué Venus, otros Juno y otros la Naturaleza, que de lo húmedo sacó los principios y semillas de todas las cosas, y mostró a los hombres el origen de todos los bienes: pues saliendo del templo, primero tropezó y cayó en la puerta Craso el joven, y después el padre cayó en pos de él.

XVIII.—Cuando ya estaba para mover las tropas de los cuarteles de invierno le llegaron embajadores del rey Arsaces, trayéndole un mensaje muy breve, porque le dijeron que si aquel ejército era enviado por los Romanos, la guerra sería perpetua e irreconciliable; pero que si Craso había llevado contra ellos las armas y ocupado sus ciudades sin el permiso de la patria y arrastrado sólo por la codicia, que era lo que se les había informado, Ar-

saces estaba dispuesto a usar de moderación, compadeciéndose de la ancianidad de Craso, y a restituirle los soldados, que más bien se hallaban en custodia que en guarnición. Dijoles Craso con altanería que en Seleucia les daría la respuesta, y el más anciano de los embajadores, llamado Vagises, echándose a reír y mostrando la palma de la mano: "Aquí, ¡oh Craso!—le dijo—, nacerá pelo antes que tú veas a Seleucia." Retiráronse, pues, cerca de su rey Hirodes, anunciándole ser inevitable la guerra. De las ciudades de Mesopotamia que guarnecían los Romanos pudieron escapar algunos, contra toda esperanza, y trajeron nuevas propias para inspirar cuidado, habiendo sido testigos oculares del gran número de los enemigos y de los combates que habían sostenido en las ciudades, y, como suele suceder, todo lo pintaban del modo más terrible: que eran hombres de quienes, si perseguían, no había cómo librarse, y si huían, no había cómo alcanzarlos; que sus saetas eran voladoras y más prontas que la vista, y el que las lanzaba, antes de ser observado había penetrado por doquiera, y, finalmente, que de las armas de los coraceros, las ofensivas estaban fabricadas de manera que todo lo pasaban, y las defensivas, a todo resistían sin abollarse. Los soldados, al oír esta relación, cayeron de ánimo, pues cuando creían que los Partos serían como los Armenios y Capadocios, a los que Lúculo llevó como quiso hasta cansarse, y que lo más difícil de aquella guerra sería lo mucho que habría que



andar en persecución de unos hombres que nunca venían a las manos, se encontraban, contra lo que se habían prometido, con que los esperaban grandes combates y peligros; así es que aun algunos de los primeros del ejército creyeron que Craso debía contenerse y deliberar de nuevo sobre el partido que convendría tomar, de cuyo número era el cuestor Casio. Anunciábanle también reservadamente los agoreros que las víctimas le daban siempre funestas y repugnantes señales; mas ni a éstos quiso dar oídos, ni a ninguno que no le hablase de seguir adelante.

XIX.—Vino en esto a confirmarle maravillosamente en su propósito Artabaces, rey de Armenia, porque pasó a su campo con seis mil soldados de a caballo, que dijo constituían su guardia y su defensa, prometiendo otros diez mil armados de corazas y treinta mil infantes que mantendría a su costa. Aconsejaba a Craso que se dirigiera por Armenia a la Partia, pues no sólo tendría su ejército abundantemente provisto por su cuidado, sino que caminaría con toda seguridad, haciendo la marcha por montes y collados continuos, y por sitios ásperos, inaccesibles a la caballería, que era toda la fuerza de los Partos. Apreció mucho su buena voluntad y sus cuantiosos socorros, mas díjole que le era preciso marchar por la Mesopotamia, donde había dejado muchos y buenos soldados romanos; el Armenio a esto cedió, y se retiró. Cuando Craso conducía su ejército cerca de Zeugma, se desgajaron frecuentes y

terribles truenos, y se fulminaron muchos rayos enfrente del ejército, y un huracán violento, con nubes y torbellino, hiriendo en el pontón que preparaba, derribó y destrozó la mayor parte. Fué también dos veces tocado del rayo el lugar adonde iba a establecer su campamento. El caballo de uno de los jefes, vistosamente enjaezado, derribó al jinete, y arrojándose al río se sumergió y desapareció. Dícese que levantada para marchar la primera águila, por sí misma se volvió lo de adelante atrás. Quiso también la casualidad que al repartir a los soldados sus raciones después de haber pasado el río, lo primero que se les dió fueron lentejas y sal, cosas que son entre los Romanos de luto y se ponen a los muertos. Habló Craso a las tropas, y en el discurso dejó escapar una expresión que en gran manera disgustó al ejército, porque dijo que rompería el puente para que ninguno pudiese volver, y cuando convenía—luego que conoció el mal efecto que había producido—recogerla y alentar a los tímidos, se desdeñó de hacerlo por orgullo. Finalmente, haciendo la acostumbrada expiación del ejército, y presentándole el agorero las entrañas de la víctima, se le cayeron de las manos, con lo que se mostraron inquietos los que se hallaban presentes; mas él, sonriéndose, “Estas son cosas de la vejez—les dijo—; pero a bien que las armas no se me caerán de la mano.”

XX.—Movió de allí por la orilla del río, llevando siete legiones de infantería, cerca de cuatro

mil caballos e igual número de tropas ligeras. En esto vinieron a darle parte algunos de los exploradores de que el país estaba desierto de hombres; pero se advertían huellas de gran número de caballos, y que, mudando de dirección, se habían vuelto atrás; con esto se encendieron más las esperanzas en Craso, y los soldados empezaron también a mirar con desprecio a los Partos, como que no eran hombres para venir con ellos a las manos; pero Casio volvió, sin embargo, a representar a Craso que sería bueno recoger las tropas y darles descanso en una ciudad fortificada hasta tener noticias más ciertas de los enemigos; o cuando no, marchar a Seleucia constantemente por la margen del río, pues con esto los transportes, que no se apartarían nunca de la vista del campamento, los surtirían abundantemente de provisiones, y sirviéndoles el río mismo de defensa para no ser cortados, podrían pelear siempre con igual ventaja contra los enemigos.

XXI.—Cuando Craso estaba reflexionando y consultando acerca de estas cosas, sobrevino un príncipe árabe llamado Ariamnes, hombre doloso y astuto, y que entonces fué para ellos el mayor y más consumado mal de cuantos para su perdición amontonó la fortuna. Acordábanse algunos de los que habían servido con Pompeyo de que había disfrutado de su favor y tenía concepto de ser amante de los Romanos. Arrimóse entonces a Craso por dictamen de los generales del rey, para que viera si acompañándolo podría llevarlo lejos

del río y de los barrancos, introduciéndolo en una vasta llanura, donde pudiera ser envuelto; porque a todo se determinaban, menos a combatir de frente con los Romanos. Venido, pues, Ariamnes a la presencia de Craso, como elocuente que también era, empezó a celebrar a Pompeyo, que había sido su bienhechor; y dando a Craso el parabién de mandar tales fuerzas, culpó su detención en examinar y tomar disposiciones, como si le faltaran armas y manos y no tuviera más bien necesidad de pies ligeros contra unos hombres que lo que buscaban hacía tiempo era robar lo más precioso que pudieran en riquezas y en personas y retirarse a la Escitia o la Hircania; “y si vuestro ánimo—decía—es pelear, lo que conviene es usar de celeridad y prontitud, antes que el rey cobre aliento y reuna en un punto todas sus fuerzas; cuando ahora no tenemos contra nosotros más que a Surenas y Silaces, que han tomado a su cargo el resistirnos, y aquel no se sabe dónde para.” Todo esto era falso, porque Hirodes había hecho, desde luego, dos divisiones de sus tropas; y talando él la Armenia, para vengarse de Artabaces, había opuesto a Surenas contra los Romanos, no por desprecio, como han querido decir algunos, pues no podía desdeñarse de tener por antagonista a Craso, varón muy principal entre los Romanos, e irse a pelear con Artabaces, haciendo correrías por el país de los Armenios, sino que lo que se conjetura es que, temeroso del peligro, se propuso estar en celada y esperar el éxito, y que

Surenas se adelantara a tentar la batalla y detener a los enemigos. Porque tampoco Surenas era un hombre plebeyo, sino en riqueza, en linaje y en opinión el segundo después del rey; en valor y en pericia el primero entre los Partos de su edad, y, además, en la talla y belleza de cuerpo no había nadie que le igualara. Marchaba siempre solo, llevando su equipaje en mil camellos, y en doscientos carros conducía sus concubinas, acompañándole mil soldados de a caballo armados, y de los no armados mucho mayor número, como que entre dependientes y esclavos suyos podría reunir hasta unos diez mil. Tocábale por derecho de familia ser quien pusiese la diadema al que era nombrado rey de los Partos; y él mismo había vuelto a colocar en el trono a Hirodes, arrojado de él, y le había reconquistado a Seleucia, siendo el primero que escaló el muro y quien rechazó con su propia mano a los que se le opusieron. No tenía entonces todavía treinta años, y con todo, gozaba de una grande opinión de juicio y de prudencia, dotes que no fueron las que contribuyeron menos a la ruina de Craso, más expuesto a engaños que otro alguno; primero, por su confianza y orgullo, y después, por el terror y por los mismos infortunios que sobre él cangaron.

XXII.—Luego que Ariamnes le hubo seducido, apartándole del río, le llevó por medio de la llanura, al principio por un camino abierto y cómodo, pero modesto después a causa de los montones de arena y por ser el terreno escueto, falto de agua

y tal, que no ofrecía término ninguno donde los sentidos reposasen; de manera que no sólo se fatigaban con la sed y la dificultad de la marcha, sino que lo desconsolado de aquel aspecto causaba aflicción a unos hombres que no veían ni una planta, ni un arroyuelo, ni la falda de un monte, ni hierba que empezase a brotar, sino una vasta planicie que, a manera de la del mar, envolvía al ejército entre arena, con lo que ya empezaron a sospechar del engaño. Presentáronse a este tiempo mensajeros de Artavaces, rey de Armenia, avisando que se veía oprimido de una violenta guerra por haber caído sobre él Hirodes, lo que le imposibilitaba de enviarles auxilios; pero aconsejaba a Craso que retrocediera, pues trasladándose a la Armenia combatirían juntos contra Hirodes; mas que, si no se determinaba a esto, caminara con cuidado y procurara acamparse, retirándose de todo terreno a propósito para obrar la caballería, y buscando siempre las montañas. Craso nada le contestó por escrito; pero de palabra respondió que por entonces no estaba para pensar en los Armenios, pero que luego volvería a tomar venganza de la traición de Artavaces. Casio, aunque de nuevo se incomodaba con estas cosas, nada proponía o advertía ya a Craso por verle irritado; pero fuera de su vista llenaba de improperios a Ariamnes, a quien decía: "¿Qué mal Genio, del más malvado de todos los hombres, es el que te ha traído entre nosotros? ¿Con qué hierbas o con qué hechizos pudiste mover a Craso a que arrojara el ejército en una sola-

dad vasta y profunda, haciéndoles andar un camino más propio de un nómada, capitán de bandidos, que de un general romano?" El bárbaro, que sabía plegarse a todo, con éste usaba de blandura, animándole y exhortándole a que tuviera todavía un poco de paciencia; pero a los soldados con quienes se juntaba como para darles algún alivio los insultaba, diciéndoles, con risa y escarnio: "¿Pues que, creéis que esto es caminar por la Campania, y echáis menos sus fuentes, sus arroyos, sus deliciosos sombríos, sus baños y sus posadas? ¿No os acordáis de que nuestra marcha es por los linderos de los Arabes y los Asirios?" De esta manera se burlaba de los Romanos aquel bárbaro, el cual, antes que más a las claras se conociera el engaño, se ausentó, no sin noticia de Craso, a quien todavía hizo creer que iba a introducir la conclusión y el desorden en el ejército enemigo.

XXIII.—Dícese que Craso no se vistió de púrpura aquel día, como es costumbre entre los generales romanos, sino de una ropa negra, la que mudó luego que se lo advirtieron. Corre asimismo que algunas de las enseñas no pudieron ser movidas sino con gran dificultad por los que las llevaban, como si estuvieran clavadas, de lo que se rió Craso y avivó la marcha, haciendo que los infantes siguieran el paso de la caballería, hasta que vinieron algunos de los enviados en descubierta anunciando que todos los demás habían perecido a manos de los enemigos y ellos solos habían podido huir, no sin trabajo; y que aquéllos, en gran nú-

mero y con más decidido arrojo, venían en disposición de dar batalla. Turbáronse todos; y Craso, que también se sobrecogió enteramente, a toda prisa y sin detenerse, puso en orden el ejército; primero, como lo deseaba Casio, que era formando muy clara la infantería para evitar, extendiéndola lo posible por el llano, el ser envueltos, y distribuyendo la caballería en ambos flancos; pero después mudó de propósito, y, apiñando las tropas, formó un cuadro de igual fondo por todas partes, componiéndose cada lado de doce cohortes, agregando a cada cohorte una partida proporcional de caballería, para que no hubiera parte que careciese de este auxilio, sino que por todos lados se presentara igualmente defendido. De las alas dió una a mandar a Casio y la otra a Craso el joven, reservando para sí el centro. Caminando en este orden llegaron a un arroyo llamado Baliso, no muy caudaloso y abundante, cuya vista causó el mayor placer a los soldados, fatigados y abrasados de calor en una marcha tan trabajosa y tan falta de refrigerio. Los más de los jefes eran de opinión que debían allí hacer alto y pasar la noche, informándose en tanto del número, calidad y orden de los enemigos, y al día siguiente, al amanecer, marchar contra ellos; mas Craso, envalentonado con que su hijo y los de caballería que tenía cerca de sí le inclinaban a seguir adelante y trabar combate, dió orden de que los que quisiesen comieran y bebieran, manteniéndose en formación. Y aun antes que esto pudiera te-



ner cumplidamente efecto, volvió a ponerse en marcha, no poco a poco ni con la pausa que conviene cuando se va a dar batalla, sino con un paso seguido y acelerado, hasta que impensadamente se descubrieron los enemigos a la vista, no en gran número ni en disposición de inspirar terror; y es que Surenas había cubierto la muchedumbre de ellos con la vanguardia, y había ocultado el resplandor de las armas, haciendo que los soldados se pusieran sobrerropas y zamarras; mas luego que estuvieron cerca y el general dió la señal, al punto se llenó aquel vasto campo de un gran ruido y de una espantosa vocería. Porque los Partos no se incitan a la pelea con trompas o clarines, sino que sobre unos bastones huecos de pieles ponen piezas sonoras de bronce con las que mueven ruido, y el que causan tiene no sé qué de ronco y terrible, como si fuera una mezcla del rugido de las fieras y del estampido del trueno: sabiendo bien que de todos los sentidos el oído es el que influye más en el terror del ánimo y que sus sensaciones son las que más pronto conmueven y perturban la razón.

XXIV.—Cuando los Romanos estaban aterrados con aquella algazara, quitando repentinamente las sobrerropas que cubrían las armas, aparecieron brillantes los enemigos con yelmos y corazas de hierro Margiano, de un extraordinario resplandor, y guarnecidos los caballos armados con jaeces de bronce y de acero. Apareció asimismo Surenas, alto y hermoso sobre todos, aunque no

correspondía lo femenino de su belleza a la opinión que tenía de valor, por usar, a estilo de los Medos, de afeites para el rostro y llevar arreglado el cabello, mientras que los demás Partos, para hacerse más terribles, dejan que éste crezca a lo Escita, desordenadamente. Su primera intención era acometer con las lanzas y poner en desorden las primeras filas; pero cuando vieron el fondo de la formación y la firmeza e inmovilidad de los soldados romanos retrocedieron; y pareciendo que aquello era desbandarse y perder el orden, no se echó de ver que de lo que trataban era de envolver el cuadro. Así, Craso mandó a las tropas ligeras que corriesen en pos de ellos; pero éstas no fué mucho lo que se retiraron, sino que, acosadas y molestadas por las saetas, volvieron a ponerse bajo la protección de la infantería de línea; siendo las primeras que causaron alguna conmoción y miedo en los que ya habían visto el temple y fuerza de unas saetas que destrozaban las armas y que pasaban todas las defensas, por más resistencia que tuviesen. Los Partos, separándose algún tanto, empezaron a tirarles por todas partes sin cuidadosa puntería, porque la unión y apiñamiento de los Romanos no les dejaban errar, aun cuando quisiesen, causando heridas graves y profundas, como que aquellos tiros partían de arcos grandes y fuertes, que por lo vuelto de su corvatura despedían la saeta con terrible fuerza. Era, por tanto, pésima la suerte de los Romanos, pues si permanecían en aquella formación, recibían crue-

les heridas, y si intentaban moverse unidos, perdían el poder hacer lo que hacían en su defensa, y padecían lo mismo: por cuanto los Partos se retiraban delante de ellos, tirando siempre; lo que después de los Escitas ejecutan con suma destreza. Y en esto obran con la mayor sabiduría, pues que con defender su vida huyendo quitan a la fuga lo que tiene de vergonzosa.

XXV.—Mientras esperaron que agotadas las saetas desistirían de aquel modo de pelear, o vendrían a las manos, tuvieron constancia; pero cuando supieron que había infinidad de camellos cargados de ellas, a los que corrían los que estaban más cerca, y las tomaban para repartir, entonces Craso, no viendo el término de aquel triste estado, llegó a acobardarse, y enviando emisarios a su hijo, le dió orden de que viera cómo precisar a los enemigos a entrar en combate antes de ser envuelto, porque una de las partidas enemigas principalmente cargaba sobre éste, y le andaba alrededor, como para ponerse a la espalda. Tomando, pues, aquel joven mil y trescientos caballos, de los cuales mil eran los de César, quinientos arqueros y ocho cohortes de infantería de las que tenía más a la mano, acometió impetuosamente con estas fuerzas. Los Partos que más se habían adelantado, o porque los hubiesen alcanzado estas tropas como dicen algunos, o porque quisiesen llevar con maña al joven Craso lejos del padre, volvieron grupa y dieron a huir. Entonces, alzando aquél el grito, exclamó: “Los enemigos

huyen"; y aceleró el paso y con él Censorino y Megabaco (1), sobresaliente éste en grandeza de ánimo y en fuerzas corporales y adornado aquél con la dignidad senatoria y con el dote de la elocuencia, amigos ambos de Craso, y de su misma edad. Como hubiesen, pues, movido en la forma dicha los de a caballo, resplandeció también en la infantería la decisión y gozo de la esperanza, porque creían haber vencido y que iban en persecución de los enemigos; hasta que a pocos pasos salieron de su engaño, por haber dado la vuelta los que pareció antes que huían, y con ellos mucho mayor número que se les había reunido. Entonces se pararon creyendo que los enemigos les acometerían al ver que eran tan pocos; pero éstos lo que hicieron fué formar al frente de los Romanos a los coraceros, y corriendo con la demás caballería alrededor de ellos, moviendo grande alboroto, revolvieron los montones de arena y levantaron una densa polvareda, de manera que los Romanos no podían verse ni articular palabra; encerrados en estrecho recinto, apiñados unos sobre otros, recibían crudas heridas, y una muerte no suave y pronta, sino entre convulsiones y acerbos dolores, revolcándose con las saetas y encrudeciendo las heridas o despedazándose y destruyéndose a sí mismos, si querían sacar las puntas con anzuelo, que habían dilacerado las venas

---

(1) Aquí conocidamente hay yerro, porque este nombre no es romano; pero se ignora cuál fuese el de este joven.

y los nervios. Recibiendo muchos de esta manera la muerte, aun los que quedaban con vida estaban sin acción para nada; así es que, animándolos Publio para que acometiesen a los coraceros, le mostraron las manos pegadas a los escudos y los pies clavados en tierra, en términos que estaban del todo imposibilitados, tanto para huir como para defenderse. Entonces, dirigiéndose a los de caballería, acometió con vigor y trabó pelea con los enemigos; mas ésta era desigual en el herir y en el protegerse, hiriendo con azconas cortas y débiles en corazas de piel y de hierro, y siendo heridos con lanzas robustas los cuerpos ligeros y desnudos de los Galos. Porque en éstos confiaba principalmente y con ellos obró maravillas, pues agarraban con las manos los astiles de las lanzas, y trabando de los jinetes, los arrojaban de los caballos, dejándolos, por lo pesado de la armadura, sin poder moverse. Muchos, saltando de sus caballos, se metían debajo de los caballos enemigos y los atravesaban por los ijares; tiraban éstos botes en fuerza del dolor, y pisoteando a un tiempo a los jinetes y a sus contrarios, unos y otros morían juntos, cubiertos de tierra y de basura. Lo que principalmente quebrantó a los Galos fué el calor y la sed, a que no estaban acostumbrados, y, además, el haber perdido la mayor parte de los caballos, a causa de que ellos mismos se metían por las lanzas enemigas. Viéronse, por tanto, en la precisión de haber de acogerse a la infantería, teniendo ya a Publio, por sus muchas heridas, en

el más deplorable estado; y como advirtiesen cerca un alto montón de arena, corrieron a él, colocaron en medio los caballos, y cubriéndose con los escudos como en una trinchera, creyeron que podrían así defenderse mejor de los bárbaros, mas sucedióles lo contrario. Porque en el terreno llano, los primeros protegen a los que están a la espalda; pero allí, por la desigualdad del sitio, los unos estaban más altos que los otros, y quedando todos al descubierto, no podían evitar los tiros, sino que a todos se dirigían del mismo modo, lamentándose de una muerte sin gloria y sin desquite alguno. Hallábanse con Publio dos Griegos establecidos en aquel país en la ciudad de Carras, llamados Jerónimo y Nicomaco; persuadíanle que se retirara con ellos y huyera a Icnas, ciudad que seguía el partido de los Romanos y estaba de allí a corta distancia; mas respondiéndoles que ninguna muerte por más cruel que fuese podría hacer que Publio abandonara a los que morían por él, les rogó que se salvaran, y alargándoles la diestra, los despidió. Entonces, no pudiendo valerse de su propia mano, porque la tenía atravesada con una flecha, mandó a su escudero que lo pasara con la espada, presentándole el costado. Dícese que Censorino murió de la misma manera; pero Megabaco se dió a sí mismo la muerte, y otro tanto ejecutaron los más principales y esforzados. A los demás que quedaron, subiendo los Partos al terreno, los pasaron en pelea con las lanzas, no habiendo tomado vivos, según se dice, arriba de quinientos. Cortáronle a

Publio la cabeza y marcharon al punto en busca de Craso.

XXVI.—El estado de éste era el siguiente. Luego que dió al hijo la orden de acometer a los Partos, como algund le anunciase que éstos iban en derrota y que se les perseguía con tesón, y viese que los que contra sí tenía no obraban como antes, porque la mayor parte había marchado con los que huyeron, se alentó algund tanto, y reuniendo sus tropas, las situó en puestos ventajosos, esperando allí que el hijo volviese de la persecución. Publio, luego que se vió en peligro, envió quien avisase al padre; pero los primeros mensajeros perecieron. De los últimos, algunos que con dificultad escaparon, le trajeron la nueva de que Publio era perdido si no se le daba pronto y grande socorro. Combatieron a un tiempo muchos afectos el corazón de Craso; así, ya no obró en él la razón; e impelido, ora del miedo, ora del deseo del hijo para darle el socorro que pedía, se resolvió por fin a mover el ejército. En esto aparecieron los enemigos, mucho más terribles en su gritería y en sus cantos, aturdiendo otra vez con el ruido de sus tímpanos a los Romanos, que esperaron con esto el principio de otra batalla. Los que traían la cabeza de Publio clavada en la punta de una pica, acercándose más que los otros, la mostraban, preguntando con escarnio por sus padres y su linaje, pues no parecía posible que Craso, hombre el más cobarde y el más perverso, fuera padre de un joven tan valiente y de tan acendrada virtud.

Este espectáculo fué el que más, de cuantos males habían pasado, quebrantó y desconcertó los ánimos de los Romanos, concibiendo todos, no ira y deseo de venganza, que era lo que el caso pedía, sino un indecible terror y espanto. Dícese que entonces Craso, en medio de tan vehemente dolor, se mostró muy superior a sí mismo, porque, corriendo las filas, habló de este modo a los soldados: "Este luto, ¡oh Romanos!, es privadamente mío; pero la eminente fortuna y gloria de Roma, intacta e ilesa, permanece en vosotros, a quienes veo salvos. Si alguna compasión tenéis de mí por la pérdida de mi valeroso hijo, manifestadla en vuestro enojo contra los enemigos. Arrebatadles de las manos ese gozo; vengaos de su crueldad. No os abata lo sucedido: porque no puede ser que dejen de tener que sufrir y padecer los que acometen grandes empresas. Ni Lúculo derrotó sin sangre a Tigranes, ni Escipión a Antíoco. Nuestros antepasados perdieron en Sicilia mil naves y en la Italia muchos emperadores y pretores; pero no impidieron las derrotas de éstos que al cabo triunfasen de los vencedores: pues que la brillante prosperidad de Roma no ha llegado a tanta altura por su buena suerte, sino por la constancia y virtud de los que no rehusaron los peligros."

XXVII.—Este fué el lenguaje que les tuvo Craso, y de este modo procuró alentarlos; pero vió que pocos le escuchaban con buen semblante, y habiéndoles mandado dar el grito de guerra, se



desengañó aún más acerca de su abatimiento: porque aquél fué débil, apocado y desigual, cuando el de los bárbaros fué claro y esforzado. Venidos a la contienda, la caballería de éstos, haciendo un movimiento oblicuo, comenzó a lanzar saetas; y los coraceros, usando de las lanzas, redujeron a los Romanos a un recinto estrecho, a excepción de aquellos que, por huir de la muerte que los tiros causaban, prefirieron arrojarse desesperadamente sobre éstos, haciendo, a la verdad, poco daño, pero encontrando una muerte pronta por medio de heridas grandes y profundas, dadas por hombres que con el empuje de sus robustos astiles pasaban con el hierro a los que se les ponían delante, y aun muchas veces atravesaban a dos de un golpe. Peleando de esta manera sobrevino la noche, y se retiraron, diciendo que de gracia concedían a Craso una noche para llorar a su hijo; a no ser que lo pensara mejor y por sí mismo se fuera a presentar a Arsaces, en lugar de ser llevado. Pusieron allí cerca su campo, alentados de grandes esperanzas; en cambio, para los Romanos la noche fué terrible, no haciendo cuenta de dar sepultura a los muertos ni de prestar auxilios a los heridos y moribundos, sino que cada uno se lamentaba por sí mismo, teniéndose por perdidos, bien esperaran allí el día, o bien se lanzaran por la noche en aquel vasto desierto. Eranles gran motivo de irresolución los heridos, pues si determinaban llevarlos, serían un estorbo para la prontitud de la marcha, y si los dejaban, con

sus gritos darían indicio de la partida; y aunque conocían que Craso era la causa de todo, sin embargo deseaban verle y oír su voz. Mas él se había retirado solo y yacía en las tinieblas, cubierta la cabeza con su ropa: ejemplo para los más de las mudanzas de fortuna, pero para los hombres prudentes de temeridad y ambición, por las que no estaba contento con no ser el primero y el mayor entre tantos millones de hombres, sino que le parecía que todo le faltaba, porque tenía el último lugar respecto de dos solos. Entonces, el legado Octavio y Casio trataron de consolarle y darle aliento; pero cuando vieron que del todo estaba desanimado, reunieron a los tribunos y centuriones, y habiendo convenido en que no debían quedar allí, movieron el ejército sin toque de trompetas y con mucho silencio al principio; pero cuando los imposibilitados de seguir percibieron que se les abandonaba, fué terrible el desorden y la confusión que entre sollozos y lamentos se apoderó del campo. Después, cuando ya estaban en marcha, les sobrevino nueva turbación y terror, creyendo que se acercaban los enemigos; muchas veces retrocedían; otras muchas tomaban el orden de formación; y de los heridos que los seguían, ya poniendo en los bagajes a unos y ya bajando a otros, fué larga la detención que tuvieron, a excepción de trescientos de caballería mandados por Ignacio, que arribaron a Carras como a la media noche. Habló éste a los centinelas en lengua romana, y como le hubiesen entendi-

do, les encargó dijieran a su comandante Coponio que Craso había tenido una grande batalla con los Partos; y sin decir más, ni descubrir quién era, se apresuró a llegar al puente y salvó aquella tropa; mas fué muy vituperado por haber abandonado a su general. Con todo, aprovechó a Craso aquella ligera expresión suya referida a Coponio, porque, conjeturando éste que lo breve y cortado del anuncio no era de quien traía buenas nuevas, mandó inmediatamente a los soldados tomar las armas, y luego que se informó de que Craso estaba en camino, salió a recibirle, y acompañó a su ejército hasta la ciudad.

XXVIII.—Los Partos, aunque por la noche sintieron su partida, no los persiguieron; pero a la mañana, pasando al campamento, acabaron con los que en él habían quedado, que no bajarían de cuatro mil; y a muchos que se habían perdido por aquellas llanuras les dieron alcance partidas de caballería. A cuatro cohortes que el legado Vargunteyo había separado del cuerpo del ejército, y que habían errado el camino, las sorprendieron en un collado, y sin embargo de que se defendieron con valor, no pudieron evitar el ser pasadas a cuchillo, a excepción solamente de veinte hombres; pues maravillados de que éstos con sus espadas trataran de abrirse camino entre ellos, se abstuvieron de herirlos, y les permitieron que sin ofensa se retiraran a Carras. Dióse a Surenas un aviso falso, diciéndosele que Craso había huído con los principales, y que la muchedumbre que se

había refugiado a Carras era una mezcla de hombres de quienes no se debía hacer ninguna cuenta. Creyó, pues, haber perdido el blanco principal de su victoria; mas, dudoso todavía, y deseando informarse de lo cierto para sitiar a Craso si allí estaba, o perseguirle en otro caso sin detenerse con los de Carras, envió a esta ciudad uno de los que estaban con él que sabía ambos idiomas, dándole orden de que en lengua romana llamara al mismo Craso o a Casio, manifestando que Surenas venía a tratar con ellos. Díjolo éste como se le había mandado, y luego que se dió parte a Craso, aceptó la convocación. Al cabo de poco vinieron asimismo de parte de los bárbaros unos Arabes, que conocían de vista a Craso y Casio por haber estado con ellos en el campamento antes de la batalla; y éstos, viendo a Casio sobre la muralla, le dijeron que Surenas estaba dispuesto a tratar de paz y les concedía ir salvos, con tal que admitieran la amistad del rey y abandonaran la Mesopotamia, porque consideraba que esto era lo que a unos y a otros convenía más que llegar a los últimos extremos. Admitiendo la proposición Casio, y diciéndoles que deseaba se determinara el lugar y tiempo en que Craso y Surenas tendrían su entrevista, prometieron que así lo harían, y marcharon.

XXIX.—Contento Surenas con tenerlos sujetos a un sitio, al día siguiente condujo allá sus tropas, las que, desmandándose en injurias contra los Romanos, llegaron a proponerles que, si que-

rían alcanzar capitulación, les habían de entregar atados a Craso y a Casio. Indignáronse de verse así engañados, y diciendo a Craso que era necesario dar de mano a las vanas y largas esperanzas de los Armenios, se decidieron por la fuga. Era muy importante que ninguno de los Carreños lo supiese antes de tiempo; pero justamente lo supo Andrómaco, hombre entre todos el más infiel y desleal, a quien Craso confió este secreto, valiéndose de él para que los guiase. Así, nada ignoraron los Partos, porque Andrómaco se lo refirió todo punto por punto. Mas como sus costumbres patrias se opusiesen a que pelearan de noche, ni esto además le fuese fácil, habiendo de partir Craso de noche, para que aquéllos no se atrasaran mucho en su persecución, discurrió Andrómaco la traza de tomar ahora un camino y luego otro, hasta que, por último, los condujo a un terreno pantanoso y cortado con frecuentes acequias, que hacían la marcha penosa y tarda para los que aun se dejaban guiar de él: pues hubo algunos que, conociendo que Andrómaco no podía hacerles dar aquellos rodeos y vueltas con buen fin, no quisieron seguirle; Casio se volvió otra vez a Carras, y diciéndole sus guías, que eran unos Arabes, ser conveniente esperar a que la Luna pasara del Escorpión, “Pues yo—les respondió—más temo al Sagitario”, y se encaminó a Siria con unos quinientos caballos. Otros, que también tuvieron fieles conductores, arribaron a las montañas llamadas Sinacas y se pusieron en

seguridad antes del día. Eran éstos cerca de cinco mil, y estaba al frente de ellos Octavio, varón de singular probidad. A Craso le cogió el día engañado todavía de Andrómaco y detenido entre acequias y pantanos. Tenía consigo cuatro cohortes de legionarios, muy pocos caballos y cinco lictores; con los cuales salió al fin con mil trabajos al buen camino cuando ya tenía encima a los enemigos. Faltábanle sólo doce estadios para unirse con las tropas de Octavio, pero tuvo que refugiarse a otro montecillo no tan inaccesible a la caballería ni tan seguro, aunque enlazado con las mismas montañas Sinacas, de las que sólo le dividía una serie de collados, que desde la llanura se extendían hasta aquéllas; así, las tropas de Octavio podían muy bien observar el peligro en que se hallaba. Octavio fué el primero que bajó con unos pocos a darle auxilio; después partieron los demás, avergonzados de su detención, y cargando a los enemigos, los rechazaron del montecillo. Cogieron luego en medio a Craso, y protegiéndole con sus escudos, dijeron con firmeza y resolución que no tendrían los Partos saeta ninguna que penetrase hasta su general, sin que primero murieran todos, peleando por defenderle.

XXX.—Viendo, pues, Surenas que los Partos se batían ya con menos ardor, y que si venía la noche y los Romanos se metían más en el monte le sería imposible darles alcance, armó a Craso otro engaño. Dejó ir libres a algunos cautivos, ante quienes hizo de intento que unos bárbaros

se dijeran a otros en el campamento que el rey no quería que la guerra con los Romanos fuese perpetua, y daría pruebas de estar pronto a restablecer la amistad con el obsequio de tratar humanamente a Craso. Abstuvieron, por tanto, los Partos de combatir, y marchando sosegadamente Surenas hacia el collado con los principales de su ejército, quitó la cuerda al arco y alargó la diestra, llamando a Craso a conferenciar con él y diciendo en alta voz que el Rey había hecho muestra, muy contra su voluntad, de su valor y su poder; pero que deseando manifestarles también su dulzura y benevolencia, les dejaría ir libres y salvos por medio de un tratado. Al decir esto Surenas, los demás le escucharon muy placenteros y se mostraban sumamente contentos; pero Craso, que no había habido nada en que no hubiese sido engañado, y que extrañaba mucho tan repentina mudanza, no se prestó a esta invitación, sino que se paró a reflexionar. Mas como los soldados empezasen a gritar y a decirle que fuese, y después pasasen a insultarle y echarle en cara que a ellos los ponía a pelear con unos hombres con quienes ni aun desarmados quería tener una conferencia, tentó primero el medio del ruego, diciéndoles que aguantaran lo que restaba de día y por la noche podrían libremente marchar por aquellas montañas y aquellas asperezas, mostrándoles el camino y exhortándolos a que no perdieran la esperanza de una salud que tenían tan cerca; pero viendo que todavía se le oponían, y que blandiendo las armas

le amenazaban, por miedo hubo de partir, sin decir más que estas palabras: "Vosotros, Octavio, Petronio y todos los caudillos romanos que estáis presentes, sois testigos de la necesidad de esta partida, y sabéis por qué cosas tan violentas y afrentosas se me hace pasar; mas con todo, si llegáis a salvaros, decid ante todos los hombres que Craso pereció engañado de los enemigos, no entregado a la muerte por sus ciudadanos."

XXXI.—No pudiendo contenerse Octavio, bajó del collado con Craso, quien despidió a los lictores, que también le seguían. De los bárbaros, los primeros que salieron a recibirle fueron dos Griegos mestizos que le hicieron acatamiento, apeándose de los caballos; y, saludándole en lengua griega, le propusieron que enviara personas que vieran cómo Surenas y los que traía consigo venían sin armas de ninguna especie; mas Craso les respondió que, si tuviera en algo la vida, no habría venido a ponerse en sus manos. Con todo, envió a dos hermanos, llamados Roscios, a informarse de cuántos eran los que venían y con qué objeto. Surenas, al punto, les echó mano y los detuvo, siguiendo a caballo con los principales de los suyos; y "¿Cómo es esto—gritó—, un general de los Romanos viene a pie y nosotros montados?", mandando que sin dilación le trajesen un caballo. Contestándoles Craso que ni uno ni otro faltaban, concurriendo cada uno, según la costumbre de su patria, dijo entonces Surenas que ya estaba hecho el tratado y la paz entre el rey Hirodes y los Romanos, pero que habían de escri-



birse las condiciones, llegando para ello hasta el río; “Porque vosotros los Romanos—dijo—no soléis acordaros de los convenios”, y le alargó la mano. Mandó entonces Craso que le trajeran un caballo, a lo que repuso: “No es menester, porque el Rey te da éste”; y al mismo tiempo le presentaron un caballo con jaez de oro, en el que, cogiéndole en volandas, le pusieron los palafraneros y empezaron a dar latigazos al caballo para hacerle marchar precipitadamente. Octavio fué el primero que asió del freno, y después de él Petronio, uno de los tribunos, cercándole en seguida los demás y procurando todos contener el caballo y retirar a los que, por uno y otro lado, querían a fuerza llevarse a Craso. Suscitándose con esto confusión y alboroto, vínose, al fin, a los golpes, y deservainando Octavio su espada, atravesó a uno de aquellos palafraneros, haciendo otro tanto con Octavio uno de ellos, que se hallaba a su espalda. Petronio no se encontró con armas; y habiendo recibido un golpe, que no pasó de la coraza, saltó ileso del caballo. A Craso le quitó la vida un Parto llamado Pomaxatres, aunque algunos dicen haber sido otro el que le mató y que éste fué el que, después de caído, le cortó la cabeza y la mano derecha; cosas que pueden muy bien conjeturarse, pero no saberse de cierto, porque de los que se hallaron presentes y pelearon en defensa de Craso, los unos murieron allí y los otros a toda priesa se retiraron al collado. Pasaron allá los Partos, y diciendo que Craso ya había sufrido su castigo, pero respecto de los de-

más manifestaba Surenas que podían bajar con seguridad, unos bajaron, efectivamente, y se entregaron, y otros se dispersaron por la noche, de los cuales fueron muy pocos los que se salvaron, y a los restantes salieron a cazarlos los Arabes, y, alcanzándolos, les dieron muerte. De todas aquellas tropas, veinte mil hombres se dice que murieron, y que diez mil fueron tomados cautivos.

XXXII.—Surenas envió al rey Hirodes, que se hallaba en la Armenia, la cabeza y la mano de Craso, y haciendo correr en Seleucia la voz, por medio de mensajeros, de que conducía vivo a Craso, dispuso una pompa ridícula, a la que dió el nombre de triunfo. Porque al más parecido a Craso de los cautivos, que era Cayo Paciano, le hizo vestir como aquellos bárbaros, y habiendo ensayado el que respondiese cuando le llamaran Craso o general, de este modo le llevaban a caballo, precediéndole trompeteros y lictores montados en camellos. De las varas pendían ceñidores, y entre las hachas se veían cabezas de Romanos recién cortadas. Seguían después rameras Seleucienses entonando canciones insultantes y ridículas contra la cobardía y afeminación de Craso, y de este espectáculo gozaron todos. Mas reuniendo el Senado de los Seleucienses, les presentó los libros obscenos de Arístides, llamados Milesíacos; esto ya no fué inventado, porque se encontraron realmente en el equipaje de Rustio y dieron ocasión a Surenas para motejar e infamar a los Romanos de que ni en la guerra podían estar sin entretenerse con ta-

les objetos y tal leyenda. Mas el concepto que los Seleucienses formaron fué que Esopo había sido un sabio; viendo que Surenas presentaba por delante el cabo de alforja en que se contenían las disoluciones Milesíacas, cuando en pos de sí traía una Sibaris Partica en tanto número de concubinas como las que conducía en sus carros; siendo su ejército, al parecer, como las víboras y las escitalas, porque las partes anteriores, y que primero aparecían, eran feroces y terribles, estando cercadas de lanzas, de arcos y de caballos, y luego la cola remataba en rameras, en crótalos, en cantos y en nocturnas disoluciones con infames mujercillas. No merecía, ciertamente, disculpa Rustio; pero no estaba bien a los Partos vituperar en los Romanos la pasión por los libros Milesíacos, cuando muchos de los Arsácidas que reinaban sobre ellos habían sido descendientes de rameras de la Jonia y de Mileto.

XXXIII.—Entretanto que esto pasaba, Hirodes había ya hecho la paz con el rey de Armenia, Artavaces, y había convenido en tomar la hermana de éste para mujer de su hijo Pacoro. Con este motivo eran frecuentes los banquetes y festines de uno a otro, y se entretenían con las representaciones teatrales de la Grecia, porque Hirodes no ignoraba ni la lengua ni las letras griegas y Artavaces componía tragedias y había escrito oraciones e historias, de las cuales algunas todavía se conservan. Cuando la cabeza de Craso fué conducida a las puertas del palacio no se habían

levantado las mesas, y un representante de tragedias, llamado Jasón, natural de Trallis, estaba recitando el pasaje de Agave de la tragedia de Eurípides *Las Bacantes*. En medio de los aplausos que se le daban se presentó Silaces ante el rey, y adorándole, arrojó en medio la cabeza de Craso. Grande fué con esto la algazara de los Partos, su alegría y su júbilo; y habiendo hecho los sirvientes tomar asiento a Silaces, de orden del rey, Jasón dió las ropas y ornato de Penteo a uno de los del coro, y tomando él la cabeza de Craso en la mano se puso a hacer el bacante, y recitó con entusiasmo y con canto aquellos versos:

Del monte a nuestro techo,  
esta dichosa caza  
traemos ahora mismo  
de flecha traspasada.

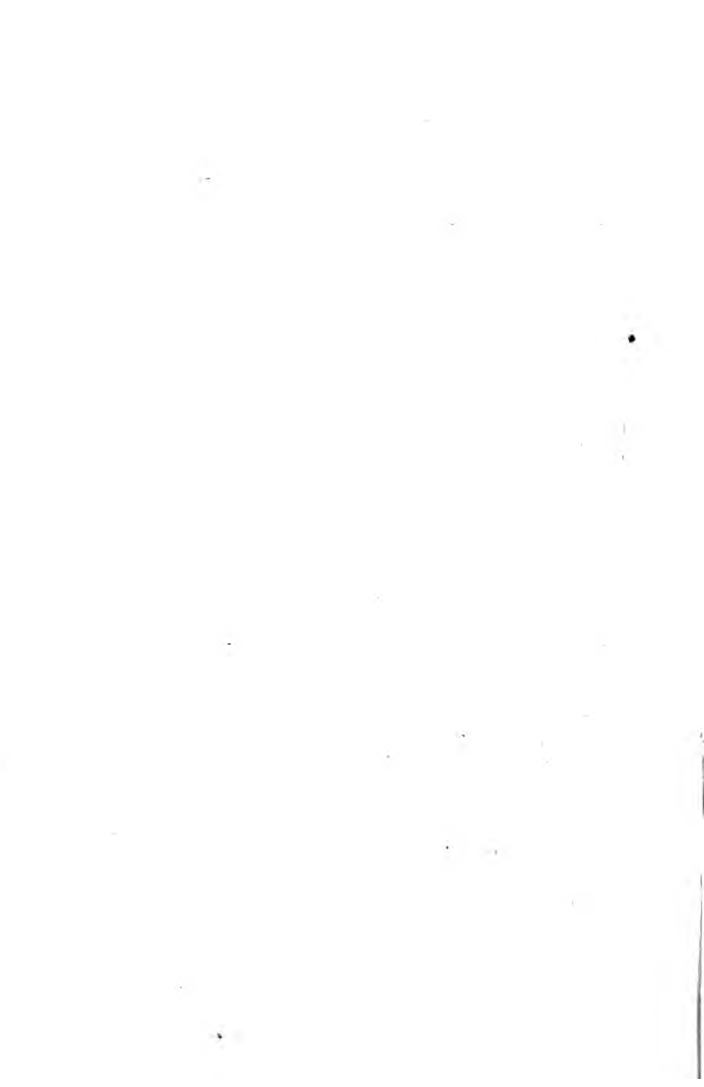
Esto fué de diversión para todos; pero cantándose en seguida los otros versos, alternados con el coro:

¿Quién le tiró primero?  
Mío, mío es el premio,

entonces, levantándose Pómaxatres, que también asistía a la cena, echó mano a la cabeza, diciendo que aquello más le tocaba a él que al actor; lo que cayó muy en gracia al rey; y habiéndole remunerado, según la costumbre patria, dió a Jasón un talento. Este término se dice haber tenido la expedición de Craso, acabando verdaderamente como una tragedia. Hirodes y Surenas experimen-

taron, al fin, castigos dignos, el uno de su crueldad y el otro de su perjurio; porque a Surenas, de allí a poco, le quitó la vida Hirodes, envidioso de su gloria, y a éste, después de haber perdido a Pacoro, muerto en una batalla, en que fué vencido de los Romanos, en ocasión de hallarse doliente de una enfermedad que declinaba en hidropesía, su otro hijo Fraates, atentando contra su vida, le dió acónito; mas como la enfermedad recibiese bien el veneno, de manera que con él terminó, habiéndose quedado Hirodes enteramente enjuto, tomó aquél el camino más corto, y entrando en su cuarto, le ahogó.

---



## COMPARACIÓN DE NICIAS Y DE CRASO

I.—Viniendo a la comparación, la riqueza de Nicias, puesta en paralelo con la de Craso, tiene una adquisición y un origen menos culpable: pues aunque nadie tenga por irreprochable la que procede del beneficio de las minas, que en gran parte se hace por medio de hombres criminales o de bárbaros, de los cuales algunos están allí aprisionados y otros fallecen en aquellos lugares perniciosos e insalubres, con todo, es más tolerable que la que se granjeó con las confiscaciones de Sila y con los destrozos del fuego, medios de que se valió Craso, como pudiera haberse valido de cultivar el campo o de ejercer el cambio. Por de contado, de los graves cargos que a éste se hacían, aunque él los negaba, de que por dinero defendía causas en el Senado, de que era injusto con los aliados, de que adulaba a mujercillas, y, finalmente, de que era encubridor de gente mala, ninguno, ni aun con falsedad, se hizo jamás a Nicias. Burlábanse, sí, de él, porque malgastaba su dinero, dándolo por miedo a los calumniadores; pero en esto hacía una cosa que quizá no

habría estado bien a Pericles y a Arístides, pero que en él era necesaria, por no tener carácter para sostenerse con firmeza; sobre lo que posteriormente habló a las claras al pueblo Licurgo el orador en causa que se le hizo sobre haber ganado con dinero a uno de los calumniadores: pues se refiere haber usado de estas palabras: "Me alegro de que habiendo tenido por tanto tiempo parte en vuestro gobierno, se me acuse de haber dado y no de que he recibido." En sus gastos fué más ceñido Nicias, empleando su caudal en ofrendas, en dar espectáculos y en instruir coros, cuando todo lo que Nicias tuvo fué muy pequeña parte de lo que derrochó Craso en dar un banquete a tantos millares de hombres y en abastecerlos después; mas esto no debe parecer extraño, cuando nadie ignora que el vicio es una anomalía y desarreglo en las costumbres, y así se ve que los que allegan por malos medios, suelen después invertirlo en buenos usos.

II.—Y por lo que hace a la riqueza de ambos, baste lo dicho. En cuanto a gobierno, nada se advirtió en Nicias que no fuese sencillo, nada injusto, nada violento o arrebatado, sino que más bien fué engañado por Alcibíades; con el pueblo se condujo siempre con el mayor miramiento, mientras a Craso, en sus continuos tránsitos del odio al amor, se le acusa de falta de lealtad y hombría de bien; no negando él mismo que por la fuerza se abrió el camino al consulado, asalariando hombres que se atrevieran a poner las



manos en Catón y en Domicio. En la distribución de las provincias fueron heridos muchos de la plebe, y muertos cuatro, y él mismo, lo que se nos olvidó advertir en el discurso de la Vida, expulsó de la plaza, bañado en sangre, al senador Lucio Analio, que se le opuso, dándole una puñada en el rostro. Mas así como en esta parte es Craso motejado de ser violento y tiránico, en igual grado es digna en Nicias de reprehensión su irresolución y atamamiento en el gobierno y su condescendencia con los malos. Craso fué de grande y elevado ánimo, no en contraposición con los Cleones o los Hipérbolos, no a fe mía, sino con la gran nombradía de César y con los triunfos de Pompeyo; no cediendo, sin embargo, sino compitiendo con uno y otro en poder, y aun excediendo a Pompeyo en la dignidad de la magistratura censoria; porque en las grandes cosas no se ha de atender a que hacen envidiosos, sino a la gloria que acarrean, anublando la envidia. Y si sobre todo te hallas bien con la seguridad y el reposo, y temes a Alcibíades en la tribuna, en Pilos a los Lacedemonios y en la Tracia a Perdicas, la ciudad deja un ancho campo a la vacación de todo negocio, en medio del cual te puedes sentar y tejer para tu frente la corona de la imperturbabilidad, como se explican algunos sofistas. Porque el amor de la paz es verdaderamente divino, y el hacer cesar la guerra el mayor servicio que podía hacerle a la Grecia: así, en este punto, no podría con Nicias competir dignamente Craso,

aunque hubiera puesto al mar Caspio o al océano Indico por término de la dominación romana.

III.—El que manda en una ciudad que tiene ideas de virtud, y es el primero en poder, no debe dar lugar a los malos, ni poner la autoridad en manos no ejercitadas, ni confiarla a quien no merezca confianza, que fué lo que Nicias ejecutó, colocando él mismo al frente del ejército a Cleón, que, fuera de su gritería y desvergüenza en la tribuna, por lo demás en nada era tenido en la ciudad. No alabo en Craso el que en la guerra de Espartaco hubiese consultado más a la prontitud que a la seguridad para dar la batalla, sin embargo de que interesaba su ambición en que no llegara Pompeyo y le arrebatara su gloria, como Mumio quitó a Metelo de las manos a Corinto; pero lo que hemos dicho de Nicias fué del todo extraño e indisculpable. Porque no cedió al enemigo una ambición y un mando rodeados de esperanzas y de facilidad, sino que, viendo el gran peligro de aquella expedición, por ponerse a sí mismo en seguridad, miró con abandono los intereses de la república. No así Temístocles, que para que en la guerra Médica no mandase un hombre ruin y sin talentos y perdiese la ciudad, a costa de su dinero le hizo desistir de la empresa; ni Catón (1), que, previendo que el tribuna-  
do de la plebe había de dar mucho en que entender y acarnear peligros, por lo mismo, en ser-

---

(1) El de *Utica*.

vicio de la república, se presentó a pedirlo. Mas Nicias, conservando el generalato mientras se trató de Minoa, de Citera y de los infelices Melios, cuando tuvo recelo de haber de contender con los Lacedaemonios, desnudándose de la púrpura, y entregando a la impericia y temeridad de Cleón las naves, el ejército, las armas y un mando que requería una consumada inteligencia, no fué de su gloria de lo que hizo entrega, sino de la seguridad y salud de la patria. Por lo mismo, cuando después tuvo que hacer la guerra a los Siracusanos contra toda su voluntad y sus deseos, pareció que quería privar a la ciudad de la adquisición de Sicilia, no por reflexión de lo que convenía y debía hacerse, sino por desidia y flojedad suya. Lo que en él arguye mucha rectitud es el que nunca dejasen de nombrarle general como el más inteligente y más capaz, a pesar de la oposición y resistencia que oponía, mientras que cuando Craso, que siempre se andaba presentando para aspirar al generalato, no tuvo la dicha de alcanzarle sino para la guerra servil; y eso por necesidad, a causa de estar ausentes Pompeyo, Metelo y los dos Lúculos: sin embargo de que aquella era la época de su mayor autoridad y poder; y es que, según parece, aun sus más apasionados le reputaban, según el cómico,

Hombre útil y apto para todo,  
fuera del ejercicio de las armas;

cosa que no les estuvo bien a los Romanos, a

quienets hicieron violencia su avaricia y su ambición. Porque los Atenienses enviaron a la guerra, contra su voluntad, a Nicias; y Craso llevó forzados a los Romanos; viniendo por éste la república a grandes infortunios, y por la república aquél.

IV.—Mas acerca de estos sucesos, si bien Nicias merece alabanzas, no hay razón para reprender a Craso, porque aquél, haciendo uso de su experiencia y acreditándose de general prudente, no se dejó seducir de las esperanzas de sus ciudadanos, sino que conoció la imposibilidad y desconfió de que se tomara la Sicilia, y éste padeció equivocación en tomar sobre sí, como una cosa fácil, la guerra Pártica; pero sus miras eran grandes. Vencedor César de las naciones de Occidente, de los Galos, de los Germanos y de la Bretaña, él concibió el proyecto de encaminarse al Oriente y al mar de la India y sojuzgar al Asia; en lo que ya había puesto mano Pompeyo y había trabajado Lúculo, hombres para todos apreciables y de gran juicio, a pesar de que habían intentado lo mismo que Craso y se habían propuesto los mismos fines. Y sin embargo de que dado el mando a Pompeyo, el Senado lo repugnó, y de que habiendo César derrotado a trescientos mil germanos, fué Catón de dictamen de que aquél fuera entregado a los vencidos para que recayera sobre él la ira del cielo por el quebrantamiento de la paz, el pueblo, no haciendo cuenta de Catón, ofreció sacrificios de victoria por quince

días seguidos, y se mostró muy contento. ¿Pues qué habría hecho, y por cuántos días habría sacrificado, si Craso hubiera escrito desde Babilonia que era vencedor, y yendo de allí más adelante, hubiera puesto la Media, la Perside, la Hircania, a Susa y a Bactra en el número de las provincias romanas? Porque si, según Eurípides, tienen que ser injustos los que no pueden estarse quietos ni saben gozar de lo presente, no ha de ser para arrasar a Escandia o a Mendes, ni para cazar a los Eginetas, que, como las aves, abandonan su territorio y se refugian en otro país, sino que se ha de tener en mucho el ser injustos, y no con ligero motivo se ha de faltar a la justicia como si fuera una cosa pequeña y despreciable; por eso, los que celebran la expedición de Alejandro y reprenden la de Craso, juzgan desacertadamente mirando sólo al éxito que tuvieron.

V.—En las expediciones mismas hubo de Nicias hazañas y rasgos muy generosos: porque en muchas batallas venció a los enemigos y estuvo en muy poco el que tomase a Siracusa; y si hubo faltas, no fueron suyas, sino que provinieron de su enfermedad y de los enemigos que en Atenas tenía; siendo así que Craso, por el gran número de sus yerros, ni siquiera dió lugar a que pudiera mostrarse en su favor la fortuna; de manera que es preciso admirarse de que fuese tal su torpeza, que ella sola venciera la buena suerte de Roma, y no el poder de los Partos. En orden a que, no despreciando el uno nada de cuanto per-

tenece a la adivinación, y mirándolo todo el otro con indiferencia, ambos, sin embargo, hubiesen tenido desgraciado fin, en esto el juicio es venturado y difícil; bien que merece más disculpa el que peca por sobra de precaución, siguiendo la costumbre y la opinión recibida, que no el que por temeridad se aparta de la ley. En el modo de acabar sus días hay menos que vituperar en Craso, que no se entregó, no sufrió prisiones ni afrentas, sino que se resignó con los ruegos de los suyos y fué víctima de la traición de los enemigos, mientras que Nicias, con la esperanza de una salud torpe y vergonzosa, sufrió caer en manos de los enemigos, haciendo así más ignominiosa su muerte.

---

## SERTORIO

---

I.—No es maravilla quizá que en un tiempo indeterminado, inclinándose ora a una parte y ora a otra la fortuna, los acontecimientos vuelvan a repetirse muchas veces con las mismas circunstancias. Porque si hay una muchedumbre infinita de accidentes, la fortuna tiene un poderoso artífice de la semejanza de los sucesos en lo indefinido de la materia, y si los acontecimientos están contraídos a un número prefijado, es necesario también que muchas veces los mismos efectos sean producidos por las mismas causas. Hay algunos, por tanto, que, complaciéndose en cotejar lo que han leído u oído de esta clase de accidentes, forman una colección de los que parecen hechos de intento y con meditado discurso, como, por ejemplo, que habiendo habido dos Atis, personajes ilustres, el uno Siro y el otro Arcade, ambos fueron muertos por jabalíes. De dos Acteones, el uno fué despedazado por sus perros, y el otro, por sus amadores. De dos Escipiones, por el uno fueron primero vencidos los Cartagineses, y por el otro fueron después arruinados del todo. Troya fué tomada por Hér-

cules, a causa de los caballos de Laomendonte; por Agamenón, mediante el caballo llamado de madera, y tercera vez, por Caridemo, a causa del accidente de haberse caído un caballo en las puertas y no haber podido los Troyanos cerrarlas prontamente. De dos ciudades que tienen nombres de dos plantas de suavísimo olor, Ios y Esmirna, en la una se dice haber nacido el poeta Homero y haber muerto en la otra. Ea, pues, añadamos a estos acasos el que entre los grandes generales, los más guerreros y que más grandes cosas acabaron por la astucia y la sagacidad todos fueron tuertos: Filippo, Antígono, Aníbal y este de quien ahora escribimos, Sertorio; el cual se hallará haber sido más contenido que Filippo en el trato con mujeres, más fiel que Antígono con sus amigos, más humano que Aníbal con los contrarios, y que, no habiendo sido inferior a ninguno en la prudencia, fué muy inferior a todos en la fortuna, la que siempre le fué más adversa que sus más poderosos enemigos, y, sin embargo, desterrado y extranjero, nombrado caudillo de unos bárbaros, fué digno competidor de la pericia de Metelo, de la osadía de Pompeyo, de la fortuna de Sila y de todo el poder de los Romanos. A éste, el que encontramos más semejante entre los Griegos es el Cardiano Eumenes: ambos eran nacidos para mandar ejércitos; ambos eran fecundos en estratagemas; ambos, arrojados de su país, fueron caudillos de gentes extrañas, y a ambos, finalmente, fué en su muerte muy dura y violenta la fortuna, porque



perecieron traidoramente a manos de aquellos mismos con quienes habían vencido a los enemigos.

II.—Nació Quinto Sertorio en la ciudad de Nursia, país de los Sabinos, de obscuro linaje. Criado con esmero por su madre, viuda, habiendo quedado huérfano de padre, parece que fué con extremo amante de aquélla, de la cual se dice haber tenido por nombre el de Rea. Ejercitóse en las causas con bastante aplauso, y siendo aún joven, llegó, según es fama, a adquirir cierto poder en Roma por su elegancia en el decir; pero su sobresaliente mérito y sus hazañas en la milicia llamaron hacia esta parte su ambición.

III.—En primer lugar, cuando los Cimbrós y los Teutones invadieron la Galia, militó con Cépion, y habiendo los Romanos peleado débilmente y entregádose a la fuga, no obstante haber perdido su caballo y hallarse herido, pasó el Ródano a nado, costándole mucho el vencer, embarazado con la coraza y el escudo, la contraria corriente: ¡tan fuerte y robusto era su cuerpo, y tan sufridor del trabajo en fuerza del ejercicio! En segundo lugar, cargando aquéllos con numerosísimo ejército y terribles amenazas, de manera que se reputaba por cosa extraordinaria que un Romano se mantuviera en formación y obedeciera al general, fué enviado por Mario en observación de los enemigos. Vistióse el traje de los Galos, y aprendiendo lo más común del idioma para poder contestar oportunamente, se metió entre los bárbaros; de donde, habiendo visto por sí unas co-

sas y preguntado otras a los que tenía a mano, regresó al campamento. Concediósele entonces el prez del valor, y habiendo dado durante toda la expedición muchas pruebas de prudencia y de arrojo, adquirió fama y se ganó la confianza del general. Después de esta guerra de los Cimbro y Teutones fué enviado a España de tribuno con el pretor Didio, y se hallaba en cuarteles de invierno en Cazlona, ciudad de los Celtíberos. Sucedió que, insolentes los soldados con la abundancia, y dados a la embriaguez, incurrieron en el desprecio de los bárbaros, los cuales enviaron a llamar a sus vecinos de Orisia; éstos, yendo de casa en casa, acabaron con ellos; pudo, sin embargo, Sertorio evadirse con unos pocos, y recogiendo a otros que también huían, dió la vuelta en rededor a la ciudad, y hallando abierta la puerta por donde los bárbaros habían entrado secretamente, no cayó en el error de éstos, sino que, poniendo guardias y tomando todas las avenidas, dió muerte a todos los que estaban en edad de llevar armas. Ejecutado esto, mandó a todos los soldados que dejaran sus propias armas y vestidos, y adornándose con los de los bárbaros, le siguieran a la otra ciudad, de donde salieron los que en la noche los habían sorprendido. Con la vista de las armas logró que estos otros se engañaran, y hallando abierta la puerta, se le vieron a las manos gran número de habitantes, que creían salir a recibir a sus amigos y conciudadanos, que volvían después de conseguido su

intento; así fué que muchos recibieron la muerte en la misma puerta, y otros que se entregaron fueron vendidos como esclavos.

IV.—Hízose con esto Sertorio muy celebrado en España; apenas volvió a Roma, fué nombrado cuestor de la Galia Cispadrana, en ocasión de urgencia; amenazando, en efecto, la guerra Mársica, se le dió el encargo de levantar tropas y de reunir armas, y como hubiese puesto mano a la obra con una diligencia y prontitud muy diferente de la pesadez y delicadeza de los demás jóvenes, adquirió fama de hombre activo y eficaz. Mas no por haber sido promovido a la dignidad de caudillo aflojó en el denuedo militar, sino que, ejecutando brillantes hazañas, y arrojándose sin tener cuenta de su persona a los peligros, quedó privado de un ojo, habiéndosele sacado en un encuentro. De esta pérdida hizo después vanidad toda la vida, diciendo que los demás no llevaban siempre consigo el testimonio de los premios alcanzados, siéndoles forzoso dejar los collares, las lanzas y las coronas, cuando él tenía siempre consigo las señales de su valor; y los que eran espectadores de su infortunio, lo eran al mismo tiempo de su virtud. Tributóle también el pueblo el honor que le era debido: porque al verle entrar en el teatro le recibieron con aplausos y con expresiones de elogio, distinción de que con dificultad gozaban aun los más provecos en edad y más recomendados por sus méritos. Pidió el tribunado de la plebe; pero, oponiéndoseles la fac-

ción de Sila, quedó desairado; por lo que parece fué desde entonces enemigo de éste. Después, cuando Mario, vencido por Sila, tuvo que huir, y éste se ausentó para hacer la guerra a Mitridates, como uno de los cónsules, Octavio, mantuviese el partido de Sila, y Cina, que aspiraba a cosas nuevas, tratase de suscitar la facción vencida de Mario, arrimóse a éste Sertorio; y más viendo que el mismo Octavio estaba fluctuante y solo no se atrevía a fiarse de los amigos de Mario. Trabóse una acción reñida en la plaza entre ambos cónsules, en la que quedó vencedor Octavio, y Cina y Sertorio, que habían perdido poco menos de diez mil hombres, huyeron; pero como hubiesen podido reunir con sus persuasiones la mayor parte de las tropas esparcidas por la Italia, volvieron muy pronto en estado de poder medir las armas con Octavio.

V.—Habiendo regresado Mario del Africa, y puéstose a las órdenes de Cina, como correspondía lo hiciese un particular respecto de un cónsul, los demás eran de opinión de que convenía recibirle; pero Sertorio se opuso, bien fuera por creer que Cina le atendería menos luego que tuviese cerca de sí a un militar de más nombre, o bien por la dureza de Mario, no fuera que lo echara todo a perder, abandonándose a una ira que pasaba todos los términos de lo justo cuando quedaba superior. Decía, pues, que era muy poco lo que les quedaba que hacer hallándose ya vencedores, y que si recibían a Mario, éste se arrogaría toda la gloria

y todo el poder, siendo hombre desabrido y muy poco de fiar para la comunión de mando. Respondióle Cina que discurría con acierto; pero que él estaba entre avergonzado y dudoso para alejar a Mario, a quien él mismo había llamado a tener parte en la empresa; a lo que le repuso Sertorio: "Pues yo, en el concepto de que Mario había venido a Italia por impulso propio, reflexionaba sobre el partido que convendría tomar; pero tú no has debido conferenciar sobre este negocio, cuando llega el que tú deseabas que viniese, sino admitirle y valerte de él, pues que la palabra empeñada no debe dejar lugar a reflexiones." Resolvióse, por tanto, Cina a llamar a Mario, y habiendo repartido las tropas en tres divisiones, las mandaron los tres. Terminóse la guerra; y entregados Cina y Mario a toda crueldad e injusticia, tanto que a los Romanos les parecían ya oro los males de la guerra, se dice que sólo Sertorio no quitó a nadie la vida, por aversión, ni se ensoberbeció con la victoria, sino que antes se mostró irritado de la conducta de Mario; y hablando a solas a Cina e intercediendo con él, logró ablandarlo. Finalmente, como a los esclavos que tuvo Mario por camaradas en la guerra, y de quienes se valió después como ministros de tiranía, les hubiese dado éste más soltura y poder de lo que convenía, concediéndoles o mandándoles unas cosas, y propagándose ellos a otras con la mayor injusticia, dando muerte a sus amos, solicitando a sus amas y usando de toda violencia con los hijos, no pudo

Sertorio llevarlo en paciencia, y hallándose reunidos en un mismo campamento, los hizo asaetar a todos, que no bajaban de cuatro mil.

VI.—Falleció luego Mario; Cina fué muerto de allí a poco, y Mario el joven se arrogó, contra la voluntad de Sertorio y con quebrantamiento de las leyes, el consulado; las Carbones, los Norbanos y los Escipiones hacían tibiamente la guerra a Sila, que llegaba; perdíanse unas cosas por cobardía y desidia de los generales, y otras por traición se malograban. En este estado era inútil su presencia para unos negocios enteramente desesperados, por el poco tino de los que tenían en sus manos el poder. Por colmo de desorden, Sila, que tenía su campo al frente del de Escipión y hacía correr la voz de que se gozaría de paz, corrompió el ejército, y aunque Sertorio se lo previno y advirtió a Escipión, no pudo hacérselo entender. Entonces, pues, dando por enteramente perdida la ciudad, partió para España, con la mira de anticiparse a ocupar en ella el mando y la autoridad, y preparar allí un refugio a los amigos desgraciados. Sobrecogióle malos temporales en países montañosos, y tuvo que comprar de los bárbaros, a costa de subsidios y exacciones, que le dejaran continuar el camino. Incomodábanse los suyos y le decían no ser digno de un procónsul romano pagar tributo a unos bárbaros despreciables; mas él, no poniendo la atención en lo que a éstos les parecía una vergüenza. “Lo que compro—les respondió—es la ocasión, que es lo que más suele escasear a los

que intentan cosas grandes;" así continuó ganando a los bárbaros con dádivas, y apresurándose, ocupó la España. Halló en ella una juventud floreciente en el número y en la edad; pero como la viese mal dispuesta a sujetarse a toda especie de mando, a causa de la codicia y malos tratamientos de los Pretores que les habían cabido, con la afabilidad se atrajo a los más principales, y con el alivio de los tributos a la muchedumbre; pero con lo que principalmente se hizo estimar fué con librarlos de las molestias de los alojamientos. Obligó, en efecto, a los soldados a armarse barracas en los arrabales de los pueblos, siendo él el primero que se hospedaba en ellas. Mas, sin embargo, no se debió todo a la benevolencia de los bárbaros, sino que, habiendo armado de los Romanos allí domiciliados a los que estaban en edad de tomar las armas, y habiendo construído naves y máquinas de todas especies, de este modo tuvo sujetas a las ciudades, siendo benigno cuando se disfrutaba de paz y apareciendo temible a los enemigos con sus prevenciones de guerra.

VII.—Habiéndole llegado noticia de que Sila dominaba en Roma, y la facción de Mario y Carbón había sido aruinada, al punto receló que el ejército vencedor iba a venir contra él con algunos de los caudillos, y se propuso cerrar el paso de los montes Pirineos por medio de Julio Salinator, que mandaba seis mil infantes. Fué, en efecto, enviado de allí a poco por Sila Cayo Anio, el cual, viendo que la posición de Julio era inexpugnable, se quedó en la falda, sin saber qué hacerse; pero habiendo muerto a

traición a Julio un tal Caepurnio, dicho por sobrenombre Lanario, y abandonando los soldados las cumbres del Pirineo, seguía su marcha Anio con grandes fuerzas, arrollando los obstáculos. Considerábase Sertorio muy desigual, y retirándose con tres mil hombres a Cartagena, allí se embarcó, y atravesando el Mediterráneo, aportó al Africa por la parte de la Mauritania. Sorprendieron los bárbaros a sus soldados, mientras, sin haber puesto centinelas, se proveían de agua, y habiendo perdido bastante gente, se dirigía otra vez a España; vióse, no obstante, apartado de ella, por haber tenido la desgracia de dar con unos piratas de Cilicia, y arribó a la isla Pitiusa, donde desembarcó, habiendo desalojado la guarnición que allí tenía Anio. Acudió éste bien pronto con gran número de naves y cinco mil hombres de infantería; Sertorio se preparaba a pelear con él en combate naval, aunque sus buques eran de poca resistencia, y dispuestos más bien para la ligereza que para la fuerza; pero, alborotado el mar con un violento céfiro, perdió la mayor parte de ellos, estrellados en las rocas por su falta de peso, y con sólo unos pocos, arrojado del mar por la tempestad y de la tierra por los enemigos, anduvo fluctuando por espacio de diez días; y luchando contra las olas y contra tan deshecha borrasca, se vió en mil apuros para no perecer.

VIII.—Habiendo por fin cedido el viento, aportó a unas islas, entre sí muy próximas, desprovistas de agua, de las que hubo de partir; y pasando por el estrecho Gaditano, dobló a la derecha y tocó en la



parte exterior de España, poco más arriba de la embocadura del Betis, que desagua en el mar Atlántico, dando nombre a la parte que baña de esta región. Diéronle allí noticia unos marineros, con quienes habló de ciertas islas del Atlántico, de las que entonces venían. Estas son dos, separadas por un breve estrecho, las cuales distan del Africa diez mil estadios, y se llaman Afortunadas. Las lluvias en ellas son moderadas y raras, pero los vientos, apacibles y provistos de rocío, hacen que aquella tierra, muelle y crasa, no sólo se preste al arado y a las plantaciones, sino que espontáneamente produzca frutos que por su abundancia y buen sabor basten a alimentar sin trabajo y afán a aquel pueblo descansado. Un aire sano, por el que las estaciones casi se confunden, sin que haya sensibles mudanzas, es el que reina en aquellas islas, pues los cierzos y solanos que soplan de la parte de tierra, difundiéndose por la distancia de donde vienen en un vasto espacio, van decayendo y pierden su fuerza; y los del mar, el ábrego y el céfiro, siendo portadores de lluvias suaves y escasas, por lo común, con una serenidad humectante, es con la que refrigeran y con la que mantienen las plantas; de manera que hasta entre aquellos bárbaros es opinión, que corre muy válida, haber estado allí los campos Elíseos, aquella mansión de los bienaventurados que tanto celebró Hémero.

IX.—Engendró esta relación en Sertorio un vivo deseo de habitar aquellas islas y vivir con

sosiego, libre de la tiranía y de toda guerra; pero habiéndolo entendido los de la Cilicia, que ninguna codicia tenían de paz y de quietud, sino de riqueza y de despojos, le dejaron con su deseos, y se dirigieron al Africa para restituir a Ascalis, hijo de Ifta, al trono de la Mauritania. No pudo tampoco contenerse Sertorio, sino que resolvió ir en auxilio de los que peleaban contra Ascalis, para que sus tropas, concibiendo nuevas esperanzas, y teniendo ocasión de nuevas hazañas, no se le desbandasen por la falta de recursos. Habiendo sido su llegada de gran placer para los Mauritanos, puso mano a la obra, y vencido Ascalis, le puso sitio. Sila, en tanto, envió en socorro de éste a Paciano, con las correspondientes fuerzas; mas habiendo venido Sertorio a batalla con él, le dió muerte, y quedando vencedor, agregó a las suyas estas tropas, poniendo después cerco a la ciudad de Tingis, adonde Ascalis se había retirado con sus hermanos. Dicen los Tingitanos que está allí enterrado Anteo, y Sertorio hizo abrir su sepulcro, no queriendo dar crédito a aquellos bárbaros, a causa de su desmedida grandeza; pero visto el cadáver, que tenía de largo, según se cuenta, sesenta codos, se quedó pasmado, y sacrificando víctimas volvió a cerrar la sepultura, habiéndole dado con esto mayor honor y fama. Añaden los Tingitanos a esta fábula que, muerto Anteo, su mujer, Tingis, se ayuntó con Hércules, y habiendo tenido en hijo a Sofazes, reinó éste en el país y puso a la ciudad el nom-

bre de la madre, y que de este Sofazes fué hijo Diodoro, a quien obedecieron muchas gentes del Africa, por tener a sus órdenes un ejército griego, compuesto de los que fueron allí trasladados por Hércules de Olbia y de Micenas. Mas todo esto sea dicho en honor de Juba, el mejor historiador entrè los reyes, por cuanto se dice que su linaje traía origen de Diodoro y Sofazes. Sertorio, aunque logró triunfar de todos, en nada ofendió a los que le suplicaron y se pusieron en sus manos, sino que les restituyó los bienes, las ciudades y el gobierno, recibiendo sólo lo que buenamente había menester, y aun esto por pura dádiva.

X.—Meditaba adónde se dirigiría desde allí, cuando le llamaron los Lusitanos, brindándole, por medio de embajadores, con el mando; pues hallándose faltos de un general de opinión y de experiencia, que pudieran oponer al temor que los Romanos les inspiraban, en éste sólo tenían confianza, por haber sabido de los que le habían tratado cuál era su índole; pues se dice que Sertorio no se dejaba dominar ni del deleite ni del miedo, siendo por naturaleza inalterable en los peligros y moderado en la prosperidad; que trabado el combate, no fué inferior en arrojo a ninguno de los generales de su tiempo, y que, cuando en la guerra se trataba de merodear y hacer presa, de ocupar puestos ventajosos o de meterse por entre los enemigos, necesitándose para ello de dolos y de engaños, era en tales casos de los más sa-

gaces y astutés. En premiar los servicios usaba de largueza y magnificencia, siendo benigno en castigar las faltas; sin embargo, lo ejecutado cruel y sañudamente con los rehenes hacia el fin de sus días, parece que descubre que su carácter no era el de la mansedumbre, sino que por reflexión lo sabía comprimir, cediendo a la necesidad. Por lo que hace a mí, nunca creeré que una virtud decidida y bien cimentada en la razón pueda por ningún caso de fortuna degenerar en el vicio opuesto; mas, con todo, no considero imposible que los mejores propósitos, y los caracteres más formados a la virtud, hagan mudanza en sus costumbres por desgracias y calamidades injustamente padecidas; y fué lo que me parece le sucedió a Sertorio, que, cuando se vió abandonado de la fortuna, irritado por los mismos acontecimientos, se hizo cruel contra los que le ofendían.

XI.—Como le llamasen, pues, los Lusitanos, abandonó el Africa, y poniéndose al frente de ellos, constituido su general con absoluto imperio, sujetó a su obediencia aquella parte de la España, uniéndosele los más voluntariamente, a causa, en la mayor parte, de su dulzura y actividad, aunque también usó de artificios para engañarlos y embaucarlos; el más señalado entre todos fué el de la cierva, que dispuso de esta manera. Uno de aquellos naturales, llamado Espano, que vivía en el campo, se encontró con una cierva recién parida que huía de los cazadores; y a ésta la dejó ir; pero a la cervatilla, maravi-

llado de su color, porque era toda blanca, la persiguió y la alcanzó. Hallábase casualmente Sertorio acampado en las inmediaciones, y como recibiese con afabilidad a los que le llevaban algún presente, bien fuese de caza, o de los frutos del campo, recompensando con largueza a los que así le hacían obsequio, se le presentó también éste para regalarle la cervatilla. Admitiéndola, y al principio no fué grande el placer que manifestó; pero con el tiempo, habiéndose hecho tan mansa y dócil, que acudía cuando la llamaba, y le seguía a doquiera que iba, sin espantarse del tropel y ruido militar, poco a poco la fué divinizando, digámoslo así, haciendo creer que aquella cierva había sido un presente de Diana, y esparciendo la voz de que le revelaba las cosas ocultas, por saber que los bárbaros son naturalmente muy inclinados a la superstición. Para acreditarlo más, se valía de este medio: cuando reservada y secretamente llegaba a entender que los enemigos iban a invadir su territorio, o trataban de separar de su obediencia a una ciudad, fingía que la cierva le había hablado en las horas del sueño, previniéndole que tuviera las tropas a punto. Por otra parte, si se le daba aviso de que alguno de sus generales había alcanzado una victoria, ocultaba al que lo había traído, y presentaba a la cierva coronada como anunciadora de buenas nuevas, excitándolos a mostrarse alegres y a sacrificar a los Dioses, porque en breve había de llegar una fausta noticia.

XII.—Después que los hubo hecho tan dóciles, los tenía dispuestos para todo, estando persuadidos de que no eran mandados por el designio de un hombre extranjero, sino por un Dios; dando además los hechos mismos testimonio de que su poder se había aumentado fuera de lo que podía pensarse, porque con sólo haber reunido cuatro mil broqueleros y setecientos caballos de los Lusitanos, con dos mil y seiscientos a quienes llamaban Romanos, y con unos setecientos Africanos que se le habían agregado, siguiéndole desde aquella región, hacía la guerra a cuatro generales romanos, que tenían a sus órdenes ciento veinte mil infantes, seis mil hombres de caballería, dos mil entre arqueros y honderos y un grandísimo número de ciudades: cuando él, al principio, no tuvo entre todas más de veinte; y sin embargo de haber empezado con tan escasas y apocadas fuerzas, no sólo sujetó a numerosos pueblos y tomó muchas ciudades, sino que, de los generales contrarios, a Cota lo venció en combate naval cerca del puerto de Melaria, y a Fufidio, prefecto de la Bética, lo derrotó a las orillas del Betis, matándole doscientos Romanos. Venció, asimismo, por medio de su cuestor, a Domicio Calvisio, procónsul que era de la otra España, y dió muerte a Toranio, otro de los generales que Metelo había enviado con fuerzas contra él; aun al mismo Metelo, varón de los primeros y más acreditados de su edad, habiéndose aprovechado de los no pequeños yerros que éste cometió, le puso en tanto aprieto, que fué pre-

ciso que Lucio Maulio viniera desde la Galia Narbonense en su socorro, y que de Roma misma fuera enviado Pompeyo Magno con considerables fuerzas. Porque Metelo no sabía qué hacerse con un hombre arrojado, que huía de toda batalla campal, y usaba de todo género de estratagemas por la prontitud y ligereza de la tropa española; cuando él no estaba ejercitado sino en combates reglados y en riguroso orden, y sólo sabía mandar tropas apiñadas, que, combatiendo a pie firme, estaban acostumbradas a rechazar y destrozar a los enemigos que venían con ellas a las manos; pero no a trepar por los montes, siguiendo el alcance de sus incansables fugas a unos hombres veloces como el viento, ni a tolerar como ellos el hambre y un género de vida en la que para nada echaban de menos el fuego ni las tiendas.

XIII.—Además de esto, Metelo, que era ya hombre de bastante edad, después de muchos y peligrosos combates, había empezado a tratarse con más delicadeza y regalo que antes, y se las había con Sertorio, lleno de vigor y robustez, y que tenía muy ejercitadas las fuerzas, la ligereza y la frugalidad. Porque ni aun en el mayor ocio se dió jamás al vino, y se había acostumbrado a tolerar grandes fatigas, largas marchas y frecuentes vigili-  
as, bastándole para todo esto escasos y groseros alimentos. Entreteníase siempre, cuando estaba desocupado, en andar por el campo y en cazar, ensayando el modo de libertarse con la fuga, y cómo envolver al enemigo siguiendo un alcance; y

así, había adquirido conocimiento de los lugares inaccesibles y de los que daban franco paso. Por tanto, sucediendo, por lo común, que el que quiere evitar batalla padece lo mismo que el que es vencido, para éste el huír era como si él persiguiese; porque cortaba a los que iban a tomar agua, interceptaba los víveres; si el enemigo quería marchar, le impedía el paso; cuando iba a acamparse, no le dejaba sosiego, y cuando quería sitiarse aparecía él y le sitiaba por hambre, tanto, que los soldados llegaron a aburrirse; y como Sertorio provocase a Metelo a un desafío, empezaron a gritar, incitándole a que peleara general contra general, Romano contra Romano; cuando vieron que no lo admitía, le insultaron, pero él se rió de ellos, e hizo muy bien: pues, como dice Teofastro, un general debe hacer muerte de general y no de un miserable soldado. Viendo, pues, Metelo que los de Lacobriga estaban muy de parte de Sertorio, y que sería fácil tomarlos por la sed, a causa de que dentro de la ciudad no había más que un solo pozo, y entraba en su proyecto apoderarse de las fuentes y arroyos que había de murallas afuera, marchó contra este pueblo, persuadido de que el sitio sería cosa de dos días, faltándoles el agua; así, a sus soldados les dió orden de que sólo tomaran provisiones para cinco días. Mas Sertorio, acudiendo al punto en su auxilio, dispuso que se llenaran de agua dos mil odres, señalando por cada una una gruesa cantidad de dinero; y habiéndose presentado al efecto muchos Españólos y muchos



Mauritanos, escogió a los más robustos y más ligeros, y los envió por la montaña, con orden de que, cuando entregaran los odres en la ciudad, sacaran a la gente inútil, para que con aquel reposito de agua tuvieran bastante los defensores. Llegó esta disposición a oídos de Metelo, y le fué de mucho desagrado, porque ya los soldados casi habían consumido los víveres, y tuvo que enviar, para que hiciese un nuevo acopio, a Aquilio, que mandaba seis mil hombres. Entiéndelo Sertorio, y adelantándose a tomar el camino, cuando ya Aquilio volvía, hace salir contra él tres mil hombres de un barranco sombrío; y acometiendo él mismo de frente, le derrota, y da muerte a unos y toma a otros cautivos. Metelo, cuando vió que Aquilio volvía sin armas y sin caballo, tuvo que retirarse ignominiosamente, escarnecido de los Españoles.

XIV.—Por estas hazañas miraban a Sertorio con grande amor aquellos bárbaros, y también porque, acostumbrándolos a las armas, a la formación y al orden de la milicia romana, y quitando de sus incursiones el aire furioso y terrible, había reducido sus fuerzas a la forma de un ejército, de grandes cuadrillas de bandoleros que antes parecían. Además de esto, no perdonando gastos, les adornaba con oro y plata los cascos, les pintaba con distintos colores los escudos, enseñábales a usar de mantos y túnicas brillantes, y, fomentando por este medio su vanidad, se ganaba su afición. Mas lo que principalmente les cautivó la voluntad fué la disposición que tomó con los

jóvenes; porque reuniendo en Huesca, ciudad grande y populosa, a los hijos de los más principales e ilustres entre aquellas gentes, y poniéndoles maestros de todas las ciencias y profesiones griegas y romanas, en la realidad los tomaba en rehenes, pero en la apariencia los instruía, para que, en llegando a la edad varonil, participasen del gobierno y de la magistratura. Los padres, en tanto, estaban sumamente contentos viendo a sus hijos ir a las escuelas muy engalanados y vestidos de púrpura, y que Sertorio pagaba por ellos los honorarios, los examinaba por sí muchas veces, les distribuía premios y les regalaba aquellos collares que los Romanos llaman bulas. Siendo costumbre entre los Españoles que los que hacían formación aparte con el general perecieran con él si venía a morir, a lo que aquellos bárbaros llamaban consagración; al lado de los demás generales sólo se ponían algunos de sus asistentes y de sus amigos; pero a Sertorio le seguían muchos millares de hombres, resueltos a hacer por él esta especie de consagración. Así, se refiere que, en ocasión de retirarse a una ciudad, teniendo ya a los enemigos cerca, los Españoles, olvidados de sí mismos, salvaron a Sertorio, tomándolo sobre los hombros y pasándolo así de uno a otro, hasta ponerlo encima de los muros, y luego que tuvieron en seguridad a su general, cada uno de ellos se entregó a la fuga.

XV.—Ni eran solos los Españoles a quererle por su caudillo, sino que este mismo deseo tenían

los soldados venidos de la Italia. Llegó, pues, también a España, con grandes caudales y mucha gente, Perpéna Ventón, del mismo partido que Sertorio, con ánimo de hacer de por sí la guerra a Metelo; pero los soldados empezaron a indisponerse, y haciendo frecuente conversación de Sertorio, pensaban ya en abandonar a Perpéna, de quien decían que estaba muy hinchado con su linaje y su riqueza: así, cuando ya se supo que Pompeyo pasaba los Pirineos, tomaron los soldados las armas y las insignias de las legiones y gritaron a Perpéna para que los condujese al campo de Sertorio, amenazándole que de lo contrario le dejarían por ir en busca de un hombre que podía salvarse y salvarlos; y Perpéna tuvo que condescender con sus ruegos, y marchando al frente de ellos, juntó con las de Sertorio sus tropas, que consistían en cincuenta y tres cohortes.

XVI.—Abrazaban el partido de Sertorio todos los de la parte acá del Ebro, con lo cual el número era poderoso, porque de todas partes acudían y se le presentaban gentes; pero, mortificado con el desorden y la temeridad de aquella turba, que clamaba por venir a las manos con los enemigos, sin poder sufrir la dilación, trató de calmarla y sosegarla por medio de la reflexión y del discurso. Mas cuando vió que no cedían, sino que insistían tenazmente, no hizo por entonces caso de ellos, y los dejó que fueran a estrellarse con los enemigos, con la esperanza de que, no siendo

del todo deshechos, sino hasta cierto punto escarmentados, con esto los tendría en adelante más sujetos y obedientes. Sucedió lo que pensaba, y marchando entonces en su socorro, los sostuvo en la fuga, y los restituyó con seguridad al campamento. Queriendo luego curarlos del desaliento, los convocó a todos al cabo de pocos días a junta general, en la que hizo presentar dos caballos, el uno sumamente flaco y viejo, y el otro fuerte y lozano, con una cola muy hermosa y muy poblada de cerdas. Al lado del flaco se puso un hombre robusto y de mucha fuerza, y al lado del lozano otro hombre pequeño y de figura despreciable. A cierta señal, el hombre robusto tiró con entrambas manos de la cola del caballo como para arrancarla, y el otro pequeño, una a una, fué arrancando las cerdas del caballo brioso. Como al cabo de tiempo el uno se hubiese afanado mucho en vano, y hubiese sido ocasión de risa a los espectadores, teniendo que darse por vencido mientras que el otro mostró limpia la cola de cerdas en breve tiempo y sin trabajo, levantándose Sertorio: "Ved ahí—les dijo—, oh camaradas, cómo la paciencia puede más que la fuerza; cómo cosas que no pueden acabarse juntas, ceden y se acaban poco a poco; nada resiste a la asiduidad, con la que el tiempo, en su curso, destruye y consume todo poder, siendo un excelente auxiliador de los que saben aprovechar la ocasión que les presenta e irreconciliable enemigo de los que fuera de sazón se precipitan." Inculcando continuamente Sertorio a

los bárbaros estas exhortaciones, los alentaba y disponía para esperar la oportunidad.

XVII.—Entre sus acciones de guerra no fué lo que menos admiración excitó lo ejecutado con los llamados Caracitanos. Este es un pueblo situado más allá del río Tajo, que no se compone de casas, como las ciudades o aldeas, sino que, en un monte de bastante extensión y altura, hay muchas cuevas y cavidades de rocas que miran al Norte. El país que la circunda produce un barro arcilloso y una tierra muy deleznable por su finura, incapaz de sostener a los que andan por ella, y que con tocarla ligeramente se deshace como la cal o la ceniza. Era, por tanto, imposible tomar por fuerza a estos bárbaros, porque cuando temían ser perseguidos, se retiraban con las presas que habían hecho a sus cuevas, y de allí no se movían. En ocasión, pues, en que Sertorio se retiraba de Metelo y había establecido su campo junto a aquel monte, le insultaron y despreciaron, mirándole como vencido; y él, bien fuese de cólera, o bien por no dar idea de que huía, al día siguiente, muy de mañana, movió con sus tropas, y fué a reconocer el sitio. Como por ninguna parte tenía subida, anduvo dando vueltas, haciéndoles vanas amenazas; mas en esto advirtió que de aquella tierra se levantaba mucho polvo y que por el viento era llevado a lo alto: porque, como hemos dicho, las cuevas estaban al Norte, y el viento que corre de aquella región, al que algunos llaman *Cecias*, es allí el que más domina y el más impetuoso de todos, so-

plando de países húmedos y de montes cargados de nieve. Estábase entonces en el rigor del verano, y fortificado el viento con el deshielo que en la parte septentrional se experimentaba, le tomaban con mucho gusto aquellos naturales, porque en el día los refrigeraba a ellos y a sus ganados. Háblalo discurrido así Sertorio, y se lo había oído también a los del contorno, por lo cual dió orden a los soldados de que, recogiendo aquella tierra suelta y cenicienta, la fueran acumulando en diferentes puntos delante del monte; y como creyesen los bárbaros que el objeto era formar trincheras contra ellos, lo tomaron a burla. Trabajaron en esto los soldados hasta la noche, hora en que se retiraron; pero por la mañana siguiente empezó desde luego a soplar una aura suave, que levantó lo más delgado de aquella tierra amontonada, esparciéndola a manera de humo, y después, arreiciándose el cecias con el Sol, y poniéndose ya en movimiento los montones, los soldados que se hallaban presentes los revolvían desde el suelo y ayudaban a que se levantase la tierra. Algunos corrían con los caballos arriba y abajo, y contribuían también a que la tierra se remontase en el aire, y a que, hecha un polvo todavía más delgado, fuese empujada por aquél hacia las casas de los bárbaros, que recibían el cierzo por la puerta. Estos, como las cuevas, no tenían otro respiradero qué aquel sobre el que se precipitaba el viento, quedaron muy luego ciegos, y además empezaron a ahogarse, respirando un aire incómodo y

cargado de polvo; por lo cual apenas pudieron aguantar dos días, y al tercero se entregaron; aumentando, no tanto el poder como la gloria de Sertorio, por verse que lo que no estaba sujeto a las armas lo alcanzaba con la sabiduría y el ingenio.

XVIII.—Mientras que hizo la guerra a Metelo, parecía que su buena suerte era en gran parte debida a la vejez y torpeza de éste, que no podía contrarrestar a un hombre osado, y caudillo más bien de una tropa de bandoleros que de un ejército ordenado; pero cuando, después de haber pasado Pompeyo los Pirineos, contrapuso al de éste su campo, y dieron uno y otro diferentes pruebas de toda la habilidad y pericia militar, y se vió que sobresalía Sertorio así en acometer como en saber guardarse, entonces enteramente fué declarado, aun en Roma mismo, como el más diestro para dirigir la guerra entre los generales de su edad. Y eso que no era vulgar la fama de Pompeyo, sino que estaba entonces en lo más florido de su gloria, de resulta de sus hazañas en el partido de Sila, por las que éste le apellidó *Magno*, que quiere decir grande, y mereció los honores del triunfo aun antes de salirle la barba. Por esta causa muchas de las ciudades sujetas a Sertorio, volviendo a aquél la vista, pensaban en mudanzas; pero abandonaron después este propósito por el suceso de Laurón, que salió muy al revés de lo que se esperaba. Teníalos sitiados Sertorio, y fué Pompeyo en su socorro con todas sus

fuerzas. Había un collado en la mejor situación, frente a la ciudad, y el uno por tomarle, y por impedirlo el otro, movieron ambos de sus campos. Adelantóse Sertorio, y Pompeyo entonces, acudiendo con su ejército, lo tuvo a gran ventura, porque creyó que iba a coger a Sertorio en medio de la ciudad y de sus tropas; y avisando a los Lauronitas, les dijo que tuvieran buen ánimo y salieran a las murallas a ver sitiado a Sertorio. Mas éste, cuando lo supo, se echó a reír, y “Ya le enseñaré yo—dijo—al discípulo de Sila—porque así llamaba por burla a Pompeyo—que el general debe mirar mucho en derredor, y no precisamente delante de sí;” y en seguida hizo advertir a los sitiados que había dejado seis mil infantes en el primer campamento de donde había salido para tomar el collado, a fin de que, cuando Pompeyo le acometiese, lo tomasen éstos por la espalda. Echólo tarde de ver Pompeyo; así, no se atrevió a combatir, temiendo ser cortado, ni tampoco se resolvió de vergüenza a retirarse y abandonar a los Lauronitas en aquel peligro; mas fuéle preciso estar presente y ser testigo de su perdición, pues aquellos bárbaros desmayaron, y se entregaron a Sertorio. No tocó éste a las personas: antes, los dejó ir libres; a la ciudad, en cambio, la abrasó, no por cólera o por crueldad, porque entre todos los generales parece que fué éste el que menos se dejó llevar de la ira, sino para afrenta y mengua de los que tanto admiraban a Pompeyo: pues correría la voz entre los



bárbaros de que, con estar presente, y casi calentarse al fuego de una ciudad aliada, no le dió socorro.

XIX.—Sufrió Sertorio bastantes derrotas, no obstante que en sí mismo y en los que con él peleaban se conservó siempre invicto, sino en las personas de otros generales suyos; pero aun era más admirado por el modo de reparar estos descalabros, que sus contrarios por la victoria, como sucedió en la batalla del Júcar con Pompeyo, y en la del Turia con el mismo y con Metelo. De la del Júcar se dice haberse dado acometiendo Pompeyo, para que Metelo no tuviese parte en la victoria. Sertorio quería también combatir con Pompeyo antes que se le uniese Metelo, y reuniendo su gente, se presentó a la pelea entrada ya la tarde, reflexionando que las tinieblas serían a los enemigos, extranjeros e ignorantes del terreno, un estorbo para huir, o para seguir el alcance. Trabada la batalla, hizo la casualidad que no estuviera él al principio opuesto a Pompeyo, sino a Afranio, que mandaba la izquierda, hallándose él colocado en su derecha; pero habiendo entendido que los que contendían con Pompeyo aflojaban y eran vencidos, encargó la derecha a otros de sus generales, y pasó corriendo a la parte vencida. Reunió y alentó a unos que ya se retiraban, y a otros que se mantenían en formación, y cargando de recio a Pompeyo, que perseguía a los primeros, le puso en desorden, y estuvo en muy poco que no pereziese, habiendo salido he-

rido y salvádose prodigiosamente; y fué que los Africanos que estaban al lado de Sertorio, cuando cogieron el caballo de Pompeyo engalanado con oro y adornado de preciosos arreos, al partirlos, altercaron entre sí y le dejaron escapar. Afranio, desde el momento que Sertorio partió en socorro de la otra ala, rechazó a los que tenía al frente, y los llevó hasta el campamento, en el que se precipitó con ellos, y empezó a saquearlo. Era ya de noche, y no sabía que Pompeyo había sido puesto en fuga, ni podía contener a los suyos en el pillaje. Vuelve en esto Sertorio, que por su parte había vencido, y sorprendiendo a los de Afranio, que se aturdieron por hallarse desordenados, hizo en ellos gran matanza. A la mañana temprano armó sus tropas, y bajó de nuevo a dar batalla; pero, noticioso de que Metelo estaba cerca, mudó de propósito, y se retiró al campamento, diciendo: "A fe que al mozuelo éste, si la vieja no hubiera llegado, le habría yo dado una zurra y lo habría enviado a Roma."

XX.—Andaba muy decaído de ánimo, a causa de que no parecía por ninguna parte la cierva, y se sentía falto de este artificio para con aquellos bárbaros, entonces más que nunca necesitados de consuelo. Por casualidad, unos que discurrían por el campo con otro motivo, dieron con ella, y conociéndola por el color, la recogieron. Habiéndolo entendido Sertorio, les prometió una crecida suma, con tal que a nadie lo dijese; y ocultando la cierva, pasados unos cuantos

días se encaminó al sitio de las juntas públicas con un rostro muy alegre, manifestando a los caudillos de los bárbaros que de parte de Dics se le había anunciado en sueños una señalada ventura, y subiendo después al tribunal se puso a dar audiencia a los que se presentaron. Dieron a este tiempo suelta a la cierva los que estaban encargados de su custodia, y ella que vió a Sertorio, echando a correr muy alegre hacia la tribuna, fué a poner la cabeza entre las rodillas de aquél, y con la boca le tocaba la diestra, como antes solía ejecutarlo. Correspondió Sertorio con cariño a sus halagos, y aun derramó alguna lágrima, lo que al principio causó admiración a los que se hallaban presentes, pero después acompañaron con aplauso y regocijo hasta su habitación a Sertorio, teniéndole por un hombre extraordinario y amado de los Dioses, y cobrando ánimo concibieron faustas esperanzas.

XXI.—En los campos Seguntinos había reducido a los enemigos a la última escasez, y le fué preciso combatir con ellos en ocasión que bajaban a merodear y hacer provisiones. Peleóse denodadamente por una y otra parte, y Memio, el mejor caudillo de los que militaban bajo Pompeyo, murió en lo más recio de la batalla. Vencía, por tanto, Sertorio, y con gran mortandad de los que se le oponían trataba de penetrar hasta Metelo, el cual, sosteniéndose y peleando alentadamente, fuera de lo que permitía su edad, fué herido de un bote de lanza. Los Romanos, que vie-

ron el hecho, o llegaron a oírle, se cubrieron de vergüenza de que pudiera decirse abandonaban a su general, y al mismo tiempo se encendieron en ira contra los enemigos. Protegiéronle, pues, con los escudos, y combatiendo esforzadamente, no sólo le retiraron, sino que rechazaron a los Españoles. Mudóse con esto la suerte de la victoria, y Sertorio, para proporcionar a los suyos una fuga segura y dar tiempo a que le llegaran nuevas tropas, se retiró a una ciudad montuosa y bien fortificada, cuyos muros empezó a reparar, y a obstruir sus puertas, sin embargo de que en todo pensaba más que en aguantar allí un sitio, sino que así engañó a los enemigos. Porque atendiendo a él solo, y esperando que sin dificultad se apoderarían de la ciudad, no pensaron en perseguir a los bárbaros en su fuga, ni hicieron caso de las fuerzas que de nuevo acudían a Sertorio. Reuníalas en tanto, enviando caudillos a las ciudades que estaban por él, y dándoles orden de que cuando tuvieran bastante número se lo avisaran por un emisario. Cuando ya tuvo estos avisos, salió sin trabajo por medio de los enemigos, fué a unirse con su gente, y presentándose otra vez con respetables fuerzas, les interceptaba a aquéllos los víveres: los que podían venirles por tierra, armándoles celadas, cortando sus partidas y apareciéndose por todas partes, sin darse ni darles reposo; y los del mar, por medio de barcos corsarios, con los que era dueño de la marina, en términos que, precisados

los generales romanos a separarse, Metelo se retiró a la Galia, y Pompeyo hubo de invernar con incomodidad en los Vaceos, por falta de fondos; escribiendo al Senado que no regresaría con el ejército si no se le enviaba dinero: porque ya había gastado todo su caudal peleando por la Italia; en Roma no se hablaba de otra cosa sino de que Sertorio llegaría antes a la Italia que Pompeyo. ¡A este punto trajo la pericia y destreza de Sertorio a los primeros y más hábiles generales de aquel tiempo!

XXII.—Manifestó el mismo Metelo cuánto le imponía este insigne varón, y cuán ventajoso era el concepto que de él tenía, porque hizo publicar por pregón que si algún Romano le quitaba la vida le daría cien talentos de plata y veinte mil yugadas de tierra, y si fuese algún desterrado, le concedería la vuelta a Roma; lo que era desesperar de poderlo conseguir en guerra abierta, poniéndolo en almoneda para una traición. Además, habiendo vencido en una ocasión a Sertorio, se envaneció tanto y lo tuvo a tan grande dicha, que se hizo saludar emperador, y las ciudades por donde transitaba le recibían con sacrificios y con aras. Dícese que consintió le ciñeran las sienes con coronas y que se le dieran banquetes suntuosos, en los que brindaba adornado con ropa triunfal. Teníanse dispuestas victorias con tal artificio, que por medio de resortes le presentaban trofeos y coronas de oro, y había coros de mozos y doncellas que le cantaban epinicios o himnos de victo-

ria: haciéndose justamente ridículo con semejantes demostraciones, pues que tanto se vanagloriaba y tal contento había concebido de haber quedado vencedor—por haberse él retirado espontáneamente—respecto de un hombre a quien llamaba el fugitivo de Sila y el último resto de la fuga de Carbón. De la grandeza de ánimo de Sertorio son manifiestas pruebas, lo primero, el haber dado el nombre de Senado a los que de este Cuerpo habían huído de Roma y se le habían unido, y el elegir entre ellos los Cuestores y Pretores, procediendo en todas estas cosas según las leyes patrias; y lo segundo, el que, valiéndose de las armas, de los bienes y de las ciudades de los Españoles, ni en lo más mínimo partía con ellos el sumo poder; y a los Romanos los establecía por sus generales y magistrados, como queriendo reintegrar a éstos en su libertad y no aumentar a aquéllos en perjuicio de los Romanos. Porque era muy amante de la patria y ardía en el deseo de la vuelta; sino que viéndose maltratado, se mostraba hombre de valor; mas nunca hizo contra los enemigos cosa que desdijese, y después de la victoria enviaba a decir a Metelo y a Pompeyo que estaba pronto a deponer las armas y a vivir como particular si alcanzaba la restitución; porque más quería ser en Roma el último de los ciudadanos, que no que se le declarara emperador de todos los demás, teniendo que estar desterrado de su patria. Dícese que era gran parte su madre para desear la vuelta, porque había sido criado

por ella siendo huérfano, y en todo no tenía otra voluntad que la suya. Así es que, llamado ya por sus amigos al mando en España, cuando supo que su madre había muerto, estuvo en muy poco que no perdiese la vida de dolor, porque siete días estuvo tendido en el suelo sin dar la señal a los soldados ni dejarse ver de ninguno de sus amigos, y con dificultad los demás caudillos y otras personas de autoridad, rodeándole en su tienda, pudieron precisarle a que saliera y hablara a los soldados, y se encargara de los negocios, que iban prósperamente; por lo cual muchos entienden que él era naturalmente de condición benigna e inclinado al reposo, y que, por accidentes que sobrevinieron, tuvo que recurrir contra su deseo a mandos militares, y no encontrando seguridad sino en las armas, que sus enemigos le forzaron a tomar, le fué preciso hacer de la guerra un resguardo y defensa de su persona.

XXIII.—Mostróse asimismo su grandeza de ánimo en la conducta que tuvo con Mitrídates; porque cuando este rey, rehaciéndose como para una segunda lucha del descalabro que sufrió con Sila, quiso de nuevo acometer al Asia, era ya grande la fama que de Sertorio había corrido por todas partes, y los navegantes como de mercancías extranjeras habían llenado el Ponto de su nombre y sus hazañas. Tenía resuelto enviarle embajadores, acalorado principalmente con las exageraciones de los lisonjeros, que comparando a Sertorio con Aníbal y a Mitrídates con Pirro, decían que los Ro-

manos, dividiendo su atención a dos partes, no podrían resistir a tanta fuerza y destreza juntas, si el más hábil general llegaba a unirse con el mayor de todos los reyes. Envía, pues, Mitridates embajadores a España con cartas para Sertorio, y con el encargo de decirle que le daría fondos y naves para la guerra, sin solicitar más de él sino que le hiciera segura la posesión de toda aquella parte del Asia que había tenido que ceder a los Romanos conforme a los tratados ajustados con Sila. Convocó Sertorio a Consejo, al que, como siempre, llamó Senado; y siendo los demás de dictamen de que se accediera a la propuesta como muy admisible, pues que no pidiéndosele más que nombres y letras vanas sobre objetos que no estaban en su facultad, iban en cambio a recibir cosas positivas que les hacían gran falta, no vino en ello Sertorio, sino que dijo que no repugnaría el que Mitridates ocupase la Bitinia y la Capadocia, provincias dominadas siempre por el rey y que no pertenecían a los Romanos, pero en cuanto a una provincia que poseída por éstos con el mejor título, Mitridates se la había quitado y retenido, perdiéndola después, primero, por haberla reconquistado Fimbria con las armas, y luego por haberla cedido aquél a Sila en el tratado, no consentiría que volviera otra vez a ser suya; porque mandando él, debía tener aumentos la República y no hacer pérdidas a trueque de que mandase: pues era propio del hombre virtuoso el desear vencer con honra; pero con ignominia, ni siquiera salvar la vida.



XXIV.—Oyó Mitrídates esta respuesta con grande admiración, y se dice haber exclamado ante sus amigos: “¿Qué mandará Sertorio sentado en el palacio, si ahora, relegado al mar Atlántico, señala límites a mi reino, y porque tengo miras sobre el Asia me amenaza con la guerra? Mas, con todo, hágase el tratado. y convéngase con juramento en que Mitrídates tendrá la Capadocia y la Bitinia, enviándole Sertorio un general y soldados, y en que Sertorio percibirá de Mitrídates tres mil talentos y cuarenta naves.” En consecuencia, fué enviado de general al Asia, por Sertorio, Marco Mario, uno de los senadores fugitivos que habían acudido a él; y habiendo tomado Mitrídates con su auxilio algunas ciudades en el Asia, entrando aquél en ellas con las fasces y las hachas, iba él en pos tomando voluntariamente el segundo lugar, y haciendo, como quien dice, el papel de criado. Marco concedió la libertad a algunas ciudades y a otras la exención de tributos, anunciándoles que lo ejecutaba en obsequio de Sertorio, de manera que el Asia, molestada otra vez por los exactores, y agobiada con las extorsiones e insolencias de los alojados, se levantó a nuevas esperanzas y empezó a desear la mudanza de gobierno que ya se entreveía.

XXV.—En España, los Senadores y personas de autoridad que estaban con Sertorio, luego que entraron en alguna confianza de resistir y se les desvaneció el miedo, empezaron a tener celos y necia emulación de su poder. Incitábalos principalmente Perpena, a quien con loca vanidad hacía aspirar al

primer mando el lustre de su linaje, y dió principio por sembrar insidiosamente entre sus confidentes estas especies sediciosas: “¿Qué mal Genio es el que se ha apoderado de nosotros para arrojarnos de mal en peor? Nos desdeñábamos de ejecutar, sin salir de nuestras casas, las órdenes de Sila, que lo dominaba todo por mar y por tierra, y por una extraña obcecación, queriendo vivir libres, nos hemos puesto en una voluntaria servidumbre, haciéndonos satélites del destierro de Sertorio; y aunque se nos llama Senado, nombre de que se burlan los que lo oyen, en realidad pasamos por insultos, por mandatos y por trabajos en nada más tolerables que los que sufren los Iberos y Lusitanos.” Seducían a los más estos discursos, y aunque no desobedecían abiertamente, por miedo a su poder, bajo mano desgraciaban los negocios y agraviaban a los bárbaros, tratándoles ásperamente de obra y de palabra, como que era de orden de Sertorio; de donde se originaban también rebeliones y alborotos en las ciudades. Los que eran enviados para remediar y sosegar estos desórdenes, volvían, habiendo suscitado mayores inquietudes y aumentado las sediciones que ya existían, tanto que, haciendo salir a Sertorio de su primera benignidad y mansedumbre, se encruelecíó con los hijos de los Iberos educados en Huesca, dando muerte a unos y vendiendo a otros en almoneda.

XXVI.—Teniendo ya Perpena muchos conjurados para su proyecto, agregó además a él a Mallio, uno de los caudillos. Amaba éste a un jovencito de tier-

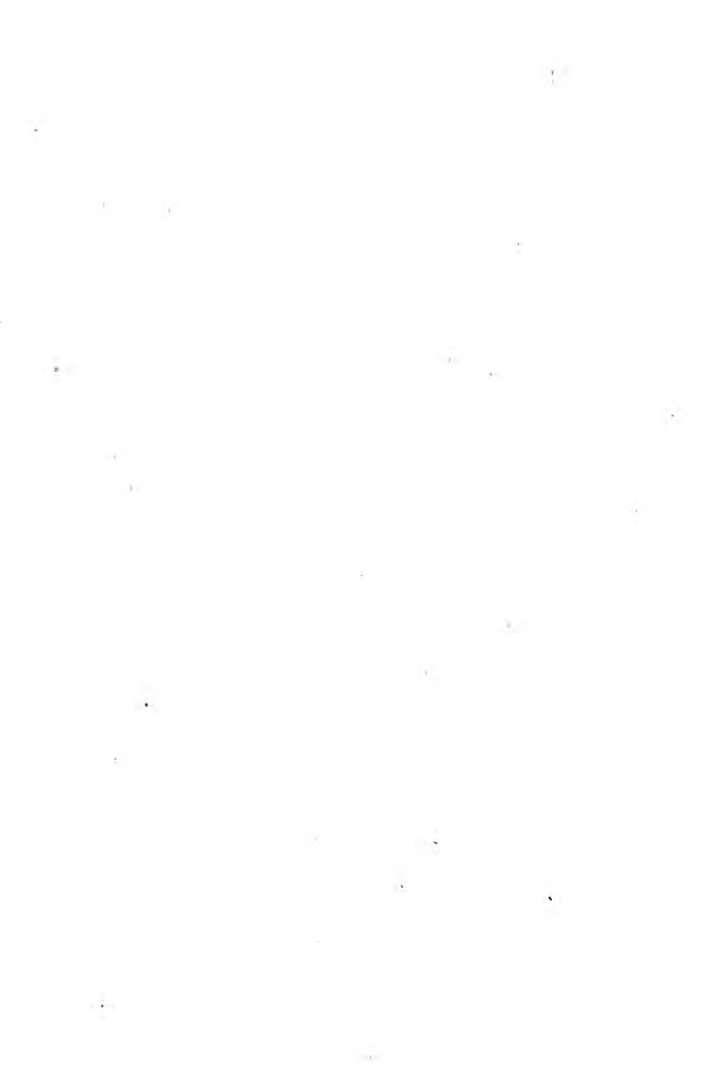
na edad, y entre las caricias que le prodigaba le descubrió la conspiración, encargándole que no hiciera caso de los demás amadores y sólo se aficionase a él, que dentro de breves días ocuparía un gran puesto. El joven descubre este secreto a Aufidio, otro de sus amadores, a quien él apreciaba más. Quedóse Aufidio suspenso, porque también él entraba en la conjuración contra Sertorio, pero ignoraba que Mallio tuviese en ella parte; turbado después, al ver que aquel mozo le nombraba a Perpena, a Gracino y a otros que él sabía eran de los conjurados, lo primero que hizo fué desvanecerle aquella idea, exhortándole a que despreciara a Mallio, que no tenía más que vanidad y orgullo; y después se fué a Perpena, a quien manifestó el peligro y la necesidad que había de aprovechar cuanto antes la oportunidad, instándole a la ejecución. Convinieron en ello, y disponiendo que uno se presentase con cartas para Sertorio, le condujeron ante él. En las cartas se anunciaba una victoria conseguida por uno de sus lugartenientes, con gran mortandad de los enemigos; y como Sertorio se hubiese mostrado muy contento y hubiese hecho sacrificios por la buena nueva, Perpena le convidó a un banquete con los amigos que se hallaban presentes, que eran todos del número de los conjurados, y haciéndole grandes instancias, le sacó la palabra de que asistiría. Siempre en los banquetes de Sertorio se observaba grande orden y moderación, porque no podía ni ver ni oír cosa indecente, y estaba acostumbrado a que los demás que a ellos asistían, en sus

chistes y entretenimientos, guardaran la mayor moderación y compostura. Entonces, cuando se estaba en medio del festín, para buscar ocasión de reyerta, empezaron a usar de expresiones del todo groseras, y fingiendo estar embriagados, se propasaron a otras insolencias para irritarle. El entonces, o porque le incomodase aquel desorden, o porque llegase a colegir su intento del precipitado modo de hablar y de la poca cuenta que contra la costumbre se hacía de su persona, mudó de postura y se reclinó en el asiento, como que no atendía ni oía lo que pasaba; pero habiendo tomado Perpena una taza llena de vino, y dejándola caer de las manos en el acto de estar bebiendo, se hizo gran ruido, que era la señal dada, y entonces Antonio, que estaba sentado al lado de Sertorio, le hirió con un puñal. Volvióse éste al golpe, y se fué a levantar, pero Antonio se arrojó sobre él y le cogió de ambas manos, con lo que, hiriéndole muchos a un tiempo, murió sin haberse podido defender.

XXVII.—La mayor parte de los Españoles abandonaron al punto aquel partido, y se entregaron a Pompeyo y Metelo, enviándoles al efecto embajadores; y de los que quedaron, se puso al frente Perpena, con resolución de tentar alguna empresa. Valióse de las disposiciones que Sertorio tenía tomadas, pero no fué más que para desacreditarse y hacer ver que no era para mandar ni para ser mandado; habiendo, en efecto, acometido a Pompeyo, fué en el momento derrotado

por éste; y quedando prisionero, ni siquiera supo llevar el último infortunio, como a un general correspondía, sino que, habiendo quedado dueño de la correspondencia de Sertorio, ofreció a Pompeyo mostrarle cartas originales de varones consulares y de otros personajes de gran poder en Roma, que llamaban a Sertorio a la Italia, con deseo de trastornar el orden existente y mudar el Gobierno; pero Pompeyo se condujo en esta ocasión, no como un joven, sino como un hombre de prudencia consumada, libertando a Roma de grandes sustos y calamidades. Porque, recogiendo todas aquellas cartas y escritos de Sertorio, los quemó todos, sin leerlos ni dejar que otro los leyera, y a Perpena le quitó al instante la vida, por temor de que no se esparcieran aquellos nombres entre algunos y se suscitaran sediciones y alborotos. De los que conjuraron con Perpena, unos fueron traídos ante Pompeyo, y perdieron la vida, y otros, habiendo huído al Africa, fueron asañados por los Mauritáanos. Ninguno escapó, sino Aufidio, el rival en amores de Mallio; el cual, o porque se escondió, o porque no se hizo cuenta de él, mendigo y cdiado de todos, llegó a hacerse viejo en un aduar de los bárbaros.

---



## EUMENES

---

I.—Del padre de Eumenes Cardiano dice Duris haber sido por su pobreza, carretero en el Quersoneso, a pesar de lo cual había recibido el hijo una honesta educación, así en las letras como en los ejercicios de la palestra; y que siendo todavía muchacho, Filipo, que iba de viaje y se detuvo algún tiempo, concurrió a ver los entretenimientos de los niños cardianos y las luchas de los mozos, y como entre éstos se distinguiese Eumenes, dando muestras de ser activo y valiente, agradándose de él, se le llevó consigo. Parece, no obstante, estar más en lo cierto los que atribuyen al hospedaje y a la amistad con el padre aquella demostración de Filipo. Después de la muerte de éste, a ninguno de cuantos quedaron al lado de Alejandro aparecía inferior ni en prudencia ni en lealtad, y aunque no tenía otro título que el de jefe de los amanuenses, estaba en igual honor que los más amigos y allegados: tanto, que fué enviado a la India con un ejército de único general, y se le dió el mando de la caballería que antes tenía Perdicas, cuando éste, muerto Hefes-

tion, ocupó su lugar y mando. Por lo mismo, cuando el escudero mayor Neoptolemo dijo, después de la muerte de Alejandro, que él le seguía llevando el escudo y la lanza, y Eumenes llevando el punzón y las tabletas, se le burlaron los Macedonios, por saber que Eumenes, además de otras distinciones, había merecido al Rey la de hacerle su deudo por medio de un enlace. Porque habiendo sido Barsine, hija de Artabazo, la primera a quien amó en el Asia, y de la que tuvo un hijo llamado Hércules, de las hermanas de ésta, a Apama, la casó con Tolomeo, y a la otra, Barsine, con Eumenes, cuando hizo aquel reparto de las mujeres persas y las colocó con sus amigos.

II.—Con todo, tuvo altercados en muchas ocasiones con Alejandro, y corrió peligro a causa de Hefestión. En primer lugar, repartió éste a Evio el flautista una casa, de la que para Eumenes habían antes tomado posesión sus criados, e irritándose con este motivo Eumenes contra Alejandro, exclamó, llevando en su compañía a Mentor, que más valía ser flautista o farsante, arrojando las armas de la mano, de resulta de lo cual Alejandro tomó parte en el enfado de Eumenes y reprendió a Hefestión. Mas arrepintiéndose muy luego, y volvió su enojo contra Eumenes, por parecerle que, más bien que libre con Hefestión, había andado descomedido con él. Envió después a Nearco con una expedición al mar exterior, para lo que pidió caudales a sus amigos, por no haberlos en el erario real. A Eumenes le pidió trescientos talentos; pero



como no le diese más que ciento, y aun éstos de mala gana y diciendo que con trabajo los había recogido de sus administradores, no se mostró ofendido ni los recibió; pero reservadamente dió orden a algunos de su familia de que pusieran fuego a la tienda de Eumenes, con el designio de cogerlo en mentira al tiempo de hacer la traslación de su dinero. Ardió la tienda antes de tiempo, con sentimiento de Alejandro, por haberse quemado los escritos de secretaría; pero el oro y plata fundido por el fuego se halló y pasaba de mil talentos. No tomó nada, sin embargo; y antes, escribiendo a todos los sátrapas y generales para que le enviaran copias de los originales que se habían perdido, mandó a Eumenes que los recogiese. En otra ocasión tuvo con Hefestión contienda por cierto presente, en la que dijo y oyó muchos denuestos; no por eso recibió entonces menos, pero habiendo muerto Hefestión de allí a poco, el Rey, que lo sintió mucho, se mostraba desabrido y grave con todos aquellos que le parecía haber mirado con envidia a Hefestión mientras vivió y haberse alegrado de su muerte; entre éstos, era de Eumenes de quien tenía mayores sospechas, y muchas veces recordaba aquellas contiendas y reprensiones; mas éste, que era astuto y hábil, trató de salvarse por aquel mismo lado por donde era ofendido: porque se acogió al celo y empeño con que Alejandro quería honrar a Hefestión, proponiendo aquellos honores que más habían de ensalzar al difunto, y gastando de su di-

nero en la construcción del monumento con profusión y largueza.

III.—Muerto Alejandro, como las tropas no quisiesen obedecer a sus validos, Eumenes en su ánimo favorecía a éstos, pero de palabras se mostraba indiferente entre unos y otros, porque, siendo extranjero, no le correspondía mezclarse en las disputas de los Mâcedonios; mas luego, cuando los demás favoritos salieron de Babilonia, habiéndose él quedado en la ciudad, aplacó a una gran parte de la infantería, y la hizo más dócil para la reconciliación. Aviniéronse después entre sí los generales, sosegadas que fueron aquellas primeras discordias, y repartiéndose las satrapías y comandancias, a Eumenes le tocaron la Capadocia y la Paflagonia, por donde confina con el mar Pónico (1), hasta Trapezunte, que todavía no pertenecía a los Macedonios, reinando Ariarates en aquella región; por tanto, era necesario que Leonato y Antígono acompañasen a Eumenes con poderosas fuerzas, para darle a reconocer por sátrapa de ella. Como Antígono, que pensaba ya en bandearse por sí, y miraba con desprecio a los demás, no se prestase a ejecutar las órdenes de Perdicas, Leonato bajó con Eumenes a la Frigia, tomando a su cargo aquella expedición; pero habiéndose unido con él Hecateo, tirano de los Cardianos, y rogándole que auxiliase con preferencia a Antípatro y a los que se haballan sitiados en

---

(1) El Ponto-Euxino.

Lamia, se decidió a esta marcha, llamando a Eumenes, a quien reconcilió con Hecateo; había, efectivamente, entre ellos ciertos recelos, nacidos de disensiones políticas, y Eumenes en muchas ocasiones había acusado abiertamente la tiranía de Hecateo, excitando a Alejandro a que diera la libertad a los Cardianos. Por tanto, repugnando Eumenes aquella expedición contra los Griegos, y confesando que recelaba de Antípatro, no fuera que en obsequio de Hecateo, y aun por satisfacer su odio propio, le quitara la vida, Leonato usó con él de confianza, y nada le ocultó de cuanto meditaba, revelándole que el auxilio aquel a que parecía prestarse no era más que apariencia y pretexto, siendo su designio apoderarse inmediatamente que llegara de la Macedonia; y aun le mostró algunas cartas de Cleopatra, que le llamaba a Pela, al parecer, para casarse con él; pero Eumenes, o por temor de Antípatro o por desconfianza de Leonato, que era arrebatado y se gobernaba por ímpetus precipitados, levantó de noche el campo, llevándose cuanto le pertenecía, que eran trescientos hombres de caballería, doscientos jóvenes de los de su familia, armados, y en oro, reducido a la cuenta de la plata, hasta cinco mil talentos. De este modo huyó en busca de Perdicas, a quien participó los intentos de Leonato, y con quien gozó desde luego de mucho poder, habiéndole éste hecho de su Consejo. De allí a poco volvió a marchar a la Capadocia con bastantes fuerzas, acompañándole el mismo Perdicas, que en persona iba

acaudillándolas, y habiendo sido tomado cautivo Ariarates, y rendídose toda la provincia, fué en ella reconocido por sátrapa. Puso, pues, las ciudades en manos de sus amigos, estableció gobernadores en las fortalezas, y nombró los jueces y procuradores que le pareció, sin que Perdicas se mezclara en ninguno de estos negocios; hecho lo cual, se restituyó en su compañía, ya por mostrársele agradecido y ya también porque no quería dejar la corte.

IV.—Estaba confiado Perdicas en que podría por sí mismo poner en ejecución sus planes; pero entendiendo que para tener guardadas las espaldas necesitaba de un centinela activo y de fidelidad, despachó de la Cilicia a Eumenes, en apariencia a su satrapía, pero en realidad para tener a raya a la Armenia, que confinaba con sus Estados, y en la que andaba promoviendo sediciones Neoptolemo. A éste, aunque era de genio orgulloso y altanero, procuró atraerlo Eumenes por medio de amistosas conferencias; él en tanto, hallando inquieta e insolente a la falange macedonia, dispuso prepararle como rival una fuerza de caballería; para lo cual concedió a los naturales que podían servir en esta arma exención de pechos y tributos; y entre éstos, a aquellos de quienes vió podría fiarse, les repartió caballos, que compró a su costa; alentó sus ánimos con honores y distinciones, y habituó tanto sus cuerpos al trabajo por medio del ejercicio y las evoluciones, que de los Macedonios unos se quedaron asombrados y otros cobraron ánimo,

viendo que en tan corto tiempo había reunido bajo sus órdenes una tropa de caballería que no bajaría de seis mil trescientos hombres.

V.—Más adelante, cuando Cratero y Antípatro, después de sojuzgados los Griegos, pasaron al Asia con designio de disipar el poder de Perdicas, y se dijo que primero invadirían la Capadocia, Perdicas, que estaba haciendo la guerra a Tolomeo, nombró a Eumenes general en jefe de todas las tropas de la Armenia y la Capadocia, y al mismo tiempo dirigió cartas en que mandaba que Alcetas y Neoptolemo estuvieran a las órdenes de Eumenes, y que éste se condujera en los negocios como viera que convenía; pero Alcetas, desde luego, se negó a concurrir por su parte, diciendo que los Macedonios que militaban bajo su mando contra Antípatro se avergonzaban de pelear, y a Cratero aun estaban dispuestos a recibirlo con la mejor voluntad. Por lo que hace a Neoptolemo, no se le ocultó a Eumenes que le estaba fraguando una traición; llamóle, pues, y en lugar de obedecer, se dispuso a combate. Entonces, por la primera vez sacó Eumenes fruto de su previsión y sus aprestos, porque, vencida ya su infantería, rechazó con la caballería a Neoptolemo, tomándole todo su bagaje; y cargando con fuerza sobre las tropas enemigas, dispersas con motivo de seguir el alcance, las obligó a rendir las armas y a que, prestado nuevo juramento, sirvieran con él. Neoptolemo, pues, recogiendo de la fuga unos cuantos, se fué a amparar de Cratero y Antípatro, de parte de los

cuales se había ya enviado una embajada a Eumenes, proponiéndole que se pasara a su partido, y recogería el fruto no sólo de conservar las satrapías que ya tenía, sino de recibir además de ellos más estados y tropas, haciéndose amigo de Antípatro, de enemigo que antes era, y no convirtiéndose de amigo, en contrario, de Cratero. Oída la embajada, respondió Eumenes que, siendo antiguo enemigo de Antípatro, no se haría ahora su amigo, y más cuando veía que él no hacía diferencia entre unos y otros; y en cuanto a Cratero, estaba pronto a reconciliarle con Perdicas y a que se avinieran a lo justo y equitativo; pero que si empezaba a ofenderle, estaría por él agraviado mientras tuviese aliento, y antes perdería su persona y su vida que faltar a su lealtad.

VI.—Recibida por Antípatro esta respuesta, pusieronse a deliberar sobre sus negocios muy despacio; y llegando a este tiempo Neoptolemo, en consecuencia de su retirada, les dió cuenta de la batalla, requiriéndolos, sobre que le diesen ayuda, con encarecimiento a entrambos, pero sobre todo a Cratero; diciendo que era muy deseado de los Macedonios, y que con sólo ver su sombrero u oír su voz, corriendo se pasarían a él con las armas. Porque, en verdad, era grande la reputación de Cratero, y muchos los que se inclinaban a su favor después de la muerte de Alejandro, trayendo a la memoria que repetidas veces, a causa de ellos, había sufrido de éste notables desvíos, oponiéndosele al verle inclinado a imitar el fausto persa, y de-

fendiendo las costumbres patrias, que por el lujo y el orgullo eran ya miradas con desdén. Entonces, pues, Cratero envió a Antípatro a la Cilicia, y él, tomando la mayor parte de las fuerzas, marchó con Neoptolemo contra Eumenes, creyendo cogerle desprevenido, en momentos en que sus tropas estarían entregadas al desorden y a la embriaguez, por haber acabado de conseguir una victoria. El que Eumenes hubiese previsto su venida y se hubiera apercebido, podría decirse que era más bien efecto de un mando vigilante que no de una pericia suma; pero el haber no solamente evitado que los enemigos entendieran qué era en lo que él flaqueaba, sino haber hecho tomar las armas contra Cratero a los que con él militaban, sin saber contra quién contendían ni dejarles conocer quién era el general contrario; tal ardid parece que exclusivamente fué propio de este general. Hizo, pues, correr la voz de que volvía Neoptolemo, y con él Pigris, trayendo soldados de a caballo Capadocios y Paflagonios. Era su intento marchar, de noche, y en la que había de ejecutarlo, cogiéndole el sueño, tuvo una visión extraña. Parecióle ver dos Alejandroes que se disponían a hacerse mutuamente la guerra, mandando cada uno un ejército; y que después se aparecieron, Minerva, para auxiliar al uno, y Ceres, para auxiliar al otro. Trabóse un recio combate, y habiendo sido vencido el favorecido de Minerva, Ceres cortó unas espigas y tejió una corona al vencedor. Por aquí infirió que el sueño se dirigía a él, pues que pe-

leaba por el más delicioso país, en el que se veía mucha espiga que apuntaba del cáliz; porque todo estaba sembrado y ofrecía el aspecto propio de la paz, estando de una y otra parte muy vistosos los campos con aquella verde cabellera. Aseguróle todavía más el saber que la seña de los enemigos era Minerva y Alejandro; y él dió también por seña Ceres y Alejandro, mandando que todos tomasen espigas y con ellas cubriesen y coronasen las armas. Muchas veces estuvo para descubrir y anunciar a los demás jefes y caudillos quién era aquel con quien iba a pelear, no siendo él sólo depositario de un arcano que tanto convenía guardar y encubrir; pero al cabo se atuvo a su primer discurso, y no confió aquel peligro a otro juicio que el suyo.

VII.—No puso, para hacer frente a Cratero, a ninguno de los Macedonios, sino dos cuerpos de caballería extranjera, mandados por Farnabazo, hijo de Artabazo, y por Fénix Tenedio, a quienes dió la orden de que, en viendo a los enemigos, les acometieran y vinieran con ellos a las manos con toda presteza, sin darles tiempo alguno y sin admitirles parlamentario: porque temía en gran manera a los Macedonios no fuese que conociendo a Cratero desertaran y se pasaran a él. Por su parte, formando un escuadrón con los más esforzados, también de caballería, en número de trescientos, y colocándose a la derecha, se dispuso a combatir con Neoptolemo. Luego que, pasada una loma que había en medio, los descubrie-



ron, como cargasen con mucha velocidad y extraordinario ímpetu, sorprendido Cratero, se quejó amargamente con Neoptolemo por haberle engañado acerca de pasársele los Macedonios, y exhortando a los caudillos que le asistían a portarse con valor, acometió igualmente contra los enemigos. Habiendo sido sumamente violento este primer choque, y quebrándose las lanzas, con lo que se hubo de venir a las espadas, Cratero no hizo afrenta a la memoria de Alejandro, sino que derribó a gran número de enemigos y rechazó muchas veces a los que se le oponían; pero, herido al fin por un Tracio, que le acometió de costado, cayó del caballo. Estando en tierra muchos pasaron de largo sin reparar en él, pero Gorgias, uno de los caudillos de Eumenes, le conoció, y apeándose, le puso guardia por verle muy mal parado y casi moribundo. En esto también Neoptolemo trabó combate por Eumenes; porque, aborreciéndose mutuamente de antiguo y ardiendo en ira, en dos encuentros no se habían visto, pero al tercero se conocieron y se vinieron al punto el uno para el otro, metiendo mano a las espadas y alzando grande vocería. Habiéndose encontrado los caballos con la mayor violencia, al modo de galeras, dejaron caer ambos las riendas y se asieron con las manos, quitándose los yelmos y pugnando por desatar de los hombros las corazas. Mientras así bregaban, huyeron el cuerpo los dos caballos y ellos vinieron a tierra, agarrados como estaban, y empezaron otra lucha, en la cual Eu-

menes partió a Neoptolemo una pierna al irse a levantar el primero, y se apresuró a ponerse en pie; mas Neoptolemo, apoyándose en la una rodilla, perdida la otra, se defendía valerosamente, hiriendo de abajo para arriba; pero sus golpes no eran mortales, y, herido en el cuello, cayó desfallecido. Eumenes, llevado de la ira y de su antiguo odio, se puso a quitarle las armas y a decirle injurias, y él, que todavía tenía la espada en la mano, sin que aquél lo percibiera, lo hirió por debajo de la coraza por la parte que toca a la ingle; pero la herida más fué para asustar que para ofender a Eumenes, habiendo sido muy leve, por la falta de fuerza. Despojó, pues, el cadáver, y aunque se sintió en mal estado por sus heridas, teniendo pasados los muslos y los brazos, montó, sin embargo, a caballo y dió a correr a la otra ala, creyendo que todavía se sostenían los enemigos; mas, enterado de la muerte de Cratero, pasó al sitio donde yacía, y hallándole con aliento y en su acuerdo, echó pie a tierra, y prorrumpiendo en lágrimas, dijo mil imprecaciones contra Neoptolemo y se lamentó, tanto de la desgracia de Cratero, como de la precisión en que a él se le había puesto de tener que sufrir y ejecutar tales cosas con un amigo y compañero de su mayor amor y confianza.

VIII.—Ganó esta batalla Eumenes unos diez días después de la primera, resultándole de ella la mayor gloria, al ver que en sus hazañas tenían igual parte la prudencia y el valor; pero atrájole

al mismo tiempo igual envidia y odio de parte de los aliados que de parte de los enemigos, por cuanto un advenedizo y un extranjero, con las manos y las armas de los mismos Macedonios, los había privado del primero y más aventajado entre ellos. Si Perdicas, al saber la muerte de Cratero, hubiera podido adelantarse, ninguno otro hubiera ocupado el lugar preeminente entre los Macedonios; pero ahora, muerto Perdicas, con motivo de una sedición en el Egipto dos días antes, había llegado al campamento la nueva de esta batalla, e irritados con ella los Macedonios, habían decretado la muerte de Eumenes, nombrando como caudillo de la guerra contra él a Antígono, juntamente con Antípatro. En este tiempo, llegando Eumenes a las dehesas donde pacían los caballos de Alejandro, tomó los que había menester, y como cuidase de enviar recibo a los encargados, se cuenta que Antípatro se puso a reír, diciendo ser admirable la previsión de Eumenes, que esperaba, y darles a ellos cuenta de los intereses del rey, o haber de tomarla. Era el ánimo de Eumenes, siendo superior en caballería, darles batalla en las llanuras de Sardis, mirando además con complacencia poder hacer al mismo tiempo ante Cleopatra alarde de sus fuerzas; pero, a petición de ésta, que temía excitar sospechas en el ánimo de Antípatro, pasó a la Frigia superior, e invernó en Celainas, donde, queriendo competir con él sobre el mando Alcetas, Polemón y Docimo, “Esto es—les

dijo—lo del proverbio: *con el fin nadie cuenta*". Habiendo prometido a las tropas que dentro de tres días les daría la soldada, puso en venta las quintas y castillos de aquella región, llenos de gentes y ganados. El general de división o comandante de tropa extranjera que había sido comprador de alguno, recibía de Eumenes las máquinas y demás instrumentos necesarios, y tomándolo por sitio, los soldados se repartían la presa, en pago de lo que se les debía. Con esto volvió Eumenes a adquirir estimación, y habiendo aparecido en el campamento diferentes bandos que habían hecho arrojar los generales de los enemigos, por los cuales se ofrecían honores y cien talentos al que diera muerte a Eumenes, se indignaron terriblemente los Macedonios e hicieron acuerdo sobre que mil de los principales formaran su guardia, custodiándole siempre, así de día como de noche. Obedecíanle, pues, y tenían placer en recibir de él los mismos honores que de los reyes, porque consideraban a Eumenes con facultad de regalarles sombreros de diversos colores y mantos de púrpura, que era el presente más regio para los Macedonios.

IX.—La prosperidad hincha y ensoberbece aun a los de ánimo más pequeño: tanto, que al verlos en medio de sus faustos sucesos parece que realmente están dotados de grandeza y gravedad; pero el hombre verdaderamente magnánimo y fuerte, donde se ve y resplandece principalmente es en la adversidad y en los reveses, como Eumenes; por-

que vencido de Antígono por una traición en Orcinios de Capadocia, y siendo de éste perseguido, no dió lugar a que el traidor se refugiara entre los enemigos, sino que, echándole mano, le ahorcó; huyendo luego por el camino opuesto de los que le perseguían, le torció, sin que éstos lo entendiesen, y dando un rodeo, llegado que fué al sitio donde se dió la batalla, acampó en él, recogió los cadáveres y con las puertas de las casas de las aldeas vecinas, que hizo traer, quemó con separación a los caudillos y con separación a las tropas, y habiéndoles hecho sus cementerios, se retiró: de manera que, habiendo ido después allá Antígono, no pudo menos de maravillarse de su arrojo y su serenidad. Cayó después sobre el bagaje de Antígono, y estando en su mano tomar muchas personas libres, muchos esclavos y gran riqueza amontonada de tantas guerras y tan cuantiosos despojos, temió que sus soldados, cargados con tanto botín y tanta presa, se hicieran demasiado pesados para la fuga y muy delicados para sobrellevar las continuas marchas y aguantar la dilación y el tiempo, que era en el que principalmente ponía la esperanza de aquella guerra, pensando en cansar y fatigar a Antígono. Mas conociendo la dificultad de apartar a los Macedonios por medio de una orden directa de una riqueza que podían contar por suya, mandó que tomaran ellos alimento y dieran pienso a los caballos, y en seguida marcharan contra los enemigos. En tanto, envió secretamente quien a Menandro, jefe encar-

gado del bagaje de los enemigos, le advirtiese de su parte, como si se interesara por él, convertido en su amigo y deudo, de que estuviese apercebido y se retirara cuanto antes de aquellas llanuras y lugares bajos, a la falda de los montes vecinos, inaccesibles a la caballería y poco propia para las sorpresas. Notó Menandro inmediatamente el peligro, y partió de allí, y Eumenes, entonces, a presencia de todos, envió descubridores, dando ya la orden a los soldados de que se armasen y pusieran los frenos a los caballos como para acometer inmediatamente a los enemigos; pero, trayéndole los descubridores noticias de que Menandro se había puesto en plena seguridad con haberse retirado a lugares ásperos, fingiendo que se enfadaba, marchó de allí con sus tropas. Dícese que, dando parte Menandro a Antígono de esta ocurrencia, como los Macedonios alabasen a Eumenes y se mostrasen más benignos con él, porque siéndole fácil cautivar a sus hijos y afrentar a sus mujeres, se había ido a la mano y teniéndoles consideración, replicó Antígono: "No lo ha hecho por amor a nosotros, oh simples, sino por temor de que estas riquezas fuesen grillos para su fuga."

X.—Andando, pues, Eumenes fugitivo y errante, persuadió a muchos de sus soldados que se retirasen, bien fuera por compasión que les tuviese, o bien porque no quisiera llevar consigo menos de los que eran menester para pelear, y más de los que convenían para no ser descubierto. Refugiándose, pues, en la fortaleza de Nora, situada en

el confín de la Licaonia y la Capadocia, con quinientos caballos y doscientos infantes, otra vez despidió de allí a aquellos de sus amigos que se lo habían rogado, por no poder sufrir la aspereza del país y la escasez de víveres, saludándolos a todos y tratándolos con la mayor afabilidad. Sobrevino Antígono, y como le llamase a una conferencia antes de llegar al extremo de ponerle sitio, respondió que Antígono tenía muchos amigos y muchos caudillos que le relevasen; pero que si él faltaba, no les quedaría nadie a los que había tomado bajo su amparo, proponiéndole que le enviara rehenes si tenía por conveniente el que conferenciasen; y como insistiese Antígono en que fuera a hablarle, por ser superior, repuso que él no reconocía como superior a ninguno mientras fuera dueño de su espada. Con todo, habiéndole Antígono enviado a la fortaleza a su sobrino Tolomeo, como el mismo Eumenes había exigido, entonces bajó, y abrazándose, se saludaron con amor y cariño, obsequiándose entre sí y tratándose como amigos. Hablaron largamente, y no habiendo Eumenes ni siquiera hecho mención de seguridad y de paz, y antes sí pedido que se le sanearan sus satrapías y se le hiciesen presentes, todos los que allí se hallaban se quedaron pasmados, no acertando a ponderar su resolución y osadía. Al mismo tiempo corrieron muchos de los Macedonios, con el deseo de ver qué hombre era Eumenes; porque después de la muerte de Cratero, de ninguno se hablaba tanto en el ejército. Llegando, pues, An-

tígono a temer por él no se le hiciera alguna violencia, primero hizo publicar que nadie se le acercase, y aun ahuyentó con piedras a los que concurrían; al fin cogió entre sus brazos a Eumanes, y haciendo que sus guardias retirasen a la muchedumbre, con gran trabajo pudo ponerle en seguridad.

XI.—Levantó en seguida trincheras alrededor de Nora, y, dejando la fuerza correspondiente, se retiró. Sitiado Eumenes, guardaba aquel recinto, dentro del cual tenía trigo en abundancia, agua y sal; pero fuera de esto, ningún otro comestible, ni con qué condimentarle. Mas, a pesar de todo, aun hizo alegre la vida a los que le acompañaban, teniéndolos por días a su mesa y sazizando la comida con una conversación y afabilidad llena de gracia. Su semblante era también dulce y en nada parecido al de un guerrero agobiado con las armas, sino alegre y risueño; y, en fin, en todo su cuerpo se mostraba erguido y alentado, pareciendo que con cierto arte guardaban entre sí una admirable simetría todos los miembros. No era elegante en el decir, pero sí gracioso y persuasivo, como se puede colegir de sus cartas. Lo que más mortificaba a los que tenía consigo, era la angostura a que estaban reducidos, siéndoles preciso vivir apiñados en casas muy pequeñas, y en un recinto que no tenía mas que dos estadios de circunferencia, y tomar el alimento sin ningún ejercicio, manteniendo también ociosos a los caballos. Queriendo, pues, no sólo librarlos del fastidio que



en la inacción los consumía, sino tenerlos ejercitados para la fuga, si acaso llegaba el tiempo, a los hombres les señaló para paseo el edificio más capaz de todo aquel terreno, que, sin embargo, no tenía más que catorce codos de largo, encargándoles que fueran por grados aligerando el paso. A los caballos los hizo atar al techo con recias sogas, que, pasando por el arranque del cuello, los tenían en el aire, levantándolos más o menos por medio de una polea; púsolos, pues, de modo que con las patas traseras se apoyaban en el suelo, pero con las delanteras, cuando tocaban en él, era con la puntita del casco. Soliviados en esta disposición, los mozos de cuadra los hostigaban con gritos y latigazos, con lo que, llenos de ardor y de ira, se levantaban y agitaban sobre los pies; y para sentar en firme las manos y pisar el pavimento, tenían que poner en contorsión todo el cuerpo, costándoles semejante esfuerzo mucho sudor y no pocos bufidos, y sirviéndoles este ejercicio de gran provecho, así para la agilidad como para la fuerza y lozanía. Echábanles la cebada majada, para que la mascaran más fácilmente y la digirieran mejor.

XII.—Prolongábase demasiado el sitio, y como tuviese noticia Antígono de haber muerto Antípatro en Macedonia, y de estar todo revuelto, a causa de las disensiones de Casandro y Polispercón, no limitó ya a poco sus esperanzas, sino que en su ánimo se propuso aspirar a la universalidad del mando, bien que contando con tener a

Eumenes por amigo y por auxiliador de sus empresas. Para ello, envió a Jerónimo a tratar con Eumenes, remitiendo extendida la fórmula del juramento; pero éste la corrigió y dejó al arbitrio de los Macedonios que le cercaban el que declarasen cuál era más justa. Antígono hacía al principio alguna mención de los reyes por cumplimiento, y por lo demás, refería a sí mismo todo el juramento; Eumenes, por el contrario, puso en primer lugar a Olimpiada con los reyes, y después juró que abrazaría los mismos intereses y tendría a los mismos por amigos y por enemigos, no respecto de Antígono solamente, sino respecto también de Olimpiada y de los reyes. Túvose esto por lo más justo, y haciendo los Macedonios que bajo esta fórmula jurase Eumenes, levantaron el sitio, y enviaron mensajeros a Antígono para que prestara igual juramento a Eumenes. Luego que éste se vió libre, restituyó los rehenes de los Capadocios que tenía en Nora, recibiendo de los que los recibían caballos, acémilas y tiendas. Reunió al mismo tiempo de sus antiguos soldados a cuantos habiéndose dispersado en la fuga andaban errantes por el país; tanto, que llegó a juntar poco menos de mil hombres de a caballo, con los cuales desapareció y huyó, temiendo con razón a Antígono; porque no sólo dió orden de que volvieran a sitiarse, restableciendo las trincheras, sino que contestó ásperamente a los Macedonios, por haber admitido la corrección del juramento.

XIII.—Mientras así andaba fugitivo Eumenes, le llegaron cartas de los que en Macedonia temían los adelantamientos de Antígono: de Olimpiada, que le llamaba para que tomara bajo su amparo y educara al hijo de Alejandro, a quien se armaban asechanzas, y de Polisporcón y el rey Filipo, que, confiriéndole el mando del ejército de Capadocia, le daban orden de hacer la guerra a Antígono y de tomar del tesoro de Quindos quinientos talentos para restablecer su fortuna, y para la guerra cuanto hubiera menester; sobre estos mismos objetos escribieron también a Antígenes y Teutamio, caudillos de los Argiraspidas. Como éstos, leídas las cartas, en la apariencia recibiesen con agrado a Eumenes, pero en realidad se viese que estaban devorados de envidia y emulación, desdeñándose de ser sus segundos, la envidia salió al paso de Eumenes con no recibir la cantidad designada, como que nada le hacía falta, y a la emulación y ambición de mando de unos hombres que ni valían para mandar ni querían obedecer, opuso la superstición. Porque les refirió habersele aparecido Alejandro entre sueños y haberle mostrado un pabellón magníficamente adornado, en el que había un trono real; y que después le dijo que, cuando se reunieran a despachar en aquel sitio, él estaría en medio de ellos y tomaría parte en todo consejo y en toda empresa que se comenzara bajo sus auspicios. Fácilmente hizo entrar en esta idea a Antígenes y Teutamio, que no querían concurrir a su posada,

así como él se desdeñaba de que se le viera llamar en puerta ajena. Armando, pues, un pabellón real y un trono destinado para Alejandro, allí se reunían a tratar los negocios de importancia. Dirigíanse a las provincias superiores, y Peucestas, que era amigo, se le agregó en el camino con todos los demás Sátrapas. Juntaron en uno todas las tropas, y con el gran número de armas y la brillantez de los preparativos dieron gran fuerza a los Macedonios; pero habiéndose hecho indóciles por sus riquezas, y delicados por el regalo después de la muerte de Alejandro, y teniendo además pervertidos sus ánimos y dispuestos a la tiranía con las insolencias de los bárbaros, entre sí no podían ni avenirse ni aguantarse, y, por otra parte, con lisonjear sin tasa a los Macedonios, gastando con ellos en banquetes y sacrificios, en breve tiempo convirtieron el campamento en un mesón de pública destemplanza, e infundieron ideas demagógicas a los soldados sobre la elección de generales, como en las democracias. Observando Eumenes que unos a otros se miraban con desprecio, y que a él le temían y trataban de quitarle de en medio si se les presentaba ocasión, fingió hallarse falto de fondos, y tomó a rédito muchos talentos de manos de los que más le aborrecían, para que confiaran de él y se abstuvieran de su mal propósito por el cuidado de no perder su dinero: de manera que la riqueza ajena vino a convertirse en defensa de su persona, y así como otros dan para que los dejen en

sosiego, en él sólo se verificó que al recibir debiese su seguridad.

XIV.—Es verdad que los Macedonios, en tiempo de serenidad, se dejaban corromper por los que los agasajaban, que frecuentaban las puertas de éstos, y les hacían la guardia como a sus caudillos; pero cuando Antígono vino a acamparse inmediato a ellos con grandes fuerzas, y los negocios les arrancaron la confesión ingenua de que necesitaban un verdadero general, no solamente los soldados se sometieron a Eumenes, sino que cada uno de aquellos que en la paz y el regalo se ostentaban grandes, cedió entonces, y se prestó a ponerse sin chistar en el lugar que se le señaló; y en el río Pasitigris, como Antígono intentase pasarle, los demás que habían sido apostados en diferentes puntos ni siquiera le sintieron, y sólo se le opuso Eumenes, el cual, trabando con él batalla, hizo en sus tropas gran destrozo, llenando de cadáveres la corriente, y le tomó cuatro mil cautivos. Mas, habiéndole sobrevenido una enfermedad, entonces fué cuando principalmente se vió que, si los Macedonios acariciaban a los otros por sus brillantes banquetes y fiestas, para mandar y hacer la guerra en él sólo tenían confianza. Porque habiéndoles dado una espléndida comida Peucestas, repartiendo a víctima por cabeza para el sacrificio, esperó por este medio hacerse el primero; pero al cabo de pocos días sucedió lo siguiente: estaban los soldados en marcha contra los enemigos, y fué preciso que a Eu-

menes, que había enfermado gravemente, se le condujese en litera a cierta distancia del campamento, por la falta de sueño; a poco que habían andado, se les aparecieron repentinamente los enemigos, que, vencidos unos collados, descendían a la llanura, y luego que desde las cumbres resplandeció con el Sol el brillo de las armas de oro de una tropa que caminaba en orden, y vieron las torres de los elefantes y las ropas de púrpura, que era el adorno de que usaban cuando se presentaban a batalla, parándose los que iban los primeros en la marcha, empezaron a gritar que se llamara a Eumenes, porque no mandando él no pasaban adelante; y fijando las armas en el suelo, se daban unos a otros la voz de hacer alto, y a los jefes la de que también se detuvieran y sin Eumenes no se peleara ni se aventurara acción con los enemigos. Habiéndolo entendido Eumenes, vino a ellos con celeridad, dando prisa a los que le conducían, y recorriendo de uno a otro lado las cortinas de la litera, les alargaba la mano con el semblante más placentero. Ellos, por su parte, luego que le vieron, le saludaron en lengua macedónica, levantaron en alto los escudos, y haciendo ruido con las azconas, provocaron con algarazara a los enemigos, manifestando que ya había llegado su general.

XV.—Noticioso Antígono por los cautivos de que Eumenes se hallaba doliente, y que por su mal estado era preciso le llevaran en litera, creyó que no sería de gran trabajo derrotar a los demás

durante su enfermedad, y así, se apresuró a darles batalla. Mas cuando al estar cerca de los enemigos, que ya se hallaban prestos, observó su formación y su admirable orden, se quedó parado por un rato. Vióse luego la litera, que era conducida de la una ala a la otra, y entonces, echándose a reír Antígono a carcajadas, como solía, dijo a sus amigos: "Aquella litera, según se ve, es la que nos hace la guerra." Y al punto retrocedió con sus fuerzas y se volvió al campamento. Los del otro partido, apenas respiraron un poco, perdieron de nuevo la subordinación, y dándose al regalo, a ejemplo de los jefes, ocuparon para invernar casi toda la región de los Gabenos: de manera que los últimos tenían sus tiendas a cerca de mil estadios de distancia de los primeros. Luego que lo supo Antígono, marchó otra vez contra ellos de sorpresa, por un camino áspero y desprovisto de agua, pero corto, y por el que se atajaba mucha tierra, esperando que si los sobrecogía tan desparramados en sus cuarteles de invierno, ni siquiera les había de ser fácil a los caudillos el reunirlos. Mientras así caminaban por un terreno inhabitado, sobrevinieron huracanes fuertes y crudos hielos, que estorbaron la rapidez de la marcha, molestando y fatigando el ejército: fué, pues, recurso preciso el encender muchas hogueras. De aquí nació el ser descubiertos por los enemigos, porque aquellos bárbaros que apacentaban sus ganados en los montes que miraban hacia el desierto, admirados de ver tantos fuegos, despacharon mensajeros en dro-

medarios para dar aviso a Peucestas. Luego que recibió esta noticia, con el temor salió fuera de sí, y viendo a los demás en igual disposición, determinó huir, llevándose tras sí a los soldados que encontraba al paso; pero Eumenes desvaneció su turbación y su miedo, ofreciéndoles que contendría la celeridad de los enemigos, de manera que llegarían tres días más tarde de lo que se esperaba. Diéronle asenso, y al mismo tiempo que envió órdenes para que todas las tropas se reunieran sin dilación desde sus respectivos cuarteles, montó a caballo con los demás caudillos, y escogiendo en las cumbres un lugar que estuviera bien a la vista de los que caminaban por el desierto, midió en él las distancias, y mandó que de trecho en trecho encendieran fuegos, del mismo modo que si hubiera un campamento. Hízose así, y descubiertas las hogueras por Antígono desde los montes, le sobrevino gran pesar y desaliento, por parecerle que muy de antemano lo habían sabido los enemigos, y marchaban en su busca. Para no verse, pues, en la precisión de haber de pelear, cansado y fatigado del camino, contra tropas prevenidas y descansadas, abandonando el atajo, hizo la marcha por las aldeas y ciudades, para reponer de esta manera su ejército. Como no encontrase ningún estorbo de los que se encuentran siempre cuando los enemigos se hallan cerca, y los paisanos le dijese que no se había visto ningún ejército, y sí todo aquel sitio lleno de hogueras, conoció que había sido burlado por Eumenes, y mortificado sobremanera,



continuó con ánimo de que la contienda se decidiese en formal batalla.

XVI.—Entre tanto, reunida la mayor parte de la tropa del ejército de Eumenes, y celebrando su gran talento, resolvió que él solo tuviera el mando. Disgustados y resentidos de ello los caudillos de los Argiraspidas, Antígenes y Teutamo, empezaron a pensar en los medios de perderle, y teniendo una junta con los más de los otros sátrapas y caudillos, trataron de cómo y cuándo habían de acabar con Eumenes. Como conviniesen todos en que para la batalla se valdrían de él, y terminada le quitarían del medio, Eudamo, conductor de los elefantes, y Faidimo dieron secretamente parte a Eumenes de lo determinado, no por amistad o inclinación, sino por el cuidado de no perder el dinero que le tenían dado a logro. Mostróseles agradecido Eumenes; retiróse a su tienda; y diciendo a sus amigos que estaba rodeado de una caterva de fieras, ordenó su testamento. Rasgó después y rompió las cartas y escritos que conservaba, no queriendo que después de su muerte se suscitaran pleitos y calumnias contra sus autores. Arregladas estas cosas, estuvo perplejo entre poner la victoria en manos de los enemigos y huir por la Media y Armenia para meterse en la Capadocia; pero cercado por los amigos, a nada se resolvió, sino que, impelido su ánimo por el mismo conflicto a mil diversos pensamientos, por fin ordenó el ejército, exhortando a los Griegos y a los bárbaros, y siendo a su vez alentado por la

falange y los Argiraspidas con la voz de que no los esperarían los enemigos. Eran éstos los soldados veteranos del tiempo de Filipo y de Alejandro, atletas nunca vencidos en la guerra, y que habían llegado hasta esta época, teniendo los más de ellos setenta años y no bajando ninguno de sesenta. Por esta causa, al acercarse a los soldados de Antígono les gritaron: “¿Contra vuestros padres hacéis armas, malas cabezas?” Y cargando con furia, en un momento destrozaron toda su falange, no haciéndoles nadie resistencia y pereciendo casi todos a sus mandos: así en esta parte fué Antígono enteramente derrotado; pero con la caballería quedó vencedor; y como Peucestas hubiese peleado floja y cobardemente, tomó todo el bagaje, ya porque en el peligro obró con el mayor cuidado y vigilancia, y ya también por favorecerle el terreno, que era una llanura vasta, no profunda ni dura y firme, sino arenosa y llena de un salitre seco y enjuto, que pisoteado por tantos caballos y tantos hombres todo el tiempo que duró la acción, levantaba un polvo parecido a la cal viva, que emblanquecía el aire y quitaba la vista; con lo que pudo más fácilmente Antígono, sin ser visto, apoderarse de los equipajes de los enemigos.

XVII.—No bien se hubo terminado la batalla, cuando Teutamio y los de su facción enviaron embajadores en reclamación del bagaje, y habiéndoles Antígono ofrecido la restitución de éste, y que en todo los complacería con tal que consiguiese

tener en sus manos a Eumenes, tomaron los Argiraspidas una resolución dura y terrible, que fué la de entregar a Eumenes vivo en manos de sus enemigos. Empezaron por presentársele sin causar sospecha, para tenerle así en observación, y, con este objeto, unos se lamentaban de la pérdida de los equipajes, otros le daban ánimo, pues que había quedado vencedor, y otros culpaban a los demás caudillos; pero después, arrojándose sobre él, le quitaron la espada, y con su mismo ceñidor le ataron las manos a la espalda. Como viniese luego Nicanor, enviado por Antígono para hacerse cargo de él, pidió que, pasándole por entre los Macedonios, se le permitiera hablar, no para interponer ruegos o disculpas, sino para advertirles de lo que les convenía. Habiéndose impuesto silencio, subió a un sitio poco elevado, y tendiendo las manos atadas (1): “¿Podría ni por sueño—exclamó—, ¡oh los más malvados de los Macedonios!, levantar contra nosotros Antígono un trofeo como el que levantáis vosotros contra vosotros mismos, entregando cautivo a vuestro general? ¿Puede darse cosa más vergonzosa que el que, siendo vosotros vencedores, os confeséis vencidos a causa del bagaje, como si el vencer pendiera de las riquezas y no de las armas, y aun entreguéis a vuestro general por rescate de unos equipajes? Yo por mí sufro esta violencia invicto, porque he

---

(1) Justino dice que antes de hablar se le habían aflojado las ataduras, y sólo habiéndosele ligado de otro modo pudo tenderlas a los Macedonios.

vencido a los enemigos, y mi ruina me viene de mis propios aliados; mas vosotros, por Júpiter poderoso y por los dioses que presiden a los juramentos, dadme aquí la muerte en obsequio de ellos. Si aquí me quitáis la vida, me reconozco hechura vuestra, y no temáis las quejas de Antígono, porque como quiere a Eumenes es muerto, no vivo. Si no queréis emplear vuestras manos, una de las mías, desatada, bastará para cumplir la obra; y si desconfiáis de poner en mi mano una espada, arrojadme atado a las fieras: que si así lo hacéis, yo os doy por libres de toda venganza, considerándoos como los hombres más piadosos y justos que haya habido jamás para con su general.”

XVIII.—Al hablarles así Eumenes, las tropas se mostraban oprimidas de dolor, y prorrumpieron en llanto, pero los Argiraspidas gritaron: “que marcharan con él, y no se diera oídos a aquellas choceces, pues no debía atenderse a las quejas de un miserable Quersonesita, que en mil guerras había dejado desnudos a los Maccedonios, sino a que los primeros entre los soldados de Alejandro y de Filipo, después de tantos trabajos, no quedaran privados del premio de su vejez, teniendo que recibir el sustento de otros, y siendo ya tres las noches que sus mujeres eran afrentadas por los enemigos”; y al mismo tiempo se le llevaron a toda prisa. Antígono, temiendo a la muchedumbre que acudía, porque no había quedado nadie en el campamento, envió diez de los más va-

lientes elefantes y gran número de lanceros, Medos y Partos, para oponerse al tropel. Por su parte, no pudo resolverse a ver a Eumenes, a causa de su antiguo trato y amistad, y habiéndole preguntado, los que se habían encargado de su persona, cómo le guardarían, "Como a un elefante", les respondió, "o como a un león". Túvole después alguna lástima, y dió orden de que se le quitaran las prisiones pesadas y se le consintiera tener a su lado un joven de su confianza para ungirle, permitiendo además que de sus amigos le visitasen los que quisieran y le proveyesen de lo que hubiera menester. Como hubiese estado muchos días pensando qué haría de él, escuchó los ruegos y las ofertas que en su favor hacían Nearco Cretense y su hijo Demetrio, que aspiraban a salvar a Eumenes, cuando todos los demás se oponían y le instaban para que se deshiciera de él. Refiérese haber preguntado Eumenes a Onomarco, encargado de su custodia, por qué Antígono, teniendo en su mano a un hombre que era su enemigo y su contrario, o no le quitaba la vida cuanto antes; o no le dejaba libre, usando de generosidad; y que, habiéndole Onomarco respondido con desdén, que no era entonces cuando había de mostrar arrogancia y desprecio de la muerte, sino en la batalla, le replicó Eumenes: "Por Júpiter, que también entonces le tuve; pregunta, si no, a los que han venido conmigo a las manos, porque no he encontrado ninguno que me hiciera ventaja"; a lo que había repuesto Onomarco: "Pues ya que

ahora le nas encontrado, ¿por qué no aguardar su disposición?"

XIX.—Cuando ya Antígono se resolvió a que se acabara con Eumenes, mandó que se le quitara el alimento; y por dos o tres días se le tuvo sin comer, para que así falleciese; pero habiendo sido preciso levantar repentinamente el campo, intrudujeron un hombre que le quitó la vida. El cadáver lo entregó Antígono a sus amigos, permitiéndoles quemarlo, y que recogieran en una urna de plata sus despojos, para ponerla en manos de su mujer y de sus hijos. Habiendo sido de este modo asesinado Eumenes, la Divinidad por sí no dió castigo alguno a los demás caudillos y soldados que fueron traidores contra él, pero el mismo Antígono, habiendo echado lejos de sí a los Argiraspidas, como impíos y feroces, los entregó a Sibirio, gobernador de Aracosia, con orden de que por todos medios los atormentara y destruyera, para que ninguno de ellos volviera a poner el pie en la Macedonia ni a ver el mar de Grecia.

---

## COMPARACIÓN DE SERTORIO Y EUMENES

I.—Hemos referido lo que en cuanto a Eumenes y Sertorio hemos podido recoger digno de memoria, y viniendo a la comparación, es común a entrambos el que, siendo extranjeros, advenedizos y desterrados, hubiesen llegado a ser y se hubiesen mantenido generales de naciones diversas, de tropas aguerridas y de poderosos ejércitos. Tuvieron de particular: Sertorio, el haber ejercido un mando que le fué conferido por sus aliados, a causa de su grande reputación, y Eumenes, el que, conteniendo muchos con él por el mando, a sus hazañas debió la primacía; al uno le siguieron voluntariamente los que querían ser mandados en justicia, y al otro le obedecieron por su propia conveniencia los que eran incapaces de mandar. Porque el uno, siendo Romano, mandó a los Iberos y Lusitanos, y el otro, siendo del Quersoneso, mandó a los Macedonios; de los cuales aquéllos hacía tiempo que servían a los Romanos, y éstos traían entonces sujetos a todos los hombres. Al generalato ascendieron: Sertorio, siendo admirado

en el Senado y en el ejército, y Eumenes, siendo despreciado, a causa de no ser más que un escribiente: así, Eumenes no sólo tuvo menos proporciones para el mando, sino que tuvo también mayores obstáculos para sus adelantamientos; porque hubo muchos que abiertamente se le opusieron, y muchos que solapadamente le armaron asechanzas; no como el otro, a quien a las claras nadie, y a lo último sólo unos pocos de sus confederados, ocultamente se le sublevaron. Por tanto, para el uno era el fin de todo peligro el vencer a los enemigos, y para el otro, el mismo vencer era un peligro de parte de los que le envidiaban.

II.—Los hechos de guerra fueron parecidos y semejantes; pero en diverso modo, siendo Eumenes por carácter belicoso y pendenciero, y Sertorio amante de la paz y del reposo. Porque aquél, habiendo podido vivir en seguridad, disfrutando grandes honores, si hubiera amado el retiro, estuvo en perpetua contienda y peligro con los principales, y a éste, que huía de los negocios, para la seguridad de su persona, le fué preciso estar en guerra con los que no le dejaban vivir en paz; pues Antígono, de buena voluntad, se habría avenido con Eumenes si, absteniéndose de contender por la primacía, se hubiera contentado con el segundo lugar después de él, y a Sertorio ni siquiera quería permitirle Pompeyo el vivir apartado de todo negocio. Por tanto, el uno, voluntariamente, se arrojó a la guerra y al mando, y el otro tomó éste contra su voluntad, porque le hacían la guerra.



Era, pues, apasionado de ésta el que tenía en más la ambición que la seguridad, y guerrero solamente el que con la guerra adquiría su salud. La muerte al uno le cogió enteramente desprevenido; y al otro, cuando ya esperaba su fin; por lo que en el uno hubo candidez, pues parece se fió de unos amigos, y en el otro debilidad, porque, habiendo querido huir, dió, sin embargo, lugar a que le echaran mano. La muerte del uno no afrentó su vida, habiendo sufrido de manos de unos amigos lo que ninguno de los enemigos pudo ejecutar jamás; y el otro, no habiéndose resuelto a huir antes de ser cautivo, y queriendo vivir después de la cautividad, ni evitó ni sufrió la muerte con la grandeza de ánimo que convenía, sino que, con humillarse y suplicar al que parecía que sólo dominaba su cuerpo, lo hizo también dueño de su espíritu.

FIN DEL TOMO SEXTO

Nicias.

Marco

Compar

Sertorio

Eumen

Compar

## INDICE DEL TOMO VI

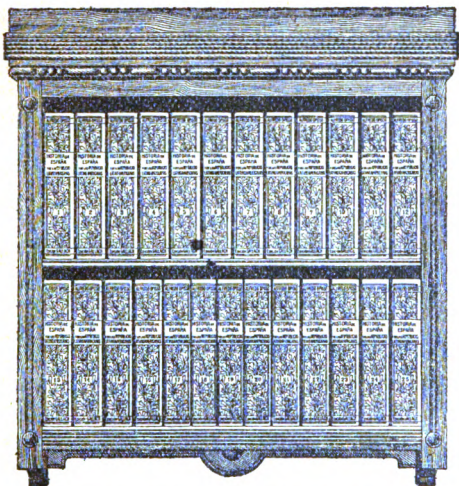
---

	<u>Págs.</u>
Nicias... ..	5
Marco Craso... ..	59
Comparación de Nicias y de Craso... ..	119
Sertorio... ..	127
Eumenes. ... ..	167
Comparación de Sertorio y Eumenes... ..	199

---

11  
12  
13  
14  
15

16  
17  
18  
19  
20  
21  
22  
23  
24  
25  
26  
27  
28  
29  
30  
31  
32  
33  
34  
35  
36  
37  
38  
39  
40  
41  
42  
43  
44  
45  
46  
47  
48  
49  
50  
51  
52  
53  
54  
55  
56  
57  
58  
59  
60  
61  
62  
63  
64  
65  
66  
67  
68  
69  
70  
71  
72  
73  
74  
75  
76  
77  
78  
79  
80  
81  
82  
83  
84  
85  
86  
87  
88  
89  
90  
91  
92  
93  
94  
95  
96  
97  
98  
99  
100



**OBRA NUEVA**

# HISTORIA DE ESPAÑA Y DE LAS REPÚBLICAS LATINOAMERICANAS

**ESCRITA POR EL ACADÉMICO**

**D. ALFREDO OPISSO Y VIÑAS**

Consta de más de 8.000 páginas de nutrida lectura, ilustradas con unos 1.250 grabados intercalados, 100 preciosas láminas en negro, otras tantas en tricolor y numerosos mapas grabados expresamente.

25 HERMOSOS TOMOS ENCUADERNADOS EN TELA:  
150 PTAS. PAGADERAS A PLAZOS O AL CONTADO

**CALPE** Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones  
San Mateo, 13. — MADRID

**PUBLICACIONES CALPE**

**BIBLIOTECA DEL  
ELECTRICISTA PRÁCTICO**

**Gran enciclopedia de Electricidad**

**La más moderna, más clara, más concisa, más completa, más económica, más manuable y más primorosamente ilustrada de cuantas se han publicado hasta hoy**

**OBRA SUMAMENTE PRACTICA Y ORIGINAL  
REDACTADA POR AUTORES ESPECIALISTAS**

bajo la dirección de

**D. RICARDO CARO Y ANCHÍA**

LICENCIADO EN CIENCIAS FISICOMATEMÁTICAS, OFICIAL DE TELÉGRAFOS Y PROFESOR DE ELECTROTECNIA Y TELEGRAFÍA EN LA ESCUELA INDUSTRIAL DE TARRASA

---

**Biblioteca ideal para cuantas personas intervengan en la electricidad y sus aplicaciones, pues enseña con admirable claridad todos los conocimientos relacionados con tan importantísima ciencia.**

---

**Consta de 30 preciosos tomos, encuadrados en tela, con unas 5.000 páginas en total, cerca de 1.500 hermosos grabados y muchas láminas en negro y colores.**

**Ingenieros industriales, Mecánicos, Electricistas, Contramaestres, Conductores de máquinas, Fabricantes Industriales, Maquinistas y Obreros de Centrales eléctricas, Empleados de Compañías de Electricidad y Telefónicas, Funcionarios del Cuerpo de Telégrafos, Peritos Industriales, Alumnos de las Escuelas Superiores, Metalúrgicos, Deraderos, Plateadores, Constructores de máquinas, Instaladores de Electricidad, Maquinistas y Telegrafistas de buques, etc., etc., encontrarán en estas interesantes volúmenes materia abundantísima de estudio y consulta.**

# TOMOS QUE COMPRENDE

	Ptas.
I.—Electricidad y magnetismo. . . . .	3
II.—Corrientes alternas. Unidades. . . . .	3,50
III.—Pilas eléctricas. . . . .	3
IV.—Dinamos de corriente continua. . . . .	3,50
V.—Motores de corriente continua. . . . .	3
VI.—Alternadores. . . . .	3,50
VII.—Motores de corriente alternativa. . . . .	3
VIII.—Transformadores y convertidores. . . . .	3,50
IX.—Devanados. . . . .	4
X.—Reóstatos industriales. . . . .	3,50
XI.—Acumuladores. . . . .	3
XII.—Averías en las máquinas eléctricas. . . . .	3
XIII.—Líneas eléctricas. . . . .	3,50
XIV.—Transporte y distribución de la energía eléctrica. . . . .	3
XV.—Pararrayos. . . . .	3,50
XVI.—Centrales eléctricas. . . . .	3,50
XVII.—Contadores de electricidad. . . . .	3
XVIII.—Mediciones de laboratorio. . . . .	3,50
XIX.—Mediciones eléctricas de taller. . . . .	3
XX.—Instalaciones eléctricas. . . . .	3
XXI.—Electroquímica. . . . .	3
XXII.—Galvanoplastia y galvanostegia. . . . .	3
XXIII.—Electrometalurgia. . . . .	3
XXIV.—Lámparas eléctricas. . . . .	3
XXV.—Telegrafía. . . . .	4
XXVI.—Tímbrs y teléfonos. . . . .	3,50
XXVII.—Centrales telefónicas. . . . .	3,50
XXVIII.—Telegrafía y telefonía sin hilos. . . . .	3,50
XXIX.—Tranvías y ferrocarriles eléctricos. . . . .	3,50
XXX.—Electroterapia y Rontgenología. . . . .	3,50

PRECIO DE LA COLECCIÓN, **90 pesetas**  
A PLAZOS O AL CONTADO:

## VENTAJA A LOS SUSCRIPTORES A TODA LA COLECCIÓN

Los suscriptores a 30 volúmenes de que consta la obra disfrutarán del precio excepcional de 90 pesetas la colección, mediante firma del contrato que facilita la Compañía editora, con lo cual se benefician de la notable diferencia que existe entre el precio de la obra completa y lo que suman los precios fijados para los volúmenes sueltos.

**ACTIVO**

ricidad

nás con-  
nómica,  
amiento  
blicado

ORIGINAL  
ECIALISTAS

**ANCHIA**

ICAS, OFICIAL  
TECNIA Y TI-  
DE TARRASA

Intervengo  
enseña con  
tos relaciona  
neta.

ornados es  
de 1.500  
egro y color

electricistas de  
as, Fabrica  
Centrales de  
electricidad y  
Telégrafos y  
uolas Super  
Construcción  
l, Maquina  
ntarán en  
antísima de



La famosa colección, útil y económica,  
 :-: de conocimientos enciclopédicos :-:

## MANUALES GALLACH

abarca todas las ciencias, las artes, los oficios y las aplicaciones prácticas; sus volúmenes describen asuntos de interés para grandes y pequeños, para literatos y artistas, para obreros y hombres de estudio, para artesanos y comerciantes, y su precio está al alcance de todos.

Llevamos publicados más de 100 números, y continuamente  
 :-: damos a luz nuevos e interesantísimos temas :-:

PÍDANOS USTED LA LISTA DE TOMOS PUBLICADOS; LE GUSTARÁ CONOCERLA

**CALPE** Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones  
 San Mateo, 13. - MADRID





# COLECCION UNIVERSAL

NOVELAS - TEATRO - POESIAS  
FILOSOFIA - CUENTOS - VIAJES  
HISTORIA - MEMORIAS - ENSAYOS  
ETCETERA, ETC.

Aparecen veinte números de unas cien páginas, cada mes, al precio de **CINCUENTA CENTIMOS** cada número.

POR SUSCRIPCION TRIMESTRAL, SEMESTRAL  
O ANUAL  
(OCHO PESETAS AL MES)

**CUARENTA CENTIMOS CADA NUMERO**

Los 380 números publicados desde julio de 1919 a enero de 1921 contienen obras de

LOPE DE VEGA, KANT, GOLDSMITH, LA ROCHEFOUCAULD, ORTEGA MUNILLA, PROSPERO MERIMEE, STEVENSON, STENDHAL, GOETHE, MACHADO, CERVANTES, ANDREIEV, CASTELLO-BRANCO, CICERON, VILLALON, KOROLENKO, ESTERANEZ CALDERON, LEIBNITZ, PLUTARCO, ABATE PREVOST, RUIZ DE ALARCON, VELEZ DE GUEVARA, GEORGE ELIOT, KUPRIN, COELHO, MME. STAEL, TIRSO DE MOLINA, MUSSET, CLARIN, STERNE, JULIO CESAR, CHEJOV, GARCILASO, TACITO, ABOUT, BEAUMARCHAIS, SANDEAU, LAMARTINE, D'AZEGLIO, DANTE, HERCZEG, AUSTEN, FLAUBERT, FENELON, GORKI, MORETO, FILMER, NODIER, VERGA, ARNOLD, G. DELEDDA, HAUFF, VOLTAIRE, THACKERAY, GOLDONI, VICTOR HUGO, TORRES VILLARROEL, DOZY, TELXEIRA DE QUEIROZ, MONTESQUIEU, VIGNY, BALZAC, TAINÉ, EUGENIO D'ORS, MOLIERE, GOMEZ CARRILLO, CHMELEV, FOSCOLO, KOBOR, WEBSTER, HEINE, D'AUREVILLY, DAUDET, F. DE ROJAS, GASKELL, ECKERMANN, N. GARIN, D'ALEMBERT, SHAKESPEARE, CHERBULIEZ, FOGAZZARO, OSCAR WILDE, TILLIER, APULEYO y SCHILLER

## CALPE

Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones.

MADRID

SAN MATEO, 18

SAL

S  
S  
S

cién  
CIN.

mero.

ESTRAL

UMERO

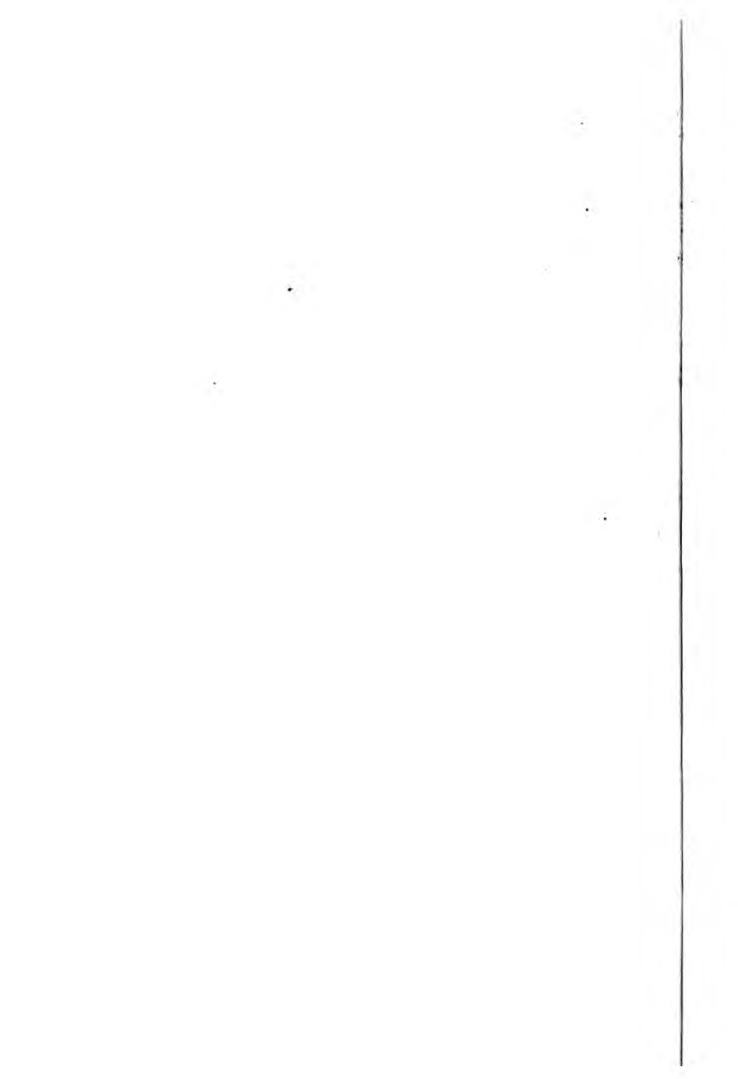
o de 1911

de

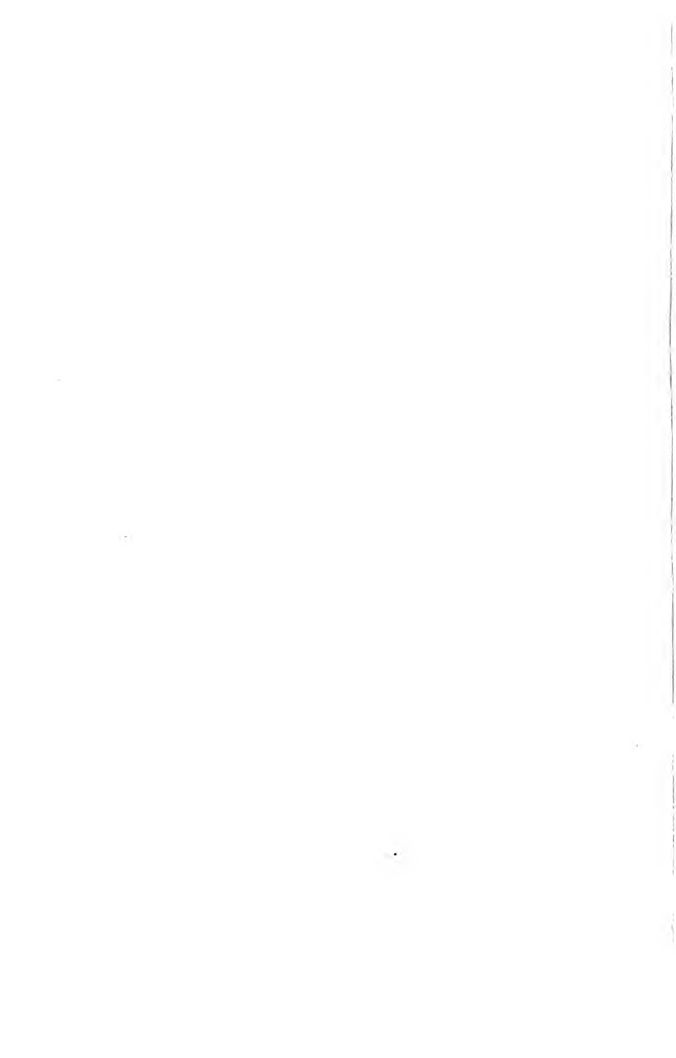
ROCHEFOU  
MEE, STS  
CERVAN  
ON, VILLA  
LEIBNITZ  
RCON, VE  
COELBO  
CLARIN  
O, TACIN  
RRTINE  
LAUBERG  
R. VERBA  
THACKE  
LARBOEL  
U. VIGNI  
E. GOMEZ  
WEBSTER  
JAS. GAS  
RT, SEL  
R WILDE

Ediciones

20, 11

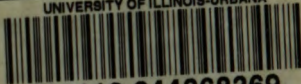








UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA



3 0112 044868369